

# Pasión

Brane Mozetič

Prólogo de Lawrence Schimel



# Pasión

Brane Mozetič

Prólogo de Lawrence Schimel



# Pasión

Brane Mozetič

Traducción de Marjeta Drobnič

Prólogo de Lawrence Schimel



# Prólogo

*Almas mellizas*

La primera vez que visité Eslovenia fue en 2008, con motivo de un taller de traducción de poetas gais de distintos países organizado por Brane Mozetič en colaboración con la organización *Literature Across Frontiers*. Utilizamos el inglés como idioma puente y nos tradujimos a los idiomas de todos los participantes. Discutíamos las traducciones de forma colectiva, descubriendo así los impedimentos o ventajas de cada lengua, cuestiones como si el idioma es flexivo o no, cómo el género influye en el lenguaje y en el pensamiento, etc. (el poeta esloveno tuvo muchas dificultades con un verso mío, «El poema está empalmado», porque la palabra «poema» y todas las posibles sustitutas, como «texto» o «palabra», son femeninas en esloveno).

Una de las cosas que más me fascinó (y que cambió mi propio pensamiento para siempre, una vez que descubrí esta nueva forma gramatical) fue conocer que el esloveno tiene un número «dual» entre el singular y el plural. Nunca había encontrado esa distinción antes y me dejó impresionado. Después de aprender esta estructura gramatical, me resultó imposible no reconocerla, incluso a pesar de que las lenguas que utilizo no tienen una manera propia de expresarla. Para mí, el dual era fantástico, en especial para un tipo de poesía íntima (igual que fue una revelación para mí, y para mi escritura, pasar del inglés al castellano y descubrir la segunda persona íntima: mientras el inglés emplea una sola palabra, «you», el castellano tiene cuatro, «tú», «usted», «vosotros» y «ustedes»).

Y aunque no puedo escribir sobre Brane Mozetič utilizando esa forma dual, ni en castellano ni en inglés, así es como siempre he pensado en Brane y en nuestra relación desde entonces: existe la primera persona del singular, yo, y también muchas primeras personas del plural, como nosotros los poetas o nosotros los autores gais. Pero siento que Brane y yo existimos en esa forma dual, con los innumerables paralelismos entre nosotros: poetas, escritores gais, activistas gais, editores de literatura gay, traductores de literatura (gay y

no gay), etc. No somos iguales, ni en nuestra vida personal ni en nuestros antecedentes, ni tampoco en nuestra escritura, pero a la vez tenemos mucho en común. Así que en vez de ser «almas gemelas» somos «almas mellizas», compartimos el mismo espíritu y somos camaradas de muchas luchas: por la igualdad, por la literatura, por la poesía.

Conocí en persona a Brane por primera vez en marzo del año 2000, cuando él y Suzana Tratnik vinieron a Madrid con un grupo de jóvenes eslovenos LGBT para asistir a un congreso. Ya nos habíamos comunicado por correo, porque Brane era el editor de una de las pocas editoriales europeas especializadas en literatura LGBT: el sello Lambda, que ya ha publicado más de cien títulos, tanto de autores eslovenos como de escritores internacionales como Judith Butler, Michel Foucault, Adrienne Rich, Pier Paolo Pasolini, Jeannette Winterson, Dennis Cooper, Sarah Waters, Hervé Guibert, Audre Lorde, David Leavitt o Rita Mae Brown. Sin olvidar a españoles como Luis Cernuda, Jaime Gil de Biedma, Lluís Maria Todó o Luis Antonio de Villena, que también han aparecido en esta importante e innovadora colección.

A lo largo de los años, nuestros caminos han seguido entrecruzándose en diferentes países, tanto en congresos generales del mundo editorial, por ejemplo la Feria del Libro de Fráncfort, como en eventos europeos LGBT. Intercambiamos ejemplares de nuestros libros y nos ayudamos a que encontrasen nuevos lectores. Yo publiqué en inglés su poemario *Banalities* en Body Language, la colección de poetas LGBT de la pequeña editorial que dirijo, A Midsummer Night's Press (años después fue publicado en castellano por Visor). Brane publicó mi libro infantil sobre familias diversas *Amigos y vecinos* como parte de la colección Lambda, y después publicó otros cuatro libros infantiles (no gays) en la colección Alef, que también dirige. Estos libros, en parte, inspiraron a Brane para escribir su propio libro infantil, y le ayudé a que *El país de las bombas, el país de los prados* encontrase lectores en España a través de la editorial Bellaterra, donde yo había publicado el cuento *Volando cometas*, sobre mujeres y VIH (que Brane publicó en esloveno).

Y también recomendé a los editores de Dos Bigotes el libro de relatos *Pasión*, y por eso escribo este prólogo, como padrino orgulloso de su aparición en español. Estas narraciones breves demuestran que Brane es, ante todo, un poeta: en el lenguaje tan rico; en su mirada tan perspicaz para situaciones, relaciones y detalles; en la comprensión de muchas de estas

historias y en los giros poéticos que a menudo adoptan. Los detalles en algunos de estos relatos pueden parecer sórdidos; muchos están repletos de humillación, sadomasoquismo, dolor, fluidos corporales. Son historias acerca de la pasión, como indica el título del libro, pero más que nada son historias sobre el anhelo de conexión, y los efímeros momentos en los que esta se encuentra. El sexo en sí mismo no es el norte para los personajes, sino que estos buscan el norte a través del sexo. El sexo como comunicación, o manera de dejar de comunicarse, u otra manera de comunicarse cuando el poeta se cansa de las palabras.

Los detalles son menos importantes que las emociones, esos instantes de conexión por efímeros que sean, verse reflejado en los ojos del otro, como un cruce de miradas que crea una complicidad, un momento de reconocimiento mutuo, de deseo, de ser, si no almas gemelas, sí almas mellizas.

Espero que los lectores encuentren esos momentos de conexión en los cuentos de Brane Mozetič.

Lawrence Schimel  
Madrid, octubre de 2014

# El cine

Esta noche me siento de un humor particular. Estoy tendido en la cama, tratando de evocar en vano el calor de una piel ajena, me esfuerzo inútilmente en sentir su sabor en la lengua, en percibir su olor. Por eso te escribo.

Esta noche he ido al cine —sí, también esta noche, pero no puedo decir de qué iba la película; o no tenía argumento o no me acuerdo de él—. Me senté en una de las butacas de la sala pequeña y oscura, que casi era como un salón antiguo, y delante de mí desfilaban las imágenes, siempre las mismas, el color verde de bosques y prados, el color de los cuerpos humanos. Cuerpos que se encontraban, que se tocaban, que se besaban y que no hablaban. Había una música de fondo. Algo especial se apreciaba en el ambiente. ¿Tal vez el anhelo de palabras? No, era una paz armoniosa, como en un espacio consagrado, solo se oían los ruidos suaves de los asientos plegándose y los pasos apenas audibles de la gente que bajaba por el pasillo hacia la pantalla. Delante, a la derecha, una puerta chirriaba de manera casi imperceptible cada vez que se abría, una vez tras otra. Como si fuera la puerta de la sacristía a la que se dirigían los fieles para recibir la hostia sagrada. Solo faltaban el aroma a incienso y los discursos graves. Parecía que la palabra divina se hubiese perdido. Las escenas proyectadas se asemejaban a una serie de frescos, pero no había aureolas ni índices levantados. Los personajes no sostenían gruesos libros ni entreabrían sus labios —no parecía que anunciaran nada en absoluto—. Solo había un olor extraño flotando delante de la pantalla —pero no procedía de los personajes de la película—. Debía de ser una neblina suave que las personas sentadas expulsaban sin darse cuenta. Creaban, sin querer, una ceremonia sagrada, repitiendo el acto de arrodillarse en una iglesia local, fijando sus miradas exhaustas con esperanza y despidiendo un aire cargado de angustia; de miedo, de horror, de dolor, de sufrimiento —no lo sé—. Debía de ser algo muy serio y hasta yo, que no tenía remordimientos, podría haber disfrutado de la paz y del júbilo al observar a los pecadores

arrepentidos que avanzaban sin parar hacia la sacristía, hasta yo, que no debería de experimentar ningún tipo de inquietud, me asfixiaba y mi corazón latía agitado y la sangre se me subía a la cabeza. Y, sin embargo, me quedé sentado. No me cambiaba de butaca como hacían los demás, que se precipitaban con impaciencia de un lado a otro, aunque, eso sí, de manera silenciosa y suave, tal como se debe hacer en un edificio sagrado, tampoco giraba la cabeza a la izquierda ni a la derecha, ni me había apresurado a ir hacia la cola para comulgar. Pero había algo en la oscuridad que me forzaba, los días en esta ciudad, la vida, tú, la desolación, el horror infinito de las calles y mi habitación fría me forzaban, me forzaban a levantarme, incluso aunque yo no perteneciera a aquí: y, sin embargo, ¿debería ponerme en pie y caminar hacia la sacristía? ¿Debería aceptar la hostia sagrada y así entrar en la vida con una paz recién descubierta? Pero no hubo anunciación, no hubo palabra divina, ni un movimiento siquiera, y no pude bajar hacia la pantalla, no pude unirme a la multitud que dejaba que la oblea se posara en sus lenguas, creyendo que su fe era fuerte a pesar del silencio, a pesar de la oscuridad.

Algo me retenía, como si yo no perteneciera a allí, algo que, además, traspasaba el color de los bosques y el color de la piel, algo que podía ser sin las palabras y la luz, o incluso que solo podía existir sin ellas, pero que no podía, no quería unirse a la fila, experimentar la consagración entre los altos pilares, aceptar la hostia en la sacristía. Un miedo singular dentro de mí, un miedo singular... ¿a la enfermedad de las masas? La enfermedad que siempre les hace estar juntos, que les da fuerza y valor, pero que es, sin embargo, letal. Las masas obsesionadas que alzan las manos, que exclaman o que se echan con calma al suelo delante de los tanques. Los que se dejan quemar vivos cantando en una iglesia sellada, los que vencen todas las espinas y ciénagas. No, no soy inmune a ello; aunque, tal vez, quisiera serlo. Pero me mueve ya solo un soplo de viento, no, ya solo un soplo de aliento. Un pensamiento me aplasta, y meterme entre tantos pensamientos, entre tantos alientos, sería pernicioso. Así que me quedé sentado temblando de miedo divino a que me tocara un pensamiento, a que me tocara un aliento, fijando mi mirada en los frescos, en las escenas que eran algo completamente diferente. ¿De verdad lo eran? No, no bajé por el pasillo ni logré salir antes del final de la película, y solo más tarde, en la calle, me di cuenta de lo confundido que estaba, de qué manera tan atroz me había tentado unirme a la procesión, comulgar, y cómo una imagen distinta se formaba dentro de mí.

Dentro de mí, para siempre, sin necesidad de pasar por puertas ocultas a los cuartos oscuros, entre música de órgano. En la calle, cuando entreveía los muslos desnudos detrás de las puertas, las caras bonitas en los bares vacíos, cuando los transeúntes se divertían en grupos separados, cuando reprimían sus propios deseos y se reían mirando escaparates, cuando la noche nos cubría con la vida que nosotros reconocíamos solo como una angustia... entonces yo seguí andando, despistado, deseando irme y quedarme a la vez. Pero tenía miedo de quedarme y tenía miedo de irme. ¿Entiendes que solo fui al cine y que, después, anduve por las calles hacia mi habitación del hotel? ¿Entiendes que me senté a escribir, perdido, sin saber cómo ni para qué? ¿Con qué debo frenar la angustia que me ciñe la cabeza como una corona? ¿Con qué debo iluminar la oscuridad? ¿O debería saltar a esta densa oscuridad y absorberla hasta perder la consciencia?

Últimamente tengo sueños terribles. Lo sé porque me despierto cansado, empapado, con las manos agarrotadas. Me acuerdo de una escena en la que yazco en algún lugar sin poder moverme. Como si estuviese encadenado y no pudiese mover ni las manos ni las piernas ni la cabeza. Delante de mí se pasean cuerpos desnudos, ríen y se aman. Y yo, allí, inmóvil, y nadie me toca y yo no puedo tocar a nadie —¿no ha sido así también esta noche, en el mundo real, en la vida real y no en un sueño?—.

He estado andando por la calle, observando las caras, y cada una de las miradas me ha abrazado y cada una me ha arropado, pero no ha habido una palabra, una oscuridad, no ha habido encuentros ni roces. Como tampoco ha habido un color adecuado.

# La calle

Yo también estaba en la calle. Desde la caída de la fortaleza tenebrosa hasta los restos de las culturas más antiguas. Y, durante todo ese tiempo, no pasaba nada. Solo un desfile lento de seres casi irreconocibles. Me fijaba en los farolillos y globos multicolores que bailaban en el aire y en el vaivén de unas manos alegres saludando desde allí arriba, desde las ventanas de los áticos, y te percibía andando a mi lado y sentía angustia porque veía mi propio vacío y no sabía qué iba mal, por qué no sentía escalofríos, por qué no me dolía nada, sino que tan solo caminaba frío como un muerto por el asfalto. La oleada embestía y se paraba y la multitud avanzaba agitada, en ella se mezclaban los cuerpos y se tocaban las manos que ignoraban a quiénes pertenecían y que toda esperanza había sido inútil. Y yo ya no tenía esperanza. Solo me engañaba a mí mismo con una actitud siempre juguetona, como si no fuera todo tan evidente. Ah, qué libertad andar en medio de la calle, dejarse cubrir por las flores, cantar, encandilado, junto a miles de voces, de un modo tan ruidoso que la piel brillaba y el sol se retiraba tímido detrás de una nube. ¿Estás aquí? Te siento y sé que no te amo. Me preguntas por qué. Me gustaría mucho decírtelo, pero no tengo ganas, ya que estamos avanzando a través del río feliz de sangre caliente y, en el fondo, no sé qué decir. Tal vez esté feo, pero ¿de verdad crees que te debo una explicación? ¿No ves lo libre que soy? ¿No ves cómo se alzan nuestras manos, cómo se suceden los besos, cómo los cuerpos desnudos en las carrozas se empapan de aire, de este aire libre que desprende este desfile? Tú admiras todo esto, ¿verdad? Y te gustaría que los dos montáramos un espectáculo, o mejor tú solo, porque yo no cuento. Es verdad que no cuento, reacciono casi mecánicamente, con mi andar, mis dedos, mi risa, mi llanto, y entre todo este baile, este debe ser el dominio africano del cuerpo, o el cuerpo mismo, esta piel me impulsa a los ritmos impetuosos, pero dentro, dentro no se mueve nada y apenas lo siento — apenas siento que todo está tranquilo—; solo tengo un recuerdo vago de

cómo, a veces, las cosas se despiertan. Apenas te recuerdo y, en la calle, uno se olvida de todo. Uno apenas es más que un cuerpo —trato de recordar tus facciones, tu voz, tus palabras, he probado ya todos los cuerpos, pero sin éxito—. Si no, volveré, y entiéndeme: ya no puedo retener nada, todo se hunde en cuanto lo suelto de las manos. Tal vez no tengas fuerzas suficientes para mantenerme con vida a mí y a todos mis amores, a todas las sensaciones que, al escurrirse de mis manos, se han sumergido.

Apenas sabía que no me sentía bien, todos los pretextos aún servían, y la ciudad pertenecía a las divinidades antiguas, olvidadas. Como si en este silencio ruidoso desapareciese mi palabra, mi pensamiento, y quedasen solo los reflejos. Y, entonces, escuché una voz a mi lado: Perdona, ¿eres judío? Tuve dificultades en asimilarlo y mi cabeza quedó fría como si la pregunta fuera también una canción o un gesto al que no había que responder desde dentro de uno mismo, sino solo así, en la calle, cuando las extremidades del cuerpo se mueven solas. Pero la cabeza a mi lado repitió la cuestión y después, cuando no salía nada de mí, oí: Lo siento, me he equivocado. Y la ligereza que inundaba la calle continuaba cuando las carrozas concluían su trayecto y terminaba el desfile con una alegría cada vez mayor y cuando yo abría la boca para cantar a lo mejor por última vez. Pero ahora se desmoronaron las barricadas y mi cabeza se abrió de verdad, y allí dentro, dentro de ella, no había nada. No, busco en vano las raíces debajo de mis pies, parece que se han podrido, y poco a poco, muy lentamente, me voy secando, sin darme cuenta. Y no crezco y no sé de dónde he venido siquiera, por qué estoy aquí, hacia dónde quiero ascender y a qué aspirar. Presiento vagamente que en alguna parte queda algo de mí, tal vez en ti, quizás en los transeúntes, solo aquí, aquí no hay nada en absoluto, nada de lo que pueda decir esto soy yo. Siento que no soy, que nunca he sido, que aún y ya soy polvo.

# El poema

Apoyo mi frente contra la pared de cristal, anochece. Fuera, la nieve que cae sin cesar lo cubre todo de blanco. Te siento, sigues sentado en el suelo, detrás de mí, detrás de la pared, cubriéndote la cabeza con las manos. Todo está tranquilo y, de allí, de ti, procede una música queda, monótona, hasta el punto de ser inapreciable; innumerables puntos delante de mí se suceden uno tras otro, el movimiento es apenas perceptible, la imagen estática, y mi cuerpo no se mueve, ni siquiera con un leve temblor. Llevo tanto tiempo, tanto tiempo sin oírte hablar, respirar, y yo solo no sé qué decir. No puedo ver más allá de los bloques de enfrente, quizás allí abajo, lejos, se extienda el suelo delante de este edificio. Los ritmos cambiantes me hacen sospechar que algo se ha movido. Doy un par de pasos de vuelta a la habitación y te veo tumbado en la esterilla, con las rodillas ligeramente dobladas, con una mano debajo de tu cabeza, y veo cómo sintonizas la radio de forma lenta pero insistente. Era de día. Ahora es casi de noche, pero apenas nos hemos movido, apenas pronunciado alguna sílaba. Me acerco, me arrodillo detrás de tu espalda, levanto mi mano con miedo para bajarla después hacia tu hombro. Cierro los ojos para no ver tu estremecimiento al tocarte, solo oigo vagamente: «No». Pero permanezco inmóvil como una silla arrimada, como si mi corazón fuera infinitamente pequeño. Parece que tus dedos se detienen y te quedas quieto, apenas rozando la existencia. Me muerdo los labios y cuento las horas de esta situación. ¿Te resultan agradables mis caricias o sientes aversión hacia todo? Me fijo en nuestras caras en el espejo, en lo que puedo descifrar. ¿La piel secándose, los párpados palpitando, toda la vaguedad de nuestro estado? Haces muecas y apenas puedes mirarme a los ojos. No pienses, susurro, sé que solo queda una salida. Despierto a mi mano y te acaricio con suavidad a través del tejido de tu ropa. Emites solo suspiros aislados, los exprimes, para que me sienta más seguro, más amado. La piel debajo de las yemas de mis dedos me impulsa hacia una pasión que aún

puedo contener, pero mi boca, cada vez más deseosa de este amor, se adhiere silenciosamente como una ventosa a tu cuello, a tus orejas, a tus mejillas. Puedo sentir que tu cuerpo empieza a temblar, por fin te acercas, bajo el pretexto de que la noche, la nieve y la música te queman por dentro, chocan contra tu diafragma. Tal vez sigas apretando tus labios, pero mira, tu mano se ha escapado y me acaricia el pelo. Despojamos nuestros cuerpos de toda aquella ropa y te lleno de embriaguez, intoxicado por mi deseo. Con mis labios y con mi lengua y con mis dientes endurezco tus pezones, mientras tú agarras mis manos y mi pecho, mis muslos, bajo la cabeza entre tus piernas, y tú te das la vuelta y te acercas a las mías, y así tratamos de sacar jugos de nuestros cuerpos, para saciar nuestra sed, para inundar los restos de nuestra reconciliación. Cedés y te entregas a mí, y en tus susurros oigo que me llamas, desde allí, lejos, como si tu cabeza se hubiese ido, dejando solo el cuerpo en esta vida. Te encojes, expulsas el aire con un temblor, eso me hace feliz y me enloquece aún más, hasta que no dejo en paz ningún punto de tu piel y te aprieto con fuerza. Ah, te pones ahora de costado, acercas las manos a tus mejillas y oigo tus jadeos, tus sollozos. Tengo miedo del llanto, del sufrimiento, mientras te estoy amando, lamiendo, absorbiendo. ¿Con qué puedo aliviar este dolor, cómo puedo destruir tus sueños, cómo puedo devolverte a la realidad? Soy dulce y tierno, recorro tu cuerpo solo con la punta de la lengua y siento que reacciona, aunque tu llanto es cada vez más fuerte y te agarras la cabeza cada vez con más ahínco. El horror de ver cómo te descompones, con todo tu cuerpo sumergido en el placer, con tu cabeza padeciendo tormentos extraños, terribles, así que trato de unir tus fragmentos con mi saliva. ¿Qué puedo hacer más que amarte? Y amar tu cuerpo es amarte a ti y amarte a ti es amar tu cuerpo. No sientes que existes solo aquí y ahora, que todo lo demás es el peso del tiempo y no el tuyo, no el tuyo. Me recuesto en el colchón y te digo, ven. Vuelves la cabeza vagamente, estás de espaldas, sigues tapándote la cara con las manos cuando te acaricio las mejillas con mis dedos buscando la humedad, pero no la encuentro —tu cuerpo se resiste—. Tus sollozos se convierten en una respiración más profunda, pronto oigo cómo duermes, esta vez con dificultad, con jadeos, con encogimientos tristes de tus cuerdas vocales. En la oscuridad observo por última vez tu cara, ahora destapada, y te beso en la boca, y te estremeces una vez más, después me aprieto contra ti para escuchar tus sonidos. Delante de mis ojos aparece un desfile de locales llenos y de barras con bebidas derramadas, de aullidos de sirenas y de apetitos nocturnos por lo nuevo, por

lo otro. Oigo aullar a los lobos en las laderas de los montes, el sonido penetrante de un silbato en el parque, pasos imperceptibles entre los árboles, linternas intrusas de los policías que iluminan con brutalidad las figuras desorientadas, los cuerpos abrazados, las miradas ansiosas, infundiéndoles miedo para que se extienda por sus venas, hasta que la impotencia y la desesperación ahuyentan los deseos y la realidad cae sobre la gente, que se hunde sola, sin sentirlo, en la frialdad del silencio, en el misterio de sus sueños, ellos se desmigajan como tú, y sus ojos no irradian amor, y sus muecas son terribles, y se difuminan cada vez más, apenas son reales — siento que es la última vez que he hecho el amor con tu cuerpo, ahora es de noche y el fin se acerca—.

# Bailando

Di el paso que puso fin al equilibrio existente. ¿Cómo explicarlo? Fue como la imagen de J.C. bailando hacia un joven de pelo largo y de facciones anodinas, igual que en *Misión imposible*, acercándose lento, muy lento, en el juego de la seducción hasta unirse finalmente a otro cuerpo. Entre tantos cuerpos solo lo veía a él, y supe que era demasiado tarde, que había sido demasiado tarde desde el principio, desde siempre, que, en el fondo, ese rol nunca nos había sido asignado.

Me fijé en él por primera vez en julio, en el Quai de la Tournelle. Era la época en la que J.C. empezaba a salir con un chico un poco blandengue, a la manera en la que uno sale con alguien para ahuyentar la soledad, para ocultar la verdad que está delante de sus narices, la verdad de que al final todos estamos solos. Para aferrarse a alguien y evadirse al menos por un momento, para elevarse, al menos un poco, sobre la multitud de individuos que escrutan con la mirada, que cazan en vano, incapaces de elegir porque no hay nadie a quien elegir, porque está claro, muy claro, que cualquier elección es errónea. Eso fue en una época en la que me aburría en compañía de ellos dos, cuando estaba harto de todo y la multitud era demasiado densa y las nubes de polvo se amontonaban en mi pelo y manchaban la tela blanca, cuando, afortunadamente, el viento trajo gas lacrimógeno consigo y dejó vacío el escenario por un rato, cuando podía dejar que mis lágrimas se derramasen con motivo, cuando no solo me escocían los ojos sino también más abajo, cerca del diafragma. O, también, cuando por la mañana no quise apretarme contra la espalda de P. en la moto y preferí volver en metro, donde un chico completamente desconocido se durmió en mi hombro, y yo no me atreví a apartarlo ni quise hacerlo, y ese fue mi consuelo aunque no podría decirte de qué.

El primer encuentro fue, si quieres, accidental. Su grupo estaba muy cerca, bailando, y enseguida me fijé en él. Al principio me llamó la atención su

baile, entorpecido por el rozamiento de los cuerpos cercanos, y su belleza. Pero eso fue la primera vez y por casualidad, y entonces no podía imaginarme ni por asomo las cosas que sucedieron después. En realidad, bastante menos importantes en comparación con..., al menos así te parecerá a ti, pero, como sabes, el ligero roce de las manos que sostienen cada una su vaso ya es, para mí, como un rayo en el cielo despejado. Los siguientes encuentros se confunden en mi memoria porque unas veces eran apenas momentáneos y otras dirigían el transcurso de toda la noche. Siempre ligados al baile o ligados al baile como punto de partida de todo.

Debí de ser alcanzado por aquel rayo en la Rue de la Ferronnerie; él bailaba no lejos de mí, en una pista de baile muy pequeña, o tal vez él estaba detrás de mí y le vi en el espejo. O a lo mejor yo no bailaba siquiera, sino solo observaba. Por supuesto, él no estaba solo, eran un trío, fascinante solo en la medida en que él era su centro, sitiado, servido o amado por los otros dos. Por uno al menos, eso era evidente, por el otro, quién sabe. Así fue como empezó todo. Su cuerpo, esbelto, joven; llevaba unos vaqueros ceñidos y una camiseta ancha, giraba impulsado por los golpes de la música. Sus brazos, delicados, desnudos hasta el codo, cortaban el aire, demandaban espacio; en general, su baile necesitaba aire para sus pies, que botaban al ritmo de la canción, para sus caderas que se contoneaban. Su movimiento proyectaba energía, a pesar de ser tan quebrado y tenso con las fuerzas que emitía. Su baile espasmódico era lo opuesto al mío, más suave y, sin embargo, los dos eran sorprendentemente parecidos. El suyo era un poco impaciente, expresivo, intenso, rezumaba potencia e inconformismo; el mío era nervioso, deprimido y, a la vez, apático, aunque también convulso, pero sin fuerza ni ritmo real, sin gestos que llenaran el vacío, bañado de ternura, que nunca es suficiente para llenar nada, o para que se fijen en ella siquiera, que solo se disuelve y desaparece entre las luces estroboscópicas y el tantán de la música. En los espejos, los dos formábamos una imagen acabada y nos complementábamos el uno al otro, uno detrás del otro en el espacio pero unidos en el mismo plano, uno inclinado hacia la derecha, el otro hacia la izquierda, intercambiándonos las posiciones todo el tiempo. Como dos principios diferentes —pero éramos conscientes el uno del otro—, así era nuestro baile y estábamos sumergidos en él, de modo que nuestros ojos apenas se encontraban y nuestras miradas se desviaban hacia otra parte, a algún lugar lejano, más allá del aquí y el ahora. Un roce constante de nuestras manos, choques ligeros o vistazos fugaces formaban parte del baile y nada

más podría haber salido de allí. Pero era obvio que bailábamos el uno para el otro. Esto se hacía más evidente cuando él subía la escalera y me observaba desde arriba y yo sabía que me veía solo a mí, y bailaba solo para él, o después, cuando cambiábamos de posición, y él me miraba desde la pista para asegurarse de que yo estaba allí y esos movimientos eran los que teníamos que seguir. Aquella noche fue intensa y así fueron las otras noches, cuando el ritual se repetía y estaba cada vez más claro que habíamos fallado en el intento, que las cosas no se podían unir de una forma tan sencilla, que se trataba de mundos diferentes que nunca se encontrarían, que no podrían fundirse. El baile ya no era una especie de arte, era demasiado real, no era el prelude del juego amoroso o parte del mismo. Queríamos seducirnos a través de él, pero nos absorbía demasiado, nuestro deseo y nuestra obsesión por bailar, por seducir, eran demasiado fuertes para que pudiera suceder algo más. El que bailaba disfrutaba del dominio de su cuerpo y del tremendo anhelo de su admirador, pero tocarlo de otra manera que no fuese durante el baile era imposible. El baile quedaba fuera, intangible, no servía para nada en concreto, solo para el éxtasis y la impotencia de ambos. Nuestros gestos crispados, su ímpetu, mis nervios, nuestros giros solo expresaban aquel esfuerzo, aquel intento infinito por romper la distancia, por entregarse al cortejo. Podría haber ocurrido, pero, con esa repetición infinita, se convirtió en coqueteo, en encanto destinado a sí mismo y, así, el cuerpo se quedaba paralizado, la cara exhausta, los ojos lacrimosos, la boca muda. Los labios se torcían en un gesto de aflicción, de tristeza, en un sentimiento de algo imposible, inalcanzable. Todo lo demás había sido trivial. Y, sin embargo, había también placer en ello, una satisfacción emocional y una pizca de esperanza, que existía solo en la cabeza y que el cuerpo había negado, había eliminado con firmeza hacía ya mucho tiempo.

Nuestros encuentros, nuestro baile ritual, se repitieron a lo largo del verano, y nuestras constantes demostraciones, el cruce incesante de nuestras miradas, de nuestras manos, de nuestros cuerpos, nuestra lenta adaptación a los cambios de ritmo, nuestras expresiones, producían tensión, tan tirante como una cuerda, dolorosa. Yo nunca le seguí, y él nunca me siguió, e incluso cuando estábamos sentados uno al lado del otro, no mediábamos palabra, ni nos mirábamos siquiera. Cuando nuestros cuerpos no bailaban, no eran capaces de expresar nada, y nuestras bocas eran como si nunca hubiesen aprendido a hablar. Como si fuéramos miembros de una tribu primitiva bailando en honor del mismo dios, de la misma divinidad, con movimientos

sagrados, solo posibles en el culto. Pero ¿a qué dios jurábamos con las manos, qué deidad habría aceptado nuestro sacrificio, cuánto tiempo hacía que el rito se había perdido en el espacio, infinito, sin objetivo, sin propósito, sin sentido, cuánto hacía que nuestro ritual había perdido su significado? Pensar en las veces que lamentaba mi pasividad, las veces que me decía a mí mismo que esto no podía seguir así, que debería acercarme a él y hablarle, o no bailar con él, para él, o ni siquiera bailar nunca más. Y, sin embargo, siempre volvía, y los dos lo sabíamos, y los dos aguardábamos nuestro momento, y ni sus acompañantes ni los míos podían interferir en nuestro juego, en nuestros papeles que nunca tenían un guión, un guión que hubiéramos necesitado durante las pausas. Y nuestros abrazos y besos de cuerpos cercanos siempre estaban destinados al otro. Él se apoyaba en el hombro de alguien, mirándome. Le mordisqueaba el lóbulo de la oreja, consciente de que lo observaba. A veces me entraban ganas de golpear mi cabeza contra el suelo con desesperación, con impotencia, y entonces, de nuevo, me inundaba una felicidad duradera.

Así llegó poco a poco el otoño y, después, el invierno, y nos fuimos a la Rue St. Honoré. Allí no había espejos, ni palco, ni horribles efectos luminosos. Y el gentío nos oprimía aún más y un laberinto de pasillos nos separaba, nos alejaba. Aquí empecé a ser consciente de que le amaba, y todas las demás aventuras llegaron a ser un sucedáneo, en un lugar encontré una risa parecida a la suya, en otro, un cuerpo parecido al suyo y, en otro, movimientos de baile parecidos a los suyos. Ya te oigo decir que tardé mucho en descubrirlo. Pero ¿es cierto? ¿Y qué es enamorarse de alguien, qué es el amor, cuándo llega y cuándo se va, cuándo nos atrapa, cuándo nos suelta, cuándo nos esforzamos en amar y cuándo perdemos las ganas? No debes abandonarte, me dices, debes tener cuidado, sentir el límite cuando aún te controlas, cuando aún puedes vivir sin sentimientos demasiado profundos. Y cuando digo te amo, escucho desde el otro lado de la línea: yo ya no. Caso perdido, perdido, perdido. ¿De dónde surgen este miedo y estos límites donde todo se detiene y se encoge dentro de su caparazón? La noche llegó cuando la multitud nos apretó el uno contra el otro. Estábamos frente a frente y nuestro baile perdió su forma. Se convirtió en otra cosa. El tuyo ya no era explosivo y el mío ya no era suave, porque había cuerpos por todas partes, empujándonos, rozándonos. Hubo un tenue intento de mantener el ritmo, el espacio anterior, pero nos condujo a un mero balanceo de pies y a la impotencia de nuestras manos que bajaban hacia las demás, que tocaban, que se frotaban, con los

cuerpos casi pegados. Pero este nuevo papel era completamente diferente y nos desconcertaba, tanto que él se retiró a otra parte, salió de la pista, apartándose de la cercanía más que del baile en sí, que apenas había existido. Me habría gustado cogerle su mano y apoyar mi cabeza en su hombro, pero ese no era su papel, no, eso se habría parecido demasiado a un final, a un después, cuando la seducción desaparece y el amor se diluye, se derrite, se evapora, cuando la tensión termina. Ahora sé que mi intento falló, ahora que ya está hecho. Solo unas noches más tarde, todo apuntaba a que nuestro espectáculo alcanzaría su cumbre. Pero yo tenía una concepción equivocada de qué era esa cumbre. La imaginaba lejos del escenario, entre el público, entre la aglomeración de gente que bostezaba, aplaudía, exclamaba o alzaba las manos. Éramos demasiado dependientes de seguir el ritmo, había cada vez más espacio a nuestro alrededor. Nuestros cuerpos se entregaban como enloquecidos a las pulsaciones. Solo nuestros oídos y nuestros músculos seguían funcionando, mientras nuestras miradas se nublaban, y sentíamos que se acercaba el clímax. La gente a nuestro alrededor esperaba, en la búsqueda de aquello que nunca había pertenecido al baile, y la incertidumbre se hacía insoportable. Me sentí obligado a descender, a unirme al rebaño, y entonces le hablé por primera vez. Fue como si me hubiese girado para mirar hacia el camino estrecho y los dioses me lo hubieran arrebatado, como si hubiera puesto mi cabeza en sus manos, fue así de banal. Su mirada era simpática y su voz excepcional, pero todas las réplicas surgieron de nuestras gargantas con dificultad. La trivialidad pobló el aire entre nosotros, mejor aún, fue como si el aire hubiese desaparecido, dejando atrás solo la carne, ensangrentada, que resbalaba y se extendía por la pista de baile y fuera, por las calles, que llenaba, como la lava, los rincones, las rendijas, las habitaciones, y se precipitaba en forma de cataratas al río. Todo salió mal y el tiempo se derrumbó, de modo que fue demasiado tarde, aunque quedaran su sonrisa y mis primeras lágrimas en los ojos, tan propias de este mundo, fuera de nuestro mundo anterior. Se había desmoronado y nosotros habíamos contribuido a ello, ahora podemos esforzarnos estérilmente cada noche, obsesionados con el movimiento, pero la magia se ha desvanecido, ya no hay entrega sincera, ya solo es un juego. Solo unas palabras bastaron para darnos cuenta del error y sentirnos avergonzados. El silencio, aquel silencio, la derrota —había que huir rápido, para que no se derrumbara, para que no se derrumbara—.

# Nino

Nino fue un caso más difícil. Hacía mucho que no lo había visto ni había oído hablar de él. Se movía en unos círculos bastante cerrados y por completo ajenos a mí. Sus miembros crearon una especie de logia: ahora se reunían en casa de uno, ahora en casa de otro y se entregaban a todo tipo de juegos. Cuando algo se complicaba, eliminaban al responsable. Cada cierto tiempo se escuchaba que habían robado a uno, que habían acuchillado a otro, que un borracho anónimo había muerto congelado, que la policía había detenido a alguien, que algunos habían desaparecido en el extranjero. Gente de toda condición rondaba esos grupos, desde pequeños empresarios y directivos hasta vagabundos. Idas y venidas secretas, un sinfín de intrigas, de llamadas telefónicas en voz baja, amenazas anónimas, neumáticos pinchados. Eso le divertía. Si no se sentía dueño de la situación, se ofendía, ponía mala cara, mordía. Llamé a un conocido, un poco mayor, y le prometí una sesión de sexo extraordinario, carne joven, un deseo descomunal, una polla larga, todo lo que se me ocurrió. Conocía sus pasiones secretas, todos los juguetes que guardaba en su armario. Quedamos por la mañana, cogimos un látigo, esposas, correas, un consolador negro, y fuimos a casa de Nino. Supuse que a esa hora estaría allí, esperando a los clientes. Aguardamos mucho tiempo delante de su puerta. Pensé en lo dulce que podía ser, todo ternura, y en todas aquellas palabras que me había susurrado —sabía conseguir lo que quería—. Me acordé de aquella vez que me hizo arrodillarme de repente para sacársela del pantalón y golpearme en la cara con ella. Me apresó, me estrujó contra la pared, me tiró del pelo, me la metió en la boca, la empujaba hacia dentro y la sacaba, mi cabeza golpeaba contra el muro y sentía náuseas cada vez más fuertes, y se la habría mordido si no hubiese tenido tanto miedo. No se corrió en mi boca, la sacó a propósito para salpicar mi cara y estuvo un rato pringándome el rostro de arriba abajo. Hasta que dejó de agarrarme y se inclinó diciendo: «Ves qué bueno eres. Es lo que tú necesitas, tragón. ¿Estás

contento ahora? Venga, hazte una paja tú también. ¡Y que sea rápida!». Le debería odiar mucho o sentir vergüenza de mí mismo por dejar que me hiciera todo aquello.

La puerta se abrió por fin. Me miró con ojos desorbitados y me preguntó airadamente qué quería. «Nada, pasábamos por aquí. A mi amigo le gustaría hacer una pequeña inversión y he pensado que...». Había despertado su atención, él siempre estaba interesado en el dinero. Quizás solo en el dinero y en la humillación, o mejor dicho, en la dominación. «Estoy esperando a alguien, pero sentaos. ¿Cómo estás? Como siempre, ¿verdad, diablillo? ¿Queréis un café? Enseguida os lo preparo». Por supuesto, se había dado cuenta del aspecto elegante de mi amigo, de su traje de empresario, de su maletín, de su reloj de oro, de sus anillos, de sus cigarrillos de marca... «Debo salir un momento, tengo una cosa pendiente que hacer a dos calles de aquí. Pero volveré dentro de media hora. Vosotros dos hablad de vuestras cosas, a mí los negocios no me van». «Bueno, en realidad estoy esperando a alguien, ya sabes, algo de trabajo, pero lo arreglaré, puedo escribirle una nota para que venga mañana, y tú... solo llama a la puerta para saber que eres tú». Salí a la calle, di una vuelta a la manzana, me alejé un poco y me senté en el banco más cercano. Me resultaba difícil imaginarme qué sucedía en el piso, si solo estaban charlando o si ya se habían puesto manos a la obra. Mi conocido debía de estar entusiasmado porque no solía encontrar esa clase de chicos con tanta facilidad. Estaba acostumbrado a actuar con cautela, pues uno nunca sabe con quién se va. Y también tenía que guiarse por sus experiencias pasadas. Pero seguramente Nino se frotaba las manos, le ofrecía su cuerpo pensando en cómo sacar el máximo provecho del viejo. Les había dejado en paz para que llevasen a cabo la parte romántica y, después de media hora, llamé a la puerta. Saqué una botella de vino y se la di al inocente de Nino: «¿Qué? ¿Vamos a brindar por el cierre del trato? No me interesa lo que habéis acordado, solo que estéis contentos».

Ahora había que realizar el plan. La charla era cada vez más lasciva. Nos fuimos a la cama de Nino, que se aferraba al viejo mientras yo les colmaba de vino. Mi amigo empezó a contar chistes, Nino se tronchaba de risa, dándole golpecitos en la pierna. «Al viejo le gustan los juegos duros», le insinué. Así que Nino se levantó y se sentó sobre los hombros del viejo. «¿La notas, aquí, detrás de tu cuello, a que sí?». El otro se rio y empezó a repetir: «Menudo bicho estás tú hecho». «¿La quieres probar? ¿La quieres probar?», aullaba Nino. Se levantó, bailó en la cama, retorciéndose, comenzó a desabrocharse

el pantalón mientras el viejo se empeñaba en agarrarlo. «¡Quita tus dedos sucios, aparta tus pezuñas asquerosas!». Cogió su cabeza entre las manos y le puso su miembro, todavía flácido, delante de las narices. «Venga, tú, quítale la ropa, vamos a tumbarlo», me incitó como si estuviésemos en el campo de batalla. Me acerqué de un salto y empecé a desnudar al anciano, que se relamía tragándose la polla de Nino. Cuanto Nino más empujaba su calva para acercarla a su vientre, más dura se le ponía. «Atémoslo», dijo. Saltó de la cama, metió la mano debajo y sacó unas cuerdas pringosas. «No, mi maletín», gimió mi amigo señalando la mesa. Allí estaba todo. Fui a cogerlo, lo abrí y Nino se quedó pasmado. Sujetaba como loco las esposas, atrapó al viejo por los pies, lo arrastró por la cama, se oyó un golpe, le esposó también las manos a la espalda, blandió las correas y empezó a azotarle. «Toma, cerdo asqueroso, te voy a follar como nadie». Me desvestí y le ayudé, con una mano le pegaba al viejo en el culo, con la otra le hacía una paja a Nino, quien golpeaba cada vez más fuerte, jadeaba, estaba fuera de control, mientras yo reía esperando a que juntase los pies para poder encadenárselos. Entonces me detuve para que no se corriera, abracé sus tobillos con los hierros, lo tumbé en el suelo, me tendí encima de él sin dejar de reírme. Le metí la lengua en la boca, me apreté contra él y, al mismo tiempo, liberé las manos del anciano. «¿Y si intercambiamos los papeles?», grité. Le quité la camiseta a Nino, que empezaba a forcejear a la vez que el viejo se afanaba en hacerle una buena mamada. Nino estaba otra vez a punto de correrse. ¿Era correcto lo que hacía? ¿Me vengaba o, en el fondo, él disfrutaba aún más? ¿O disfrutaba yo? Todo me daba asco, me habría gustado salir cuanto antes, abandonar aquella habitación, aquella calle, olvidarme. El viejo y yo lo pusimos de costado y le atamos las manos, la cabeza, el pecho, los muslos, lo atamos todo con sus cuerdas. Mi amigo no se despegaba de su polla mientras tensaba la soga. Cogí la vaselina, lubriqué el culo de Nino, le agarré la cabeza y le follé. No sé quién se corrió antes, si Nino o yo. Nos quedamos quietos, el viejo seguía con la polla de Nino en la boca. No sé por qué Nino no gritó, ni antes, ni después, estaba callado, como si durmiera. Mi conocido y yo nos levantamos, nos vestimos, metimos las cosas en la maleta, desatamos un par de nudos, cerramos la puerta, bajamos a la calle y no hablamos, permanecemos en silencio, y justo cuando nos separamos, él dijo: «Ha estado bien».

# El infeliz

Llamas una vez cada seis meses. Y cada vez lo mismo: ¿pero dónde te has metido?, ¿y qué tal estás?, te he buscado por todas partes, no te puedo olvidar, tú eres mi única estrella, siempre me acuerdo de ti. A lo mejor debería sentir placer al escucharte, no lo sé. A veces me parece como si te burlaras de mí. Hace tiempo aún sentía algo por ti, pero me lo tomaba demasiado en serio. No entendía que tenías que alzar el vuelo, que tenías que buscar, que era necesario que no encontraras a nadie, porque si lo hubieses encontrado, habría amenazado tu forma de ser. Tal vez tu búsqueda. Y, sin embargo, necesitas una pequeña estrella lejana que se entregue a ti una vez cada medio año. Puede ser que quieras algo más, ya sabes, aquellos revolcones en la cama, tumbarte con las piernas abiertas y recibir. Solo por una noche, porque de otra forma ya no sería interesante, no podrías idealizar, la pequeña estrella se apagaría. Llegaste así, afectado por una desgracia, claro. Es una de tus poses favoritas. Por qué te ocurrió aquella tercera desdicha probablemente no lo sepas ni tú. O tú mismo hiciste que pasara. Y así, tan desgraciado, estabas tendido a mi lado, quizás hasta sollozabas. Tenía que acariciarte el pelo, estabas tan cerca. Te apretaste contra mí, qué muchacho tan grande e infeliz. Alma vulnerable. Me dejaste recorrer tu cuerpo con mi mano, creo recordar que suspirabas, pero no sé si era de placer o de pena. ¿No es verdad que repetías, no, mejor que no, solo durmamos así, pero tu polla se erguía dentro de tu pantalón y tus músculos se tensaban y me empezaste a tocar un poco tú también? Me quedé sorprendido al ver tu verga gruesa y grande, ante mis ojos aparecieron las imágenes de cómo me la clavabas hasta el final, tú, muchacho delicado de pelo rubio, infeliz por antojo. Me la metía en la boca y tu fuerte cuerpo me animaba, tu pasividad me decía, me susurraba que me acercara. Aquella vez te la metí así, de manera un poco tímida, porque no sabía si querías que fuese más brusco, si tenía que empujar más. Tampoco sabía qué hacer contigo. Por una parte

parecías amable o, en realidad, más complaciente que amable, solo servicial. No creo que nuestra unión fuera peligrosa, o a lo mejor sí lo era. Demasiadas veces parecías infeliz, demasiadas veces buscabas tus estrellas, huías, te abandonabas. Y yo tenía que deducir todo esto de lo que contabas porque envolvías, empaquetabas, enrollabas tus historietas en un polvo celeste y nunca entendía lo que pasaba en realidad. Lo que sucedía era lo habitual, lo que siempre ocurre detrás de las puertas cerradas, entre las sábanas. Ahora espero a que me llames de nuevo. Aunque siempre lo hagas en el momento más inoportuno, te digo enseguida que quiero verte, que es urgente y todo eso. Quedamos en la ciudad, escucho tus cuentos, te invito a las copas, yo también me quejo un poco, de vez en cuando te miro a los ojos profundamente, demasiado —¿qué será más efectivo, mirarte con tristeza, con picardía, con deseo o con alegría?—. Yo propongo ir a tu casa, tú piensas en una docena de sitios a los que podemos ir y encontrarnos con tal o cual aquí, o con tal o cual allá, pero yo insisto empeñado en que tengo que enseñarte algo, que vayamos a mi casa porque todavía me queda bebida y fuera hace frío y ya es tarde, aunque tú tienes que trabajar por la mañana, aunque tú no paras de hablarme de un chico con pelo negro que te fascina por su cuerpo, por su actitud, que te encantaría llamarle, entregarte a él, pasar una noche con él porque vale la pena, porque no puede ser de otra manera, porque es algo que te obsesiona, dices. A pesar de todo, acabo arrastrándote hasta mi vino, así que tu mirada se enturbia y repites qué tarde es, lo bello que era todo antes, lo amable que era yo contigo, que sigues amándome, cómo te gustaría estar conmigo, que trabajaríamos juntos, que... Como si estuvieses a punto de llorar, y si te digo que no todo está perdido, balbuceas que sí, que está perdido, está perdido, tú ya no me quieres, tú estás ahora en otra parte, no tienes tiempo para mí... Me acerco y cojo tu cara entre mis manos, estoy encima de ti y me inclino y empujo mi lengua en tu boca sin decir nada. A la vez que te voy quitando el jersey y la camisa, mis manos recorren tu cabeza, tus brazos, te desabrocho el cinturón, te levanto y tiro de ti para meterte en la cama. Me echo encima y tú te quedas quieto con la cabeza aún vuelta, te quito los pantalones y apareces desnudo debajo de mí. Así, con la camisa y el vaquero puestos, me siento sobre tu pecho, me abro la cremallera, saco mi polla, levanto un poco tu cabeza y te la meto en la boca. Trato de adaptarme a mi papel de violador, trato de mostrar la mínima ternura posible, trato de ser tu dueño, tu amo, porque siempre me parecía que era lo que necesitabas. Sigues suspirando, sigues asfixiándote, pero no ofreces ninguna resistencia.

Pongo mi mano entre tus piernas, rozo tu polla tiesa y tus huevos, mis dedos toquetean tu culo, introduzco uno en el agujero, empujo. Me levanto, te abro de piernas y te unto la sustancia gelatinosa, masajeo, meto y saco el dedo durante mucho tiempo, hasta que te pones cada vez más tenso y empiezas a tirar de mí para que me eche encima, agarras mi polla y, finalmente, te la meto. Mi cuerpo choca contra el tuyo, y pienso que esto tiene que durar, que tiene que ser cada vez más impetuoso, que tengo que distraerme para no correrme pronto, para no cansarme otra vez, que puedo realizar la tarea que me has confiado. Cachondos, empapados de sudor, nos revolcamos en la cama durante mucho tiempo, cada vez más exhaustos, hasta que te corres, hasta que me corro. Quedamos tendidos, impregnados, tal vez casi ajenos el uno al otro, pero yo he decidido cargarte con un peso mayor. No solo te he metido mi semilla, te daré también el conocimiento. Porque me gustas, porque te has esforzado tanto en demostrarme que me necesitas, porque eres tan útil como para que pueda mantenerte abierto debajo de mí, hasta el final...

No sé cómo empezar. Qué palabras usar. Cómo excusarme, pedir perdón o, mejor, atacar. Tu respiración me hace saber que ya estás dormido. Tus piernas pesan y me deshago de tu abrazo con dificultad. Saco un cigarro, todo lo que llevo puesto está húmedo, viscoso. Me desnudo y tengo frío, delante de mis ojos aparece una imagen trémula de mi semilla infecciosa dentro de ti que cumplirá o no su cometido. ¿Cuál es, en el fondo, mi propósito? ¿Vengarme de todos para hacer justicia o, sencillamente, demostrarme a mí mismo que soy fuerte o alegrarme porque no estaré solo? ¿Por qué debería decírtelo? ¿Para aferrarte a mí o para que siembres tú las semillas de la muerte? ¿Cómo siento mi muerte, me es cercana, la amo y querría compartirla, es un castigo, una casualidad, todo termina cuando ya no exista, te necesito? ¿Tengo que violarte para que te quedes conmigo, para que vivas más rápido, trabajes más rápido, para dejarte seco? ¿O para ser capaz de atraerte hacia mí, de tal manera que no descanses nunca más y ser tu amo, el dueño de tu vida, de tu muerte?

Cuando me despierto, sigues durmiendo inmóvil, boca abajo, aparto la manta y observo tu cuerpo. Con cuidado, para que no te despiertes, lo recorro, de modo que vuelvo a desearte, o a desearte de verdad, solo ahora. Me tumbo encima de ti, te beso la espalda con suavidad, veo que tienes los ojos abiertos, me deslizo dentro de ti y me entrego con lentitud a los movimientos escurridizos, examinando tu interior, aunque al principio

aprietas los dientes y después respiras de modo más profundo. Así hasta el final. Cuando me quedo quieto me pregunto cómo es posible que no tengas miedo, por qué no dijiste que no, por qué no te has apartado, por qué no has mencionado la muerte. ¿Será posible que te fíes tanto? ¿Y de quién puedes fiarte? ¿Cómo puedes? Como si yo supiera algo. ¿Tanto te gusta jugar, entregarte al destino, no puedes prescindir del esperma inyectándose dentro de ti, goteando en tu boca, de lamerlo, de que alguien te llene...? ¿Cómo sabes que no hay muerte en mí, que no te la acabo de pasar como un regalo, el mayor placer, la rápida descomposición, la reducción de una vida a unos pocos años? Estás callado; ¿no te dejo decir ni una palabra? ¿No eres acaso el mensajero de la muerte, que me marcaste hace mucho con la intención de obtener tu estrella del firmamento, de destrozar mi trabajo, mi alegría, mi salud, o porque sí, porque ni siquiera pensabas en ello, por deleite, con un contacto estrecho, cuando te abriste, cuando deseaste...? Ahora puedo oír aquella amargura, siento la desesperación en mi voz, veo cómo se abren sus ojos mientras mi miembro descansa dentro de él. Estoy adherido a la piel, al cuerpo que se secará, que será polvo, y estos ojos seguirán mirando desorbitados, aún después de muertos... Si me hubieras llamado más a menudo, si te hubieras acordado de mí con más frecuencia, sabrías que estuve enfermo, que tardó dos semanas en bajarme la fiebre y que me dijeron que estaba infectado, que moriría antes que mis antiguos compañeros de clase, probablemente antes que mis viejos, tal vez antes de lo que pensaba. Sabrías que algo estaba mal. Y que a lo mejor a ti también te pasa algo o que te pasará ahora que estoy dentro de ti, o quizás que justo ahora todo irá bien porque estaremos conectados, porque estaremos unidos y mi muerte también será la tuya y... ¿Te has despertado como si algo se hubiese movido, has cerrado los ojos? ¿En qué piensas? Ahora estoy callado y te observo, te abandono lentamente como si me sintiese culpable, me aparto de ti, me tapo y espero, espero aún cuando te levantas, tal vez confuso, y te vistes mientras el semen y una sustancia pegajosa resbalan por tu muslo, espero aún cuando recoges algo del suelo, cierras la puerta detrás de ti y ya no estás. Lo sé, estoy exhausto, apenas he podido llevar a cabo este papel de amo, pero volverás, quizás hoy, quizás mañana —la carga pesa demasiado—.

# Disco

Tenía unas ganas enormes de que llegara la noche. Todo el día había sido un agobio, había estado dando vueltas en la cama, trayéndome cosas para picar, poniendo la radio, cambiando de emisora y encendiendo y apagando la tele. De vez en cuando había sonado el teléfono, tíos que no sabían qué hacer consigo mismos, sin ningún objetivo concreto. Solo llamaban para decir hola, para esperar a ver si yo les decía algo, si les invitaba a salir o a darle al pico. A lo mejor hasta se habrían acostado conmigo, pero no tenía ganas de recoger los vasos sucios y las galletas, de lavarme, de vestirme, de esforzarme en acogerlos. Necesitaba la noche. Fui el primero en aparecer entre los estrepitosos altavoces. Por fin el auténtico descanso. Así era completamente imposible que las preocupaciones y las ideas locas, que apenas eran deseos, me rondaran la cabeza. Todo aquel ruido y las luces eran suficientes. Andaba por los reservados, sonreía a las caras, a las sombras que merodeaban apoyadas en las paredes, o me precipitaba hacia las que se movían y giraban, buscando ansiosamente el equilibrio. No tenía ganas de fijarme en alguno de los apuestos bailarines, de seguir sus vibraciones, de hurgar debajo de su ropa o de sumergirme en sus ojos. Todo me parecía demasiado frívolo. Tampoco quería fichar a alguno, bailar junto a él, lanzarle una mirada de vez en cuando, tocarlo sin querer, seguirle hasta la barra, preguntarle qué tal, intercambiar un par de frases para quedarme, al final, con un nudo en la garganta porque no sabría cómo continuar, cómo decirle que me gustaba, que me gustaría abrazarlo, quitarle la ropa, pasar una noche, dos noches, varias noches con él con la condición de que no hablara. Me ponían enfermo esas caras que miraban al vacío sin moverse, que cotorreaban, que se movían afectadas, que se ofrecían en los baños, que se miraban las pollas, que se sonrojaban, que se encerraban y jadeaban en las cabinas —todo ello de manera poco natural—. Por supuesto, buscaba a la víctima apropiada. Quería hacer un ajuste de cuentas para purificarme, para coger fuerzas.

El primero fue un chico insignificante y escandaloso que probablemente siempre había deseado llegar a ser alguien importante, pero que solo provocaba indiferencia. Tal vez esa fue la razón por la que dio conmigo. En otra zona del club, un tío se paseaba de manera varonil de un lado a otro con una cerveza en la mano, a lo mejor era un piloto que siempre tenía que emborracharse para acudir a este sótano. Decidí hacer algo de tiempo, me parecía mejor descansar un rato de los sonidos que martilleaban mis oídos, de los sudores del baile, esperar a que uno u otro se cansasen de aguardar a que les sucediese por fin algo especial. El piloto se tambaleaba cada vez más y había un tipo a su lado que se alegraba mucho cuando podía sostenerlo, sujetarle el botellín y actuar como un hombre. Claro que me habría gustado tirármelo, incluso a los dos, pero parecía más probable que me acabase llevando al chico mediocre vestido de cuero que pululaba por la pista. Me parece que nos rozamos por primera vez mientras bailábamos entre la multitud, ya me había percatado de su presencia y me acerqué a él cada vez más. No tengo ni idea de por qué sentí que él era el que buscaba. Tal vez por su pelo rubio, o por su actitud ausente, como si no viera a nadie, como si no deseara a nadie. Incorporó, adicto a la música. Y después las palabras, las palabras siempre me dejan sin argumentos, ya sea solo la voz o lo que dicen. Una especie de lengua que me es ajena. Mi abuela decía que le gustaría morir rápido, que se dormiría sin más, durante la noche. Pensaba en ello mientras le miraba y cuando, hacía unos meses, se vino a mi casa a pasar la noche. Cómo se echó en la cama, vestido, diciendo que solo quería dormir, y, sin embargo, se dejaba desnudar, se dejaba hacer de todo, solo rechazaba que le besase. Y cómo lloraba después, qué sensiblero, diciendo que tenía un novio y que no debería de haberlo hecho y que ahora tenía que irse, pero, más tarde, se dejó que le hiciese de todo otra vez, hasta que se vació por completo, y volvió a llorar de nuevo... No voy a tener una muerte fácil, he visto muchas imágenes, he escuchado a Ulrich durante horas mientras me describía los meses, los días, las horas de deterioro. Había algo húmedo en su historia de amor apasionado, pero no se trataba de la niebla de un pantano ni del romántico rocío matutino sobre dos cuerpos desnudos. Era como un camino viscoso.

El tío iba y venía, me preguntaba alguna cosa, yo dejaba que me invitase a una copa y seguía esperando. Ya de madrugada, me preguntó si podía venirse a mi casa. Por supuesto, le dije que todavía no lo sabía. Solo para que él siguiera dudando, en ascuas. ¿Era capaz de todo eso, no era la vida más sencilla que aquello? Me esperó hasta el final, hasta que le hice una señal

afirmativa y nos fuimos caminando, lentamente, como si el sonido de sus botas sobre el pavimento y los leves chasquidos del cuero no me metieran prisa alguna. Empecé enseguida, al cerrar la puerta de mi casa, no le dejé que se quitara las botas, que se desnudase, que opusiera resistencia. No lo hizo, para nada. Lo empujé hacia la cama y él podría haberme apartado, podría haberme pegado si hubiese querido, pero estaba de acuerdo, de acuerdo a pesar de su novio, y yo ni pregunté ni esperé. Sujeté su cabeza, le metí la lengua profundamente en la boca, estrujando el cuero y su piel con mis manos. Tenía prisa, tenía que darme prisa antes de que se diera cuenta, antes de que tuviera tiempo para empezar a soltar estupideces, tenía que bajarle el pantalón, colocarlo al borde de la cama y meterme dentro de él, por más que apretara los dientes. Quedó atrapado por el ritmo y sentí que se corrió muy pronto. ¿Es así la muerte? ¿Cuando te duele hasta enloquecer, cuando apenas puedes respirar, cuando solo deseas que todo termine, incluso a cambio de no despertar nunca más, de no recuperar la consciencia, de no ver, oler, sentir, pensar nada de nada nunca jamás? ¿Le estaba proporcionando esta clase de muerte, ya estaba en su interior? Quería llevar a cabo este ajuste de cuentas. Agarraba con fuerza su chaqueta de cuero, que le colgaba ya como un harapo, sus pantalones arrugados por debajo de las rodillas estaban empapados, lo embestía y él gemía tan fuerte que me daba náuseas. Toda esa mierda sobre dormir en mi casa, sobre su novio, sobre no besarse, todas aquellas cadenas, todo aquel jugueteo cuando, en el fondo, se trataba de una cuestión de vida o muerte. Eyaculé dentro de él y me quedé tendido en la cama, agotado, durante mucho rato, menos mal que no me veía la cara, seguramente tenía un aspecto horrible. Seguía mordisqueando el cuero para no gritar. En mi cabeza se formaba un abismo enorme al que me precipitaba. Más tarde no podría pensar ya en mí mismo... todo aquello era un horror espantoso. ¿Mi abuela se había preguntado alguna vez qué vendría después? ¿O ya había sido tarde, cuando el dolor se volvió demasiado intenso y el cuerpo, descomponiéndose, le estorbaba? ¿Iba a ser rápido? Dentro de medio año, ¿aún podría andar, podría tener sexo, me atrevería a ir a un bar? Sentía que algo goteaba por sus muslos, deslizándose. Me levanté y fui a lavarme. Pero él seguía tumbado sobre el colchón. Me incliné hacia sus oídos y le susurré que se tapase. ¿Me parecía ahora que era otra persona? ¿Estigmatizada, tal vez? Abracé contra mi cuerpo su ropa de cuero y permanecí en silencio, esperando, rezando para que él permaneciese en silencio también.

# Furia

La verdadera furia me asaltó justo cuando me di cuenta de que mis posibilidades se reducían al mínimo, o incluso menos, a cero. Porque yo mismo las había minimizado; y eso era lo que me fastidiaba aún más. La furia me asaltó en el autobús. Raras veces viajaba en autobús porque me disgustaba, porque me molestaba toda esa cercanía de gente que me resultaba desagradable, los roces, y más aún, la cercanía de los tíos que me gustaban, que me excitaban y que allí eran inalcanzables. Había demasiados, me afectaba ver sus cuerpos, su piel, sus manos. No podía fingir que no estaban, y esa constante presencia erótica era irritante, agotadora, me conducía con frecuencia a estados de depresión. Pero ahora me abría camino entre el gentío del bus y todo lo que tenía a mi alrededor no era solo un fruto inaccesible, sino también prohibido. La multitud era espantosa. Apenas pude encontrar un hueco no ocupado por ninguna mano en la barra, en la parte inferior, a la altura de mi cintura. Enfrente había un chico más alto que yo, tenía pinta de ser estudiante, me resultaba difícil determinar su edad. Nuestras miradas se cruzaron un par de veces. Aunque me atraía, no quería observarle demasiado, pero de repente sentí una mano, una mano que también se agarraba a la barra y que, al principio, solo rozó la mía, después la acarició levemente y la cubrió casi por completo. Entre aquella aglomeración de cuerpos miré al chico y él me sonrió, apretándome la mano. Probablemente me puse colorado, mi corazón latía con fuerza como las veces en las que alguno me seguía por el parque o cuando me aproximaba a alguien y se me cortaba la respiración. Era ese nerviosismo familiar, ese miedo y, a la vez, esa excitación que precedían al encuentro entre dos tíos, al choque y a la inminente interacción. Sentí que era imposible. Cuando se abrió la puerta, me lancé a través de la multitud de cuerpos y manos, huí del autobús, apresurándome hacia adelante sin mirar atrás porque tenía miedo —miedo de que él me siguiese, miedo de que no pudiera resistirme—. A la vez, estaba furioso, furioso de estar tan asustado.

¿Por qué me negaba a mí mismo, por qué tenía que hacerme la vida aún más miserable? Podría haberme ido con él, sabía muy bien lo que podía permitirme, sabía muy bien que todo dependía solo de mí y que no necesitaba esas privaciones. Tenía miedo. ¿Y qué pasaría si no salía bien, si el encuentro se prolongaba, si la cosa empezaba a complicarse, si quedábamos más, cómo podía construir algo, a partir de qué, por qué debería destruir lo poco que él tenía, tal vez lo destruyese él mismo algún día, pero por qué tendría que ser yo el que lo hiciese?

Aborrecía a todos los que pasaban por delante de mí, estaba rabioso con el mundo, lo odiaba, todas aquellas tiendas, las parejas de enamorados, los coches, las lucecitas, porque todo perduraría, seguiría brillando, riendo, amando. Ellos no solo podían abrazarse, cogerse de la mano, sino que lo podían hacer incluso aquí mismo, en la calle. No tenían que tener precaución con las miradas, no tenían ese pavor mortal de pensar adónde iría a parar el esperma, adónde una gota de sangre, hasta qué punto podrían morder la piel de su amante. Giré por una calle lateral y empecé a descargar mi ira con las señales de tráfico de la acera, con los espejos de los coches, con las farolas. Me encontraba lejos del mundo, quería estar lejos, en algún lugar aislado para que no me molestaran con sus vidas, con su esplendor. Tenía demasiadas ganas de destrozarles su mundo, de morir, de romper cosas, de matar, con bombas, con furia, con odio... Tenía que estar solo.

# Hoja de afeitar

Con él todo era diferente. Fue el primero después de una relación que había tenido durante muchos años. ¿O quería solo prolongar aquello, resucitarlo? Era otoño. Estaba otra vez, sin ningún objetivo concreto, en la discoteca. Las caras me parecían borrosas, los cuerpos se tambaleaban, los brazos aleteaban cortando el aire. Y, sin embargo, me movía rápido por la pista, parecía como si me hubiese perdido, pues era una de esas noches que pasan sin que uno apenas hable con nadie y en las que uno piensa en cómo le gustaría estar abrazado a alguien en la cama, para toda la vida. Tanto lo primero como lo segundo se me debían de notar en mis bruscos gestos. De repente, un desconocido se me acercó, sonriente, en la penumbra. No tengo ni idea de qué me dijo, pero enseguida estábamos sentados, intercambiamos un par de palabras y después nos besamos. Era guapo y tenía un cuerpo firme. Bastante más alto que yo, más fuerte, moreno. Su piel oscura me recordaba a otra, lejana, incluso fatídica. Estaba impaciente, no podía estarse quieto. En breve estábamos follando, se corrió rápido y, después, se quedó dormido, sin más. El momento era apropiado. Lo destapé y me puse a tocar su cuerpo en la oscuridad. Hasta encendí una vela para poder ver sus músculos duros, acariciar su pecho, poner mi cabeza sobre su vientre, besar con suavidad su cuello. En las pocas ocasiones que estuvimos juntos en la cama se quedaba dormido profundamente. De todas formas, sus necesidades sexuales quedaban más patentes en los coches, junto a alguna carretera, de madrugada. Estaba claro, le interesaban cosas completamente diferentes. A sus diecinueve años seguía pensando aún que algún día iba a casarse y todo lo demás. Me había atraído que éramos distintos, pero no podía seguir su ritmo. Diría que se trataba, tal vez, de una especie de nerviosismo, de codicia histérica. Pronto se desvió, avaricioso, por otros caminos, harto de mis toqueteos, de mis abrazos, de mi lentitud. A lo mejor también porque, con él, nunca me había corrido. Todo iba demasiado deprisa. Se esfumó con la

misma rapidez con la que apareció y, después, me resultó difícil encontrarlo. Por lo visto se había mudado, nadie sabía nada de él. Creo que nunca llegamos a follar, o tal vez sí. Pero, sin duda, mi boca había estado ocupada con su semen, y por eso, y también por su cuerpo, deseaba tenerlo otra vez en mi cama. Pero ¿cómo conseguirlo? Nuestra separación no había sido muy amistosa, así que me parecía una empresa bastante ardua. ¿Y qué hacer con él? Él era más fuerte y mi fascinación por su piel me hacía aún más vulnerable. Supe de un local al que supuestamente acudía con su nuevo amante, o a veces también solo, por lo visto seguía necesitando una variedad constante. Lo vi enseguida. Siempre quería ser el centro de atención, de manera que se dedicaba a volcar los vasos, reír en voz alta, exhibirse. Más tarde, en la habitación de un hotel, estaba otra vez callado, muy manso, dulce. Aunque eran momentos contados, instantes como aquellos fueron los responsables de que me enamorase de él. Se vino conmigo por los viejos tiempos y por ver si al fin me corría. No sé, hay tíos que, a pesar de todo, tienen sentido del *fair play*. Creen que las cosas tienen que estar en orden, aunque dudo de que a él le importara, o tal vez le excitara preguntarse si yo me iba a correr o no. Mi cuerpo nunca le había interesado mucho, ni yo tampoco. Bueno, esto ahora daba igual. Quería que me guardase en su memoria y, a pesar de su borrachera, logré desnudarlo. Balbuceó algo y enseguida se quedó dormido. Pude dejar la luz encendida. Me desnudé, me puse encima de él para observar sus cejas, tratando de amarle a través de su cuerpo. Todavía me excitaba. Quizás deseaba tener un orgasmo con él, estuviera despierto o no. Me senté encima de sus muslos, me agaché, con una mano recorrí su piel y con la otra empecé a hacerme una paja. No sé, quizás fue la primera vez que me masturbé junto a un tío dormido. Tal vez a él no lo necesitara siquiera, ni sus manos, ni su boca, ni su prisa, ni sus jadeos, ni su saliva. Mi semen se esparció sobre su vientre, era una imagen bonita, algo blanco sobre una superficie tersa y oscura. Después me levanté para sacar una hoja de afeitar del bolsillo de mi chaqueta. Era la forma más apropiada de abrir aquella carne. Cuando observaba a los actores musculosos de las películas porno americanas, siempre me imaginaba cómo un corte abría la carne de sus cuerpos, tal como lo haría en el mío o en el de cualquier otro. Es todo una ilusión, la sangre siempre aparece. Volví a sentarme encima de él, con más vigor, aparté con los dedos aquel pequeño charco e hice un par de trazos suaves en su piel. Mis manos temblaban, porque no quería que sintiese nada, que se diese la vuelta dejando que los líquidos se resbalaran o que,

incluso, se despertase. No se movió. Le hice otras dos incisiones con más fuerza, limpiando las gotas de sangre con el esperma. Su inmovilidad me animó. Continué por su pecho, con el que tantas veces había soñado que dormía allí, que lo mordisqueaba, que lo atacaba, que lo protegía. Entre el pecho y el vientre hacía falta algún corte más y, después, separé la mezcla de sangre y semen, esparciéndola hasta el cuello. Era casi como un masaje, le extendía mi semen y volvía a besarle en la cara. Movi6 una mano y me abrazó con suavidad, como hubiera hecho mientras dormía abrazado a cualquiera. Deslicé con cariño la hoja de afeitar por su brazo, me apretó con más fuerza, la sangre brotó y goteó sobre su pecho. Apreté los dientes y abrí mi carne también, después presioné mi herida contra la suya como si nos uniésemos en una fraternidad de sangre. Probablemente era cierto, en aquella última batalla. Me quedé quieto, miraba hacia abajo fijándome en aquella extraña imagen de su piel. El esperma y la sangre se secaban sobre su pecho, en su vientre. Aquello ya no resultaba atractivo. Me levanté, debía de estar a punto de amanecer. Le escribí una nota: Por fin me he corrido. Adiós. A lo mejor me molesté en cubrirle con una manta, dejé el dinero para pagar la habitación y me fui. Desde entonces no me ha buscado, pero seguramente pensará alguna vez en mí. Cuando su cuerpo se consuma, cuando ya no sea necesaria una hoja de afeitar para darse cuenta de lo vulnerable que es.

# Chico

Me preguntaba por milésima vez qué había ido mal, qué había hecho para ser diferente. Qué me había impulsado a ir al granero, a unirme a aquellos juegos en los que los chicos se desabrochaban los pantalones, se revolcaban con tanta energía que no podía reconocerlos. Sus manos y sus ojos se transformaban, codiciosos, se retorcían, casi echaban espumarajos por la boca, no de miedo, no de odio, sino por una especie de curiosidad, decían, o quizás fuera el placer, después de todo, de meter sus manos en los pantalones de los otros y tocar sus pollas, calientes, húmedas, de sacárselas para enseñarlas un momento y guardarlas en el acto. Entonces se detenían, jadeantes y satisfechos, como si estuviesen asustados o ya hubieran logrado su objetivo. O tal vez deseaban algo más. ¿Por qué aquello no me bastaba y me iba a escondidas con mi vecino al pajar, donde charlábamos, hojeábamos revistas y nos metíamos mano en un juego completamente diferente? No había un forcejeo especial, los dos deseábamos quedarnos desnudos al final, uno encima del otro. Su verga me gustaba, pero ¿por qué? ¿Era algo normal, podía serlo, a quién podría gustarle una polla? Y, después, cuando se tendía encima con torpeza y cuando le dejaba que se frotara contra mí, ¿por qué nos gustaba tanto que repetíamos una y otra vez, de tal forma que primero me sentía asustado y después avergonzado? Por aquel entonces ninguno de nosotros se llegaba a correr y solo existía el olor de dos penes pequeños, dos cuerpos que se aferraban el uno al otro.

Quería volver a una situación así y quizás cambiar, alterar el curso de los acontecimientos, dar el salto a aquel mundo real que yo había rechazado o que me había rechazado con tanta facilidad. Preparé todo. Me afeité el cuerpo, las axilas, las ingles, las piernas. Tardé mucho en hacerlo. Me sumergí en el agua para aliviar sentimientos extraños. Tuve una sensación muy rara, una especie de frescor. No me atrevía a secarme. Me tumbé al sol y me puse a observar mi cuerpo desnudo. El cuerpo que había envejecido, por

el que habían pasado no sé cuántas manos y pollas, pequeñas, grandes, delgadas, gordas, blancas, rojas, marrones, negras... Ellos habían tocado esta piel inocente, todavía inmadura, viejos verdes, tíos vulgares, ¿qué mosca les había picado? ¿Dónde seleccionar a la víctima, por qué esa, cómo elegirla, cómo atraerla? Buscar en los aseos de los colegios o en los parques de atracciones por la tarde... El chico era apuesto, no sé si ya había empezado sexto grado. Le di la mitad de un billete y le mostré la otra. Creo que ya se había permitido algún manoseo con otros muchachos. Nos fuimos al lago. Quería verlo en el agua, al sol, quería ver cómo corría por la hierba, escuchar sus naderías, me habría gustado estar con él durante días y meses. Pero ¿por qué, por su polla erecta, por las gotas de semen, por mi piel desnuda que me picaba poniéndose primero roja y después marrón? ¿Cuántos sueños se habían sucedido en aquellos años, o habían sido solo quimeras, y todo lo demás habían sido jadeos, sudor, quizás un beso? ¿Le gustaba dejarme meter mi mano en su pantalón? Y a mí, ¿se me ponía dura? Ya era de noche, tenía que decidir si aquel placer valía la pena, si el sabor de su polla era bueno o repugnante, si me agradaba acariciarle, si tenía miedo y vergüenza, si debía de decir que no: no, así no, esto no se hace. Le doblé el brazo hacia atrás y me senté encima de él. Enfurecí, le sujeté y me puse a abofetearle como un loco, no, esto no se hace. Le quité los pantalones, envolviéndole la cabeza con ellos, tapándole la boca y aquellos interrogantes ojos claros y empecé a aplastarle con mi cuerpo. Lo arrastré por la grava, los guijarros se le clavaban con fuerza, cogí una piedra grande y la dejé caer sobre su vientre, tenía que aniquilarlo porque esto no estaba bien, porque él no tendría salida alguna en el futuro, porque agarraba mi polla con demasiada ternura, porque... ¿Había sangre en la gravilla y en mi piel lisa, sin vello, y en su pelo apelmazado, en su polla machacada con rabia, era agradable el calor, había un olor especial cuando me metí en el agua para limpiarme? Qué fácil me resultaba eso en comparación con aquel comienzo en el que aparecieron mis primeros pelos y miraba a los otros chicos, y ahora mi piel estaba infectada y me picaba todo y me metí en la cama como si de verdad hubiese matado al muchacho de los vecinos, y no dejaba de preguntarme...

Estaba solo.

# Teléfono

A J. le gustaba hablar por teléfono. Pero no me llamaba solo él. Y yo tampoco era el único al que llamaba. Gemía. Esos gemidos a distancia debían de importarle mucho. Lo sabía todo acerca de sus amantes, cuándo estaba con ellos, cómo eran, de qué hablaban, qué hacían. Sollozaba a lo lejos y sus sollozos me aburrían. La conversación siempre acababa cuando él ponía fin a sus lloriqueos y yo me corría. Me corría justo con aquellas lágrimas al otro lado del teléfono. La curva dramática era perfecta. Ayer estuve con el mejor tío de mi vida, sabes. Pero ya no volverá. Se fue, sin más. Como si yo no le gustara lo suficiente o como si no fuese lo bastante inteligente. Estábamos todos en el bar, hablando de la película... que a mí me chifla, ¿no te parece estupenda?, cuando lo veo junto a la barra tomándose una cerveza, alto, guapo, parece un dios. Lo miro, le pregunto si quiere sentarse con nosotros, le explico todo, sobre el héroe, sobre su eterna búsqueda, y él lo comprende todo, el bar entero brilla. Apenas me doy cuenta de la hora. Mi mano se desliza hacia mi entrepierna, empiezo a tocármela, a invitarle. Fuimos a casa de K., que es una tía muy chiflada, sabes qué ropa tan alucinante tiene, ya la has visto. Todo en su casa es de color verde, su viejo es un tío de puta madre, no es nada pesado. Y tiene un buen sueldo, de manera que a ella no le hace falta quedarse siempre allí, sino que sale fuera, donde pasan cosas. Estuve pegado a él, olía su perfume, su piel, tocarle me volvía loco. No puedes imaginarte cómo es. El mejor que he conocido hasta ahora. Y ha habido muchos. ¿Pero qué pasa conmigo? Al final todos me dejan, cuando realmente lo que quiero, todo lo que quiero es estar con alguien, amar a alguien, que nos busquemos un piso juntos. Yo me quitaba la ropa. Con un dedo recorrí mi pecho, mi vientre, mi miembro, mi capullo, empecé a hacerme una paja. No sabes lo bien que nos lo pasamos. Él mismo me propuso que fuéramos a mi casa. Allí me agarró y, qué boca, qué manos. Era tremendo, maravilloso. Y la polla que tiene. No podía desprenderme de ella. Le decía cualquier cosa y él

lo entendía todo y sonreía, en la cama, en el suelo. Pasamos la noche follando y fue fantástico. El mejor sexo de mi vida. Yo permanecía sentado, inclinándome hacia atrás, empezando ya a sentir el temblor, necesitaba aún sus lágrimas. Pero por la mañana me dijo que se iba y que nos veríamos alguna vez. ¿Y el número de teléfono? Eh, hizo un ademán con la mano, no me gustan los teléfonos, se vistió rápido, lo cogí de la mano, quédate un poco más, pero se deshizo de mí, adiós, y se fue, me dejó allí tirado como a una puta. Y ahora qué hago, esta vida no tiene sentido, ¿qué les pasa a todos? ¿Me tiro al río? Fue delicioso. Me corrí, el semen salpicó mi vientre y se concentró en un charquito blanco. No sabes qué infeliz me siento, lloro y lloro y no puedo parar. Me limpié con un pañuelo, ya estaba harto de él. Sería tan agradable estar sentado aquí, en silencio, solo. Bueno, ya no te molesto más, a lo mejor me paso algún día, adiós, ya me las apañaré como pueda, pero el tío era una maravilla, que lo sepas, adiós.

Un día apareció en mi puerta, sin más. Era tarde. No podía estar solo. Llevo todo el día deambulando por la ciudad y no puedo olvidarme de él. Se ha ido esta noche, ya sabes, el que conocí la semana pasada. Increíble, pelo negro, veinte años, el que tiene un trabajo de puta madre y un coche, ya sabes, ¿no te he hablado de él? Con el que me lo monté en la cocina, en una fiesta, ¿no te acuerdas? No me acordaba y tampoco me interesaba. Cuando lo veía, siempre recordaba los dos meses que habíamos pasado juntos, la época de nuestra especie de historia de amor, cuando me esforzaba en estar con él, cuando sollozaba en mi regazo porque no sabía si todo aquello tenía algún sentido o si debería elegir otra opción, porque aunque me quería a mí, quería también a otro, pero no hacía nada con él. Entonces me parecía que estaba sufriendo, pero mucho más tarde, cuando nos encontrábamos en algunas ocasiones, solo para charlar sobre cómo estábamos, me hablaba de salas de cine donde ponían películas porno, de la increíble atracción de estar en la oscuridad cuando alguien se sentaba a tu lado y apenas lo podías ver, cuando empezaba a tocarte y después te ponías encima de él allí mismo o te corrías en su boca. Y cómo había ido a aquellas salas aun cuando estábamos juntos, porque no había podido resistirlo, porque todo lo de allí era estupendo. Yo no comprendía aquella actitud, no lo tenía claro, pero retuve ese dato en mi memoria y ahora, cuando lo veo, siempre lo recuerdo, me acuerdo de él llegando a mi casa después del cine, abrazándome, sollozando y diciendo que no podía decidir y que no se le ponía dura porque quizás me amaba demasiado, porque... Aquella noche yo estaba de buen humor. No podía

parar de servirle vino, de acariciarle el pelo de vez en cuando, de secarle las lágrimas de las mejillas y de ponerme cachondo tocándome la polla con la otra mano debajo de la mesa. Quedamos casi toda la semana, era maravilloso, el domingo hicimos una excursión, paseábamos de la mano, no sabes qué feliz estaba. Hablaba de una manera tan bonita y tiene una piel tan suave, con todos esos pelillos en el pecho, ¡para volverse loco! Me comprendía, ha sido el primero en entenderme, comprendía todos mis problemas con mis padres y en el trabajo, todo. Y ahora se ha ido, ha dicho que no puede seguir así, que somos muy diferentes, que es mejor para los dos que lo dejemos ahora... Me levanté y me acerqué, me desabroché el pantalón, empecé a acariciarlo, a limpiarle las lágrimas con mi polla, que estaba cada vez más dura, me la meneaba, de arriba abajo. ¿Qué voy a hacer ahora? ¿Me entiendes? Oh, no, qué triste es todo. Se la metí en la boca, interrumpiendo sus palabras, y seguí penetrándole y secando todo lo que se derramaba de sus ojos. Le bañé la cara con mi semen, recorrí con mi miembro el tramo desde los ojos hasta la boca para que se mezclara con los mocos, con las lágrimas, con toda su miseria. Él sollozaba y tragaba, gemía sin parar, y yo me quedé aliviado, al menos como para poder soportarlo durante unos minutos más sin coger un cuchillo y clavárselo en el corazón para poner fin a toda su pena, a toda su aflicción, a toda su desdicha. ¿Esperaba que lo hiciera? Tal vez sí. Le acompañé hasta la puerta, ni por asomo se me ocurrió que se quedara a dormir, o seguir escuchándole.

# La biblioteca

Me recliné en la biblioteca. Era un espacio grande, frío, sin ventanas, había libros por todas las paredes, una amplia mesa en el medio y una cama en un rincón. Me parece que trabajo de noche, porque el silencio es total y no hay nadie durante horas. De vez en cuando, probablemente tres veces al día, entra alguien y me trae comida. Entra sin decir nada, coloca la bandeja entre los libros y se va. A lo mejor se trata de un monasterio o de una cárcel. Además de mi silla hay otra en una esquina, una escalera de mano apoyada en la pared y, encima de la mesa, una montaña de papeles, libros y cosas para escribir. Hay polvo y humedad. El aire huele a cerrado. Duermo poco, solo salgo para ir a un pequeño aseo. A veces escucho gritos, pero no sé si proceden de mis sueños o de detrás de la puerta. Empecé una tarea que no sé si terminaré alguna vez, si tiene un final siquiera, si tiene algún sentido. No me acuerdo de cuánto tiempo llevo viviendo aquí, apenas tengo una noción de que antes, en el exterior, todo fuera diferente. En mis recuerdos hay un montón de imágenes palpitantes que se mezclan con las de los libros, hay personas, ciudades, espacios, amores, todo mezclado, de modo que me resultaría difícil determinar el origen de todo esto. Paso lentamente las hojas frías, escribo mis apuntes con cuidado, a veces copio un verso, una fórmula mágica, a veces anoto mis sueños. Dejo los montones de apuntes en el suelo, quién los leerá, yo no tengo tiempo. ¿Quién sabrá a quién pertenecen las frases, quién las escribió en realidad? Más o menos en mitad de la noche, si esto es una noche siquiera, mientras estoy inmerso en mi tarea, se abre una puerta y entra un chico, afirma con la cabeza, se sienta en la silla del rincón y me mira. Viene todas las noches, siempre el mismo, siempre con el mismo pantalón, con la misma camisa, siempre con la misma sonrisa, con la misma mirada. Me he acostumbrado a él aunque sigo sintiendo miedo. Cuando apareció por primera vez, hace mucho, pues mi pila de apuntes iba por la mitad, no entendí nada. Permanecí en silencio intentando seguir con mi trabajo. No lograba

escribir más que garabatos, mi corazón latía con fuerza, mis manos sudaban. Él se sentó, me pareció que durante mucho tiempo, observándome con sus ojos azules. No dijo nada y, al final, se fue. En cuanto mi corazón se dejaba de oír, él se levantaba haciendo chirriar la silla para que yo me sobresaltara, se quitaba la camisa y volvía a sentarse. La camiseta blanca acentuaba su hermosa piel. Me veía obligado a observarle, su mirada me lo ordenaba. Sentía que él me excitaba. Otras veces él también se quitaba los pantalones. Ahora vestía todo de blanco, la piel morena, el pelo rubio, en la penumbra y con esos ojos azules. No sé cuántas noches eran necesarias para cada etapa. Se quedó de pie delante de mí, desnudo, se puso a hablar en voz muy baja, guiándome con su mirada. Nunca se acercaba. Mi propia mano me quitó la ropa, hasta quedarme casi desnudo, me resbalaba de la silla, deslizaba mi mano por mi miembro hasta que el semen salpicaba el suelo. Él permanecía allí todo el tiempo, a veces también recostado en la silla, susurrando palabras en una lengua desconocida, siempre las mismas palabras. Entonces se movía, apartaba su mirada, bajaba al suelo y se arrastraba hacia mí. Absorto, sentado en mi silla, intentaba apartarme, taparme, quizás salir corriendo, pero carecía de fuerzas para hacerlo. Él acercaba su cabeza a las gotas en el suelo, sacaba la lengua para saborearlas, las lamía y parecía que disfrutaba. Cuando limpiaba mi semen, retrocedía, se quedaba sentado durante unos momentos, se vestía, volvía a mirarme, después se levantaba y se iba. Cada noche pasa lo mismo. Antes me preguntaba quién era, de dónde venía, por qué nunca se tocaba a sí mismo para satisfacerse, por qué no se acercaba, por qué yo no tenía fuerzas para levantarme, besarle, por qué no podía resistirme... Ahora sé que es así. No tengo más preguntas. Sé que vendrá sin falta, que su mirada me incitará a exprimir de mí lo que tanto necesita. Creo que cada día está más hermoso, sus ojos destellan cada vez más, mi placer es cada vez mayor. Mis apuntes son cada vez más legibles, el montón más grande, mis sueños más bonitos. Aunque me parezca que cada vez estoy más frágil, que camino hasta el baño cada vez con mayor dificultad, que cada vez tengo menos pelo, y que han aparecido una especie de cicatrices en mi cuerpo, en mi pecho, en mis manos. Parece como si mi chico no se diese cuenta de ello, me mira, me guía entre las páginas, entre las frases, hacia la piel, hacia el semen que brilla de manera tan bella en su lengua roja. A veces pienso que es un ángel y no me interesa saber qué trae.

## El cuarto de baño

La fiesta era deplorable. Unos se movían de un lado a otro por la habitación, otros estaban sentados, hablando. Una típica fiesta de hombres. Había al menos dos grupos, uno se deshacía en risitas, aspavientos, bailoteos, gestos amanerados, ah, chica, viste ayer a ese tío que me miraba tanto en La Gata, me puse toda mojada de pensar que podría metérmela, y todo ese pelo en el pecho, ¡qué macho!, fui incapaz de dormir, no dejé de imaginarme aquellas manazas sobre mi cuerpo, ¿y tú, te lo montarías con él? El otro era más tranquilo, más reflexivo, de voces más graves, con las bocas llenas de palabras, pero yo creo que la película no ha mostrado todo, claro, porque la industria cinematográfica americana tiene miedo, además está la cuestión del dinero que, en el fondo, es la base, y ayer, aquella discusión en la tele, ese doctor se equivocó. Él estaba en ese segundo grupo, desde siempre había sido inteligente, era difícil que alguien se fijara en él por la calle, cuidaba su compostura, vestía de una forma indudablemente distinguida, y así también comía, se peinaba, se perfumaba, en fin, era perfecto en todo. No importa cómo acabó en mi cama, pero, sin duda, era lo único que recordaba. Qué hizo, qué sabor tenía, si sentí calor al abrazarlo, si me susurró al oído, si se lavó después, si le gusté, todo eso se había perdido hacía ya mucho, probablemente no importaba siquiera. Solo me acuerdo que pasó algo, pero incluso este recuerdo es vago, borroso, incierto. También aquí, en la fiesta, daba la impresión de que había en él algo vacío aunque presumía de su juventud, de su belleza, de su sonrisa, de su imagen que se resistía a cambiar, una imagen de maniquí que te despertaba ganas de gritar y de tirarle un vaso solo para que cambiara ligeramente la expresión de su cara. Pero ¿de qué iban todos esos tíos, por qué estaban sentados aquí, tocándose, flirteando, qué tramaban, de quién era esa fiesta, qué clase de fiesta era? Entré en la cocina para beber agua, para que mis oídos descansaran del ruido, para respirar un momento. Él estaba allí, junto a la encimera. No me había dado cuenta de que

había abandonado la habitación. Colocaba canapés decorados, untados con cremas exquisitas, en una bandeja grande, los ordenaba como si se tratara de una labor crucial. No era verdad que el sabor fuese más importante que el orden, más importante que la decoración con uvas, trocitos de kiwis... Me acerqué, me parecía que él estaba allí para dejar ver algo más que su superficie inmaculada. No esperé, me pegué a sus nalgas, a su espalda, abracé su pecho y bajé mi otra mano para meterla entre sus piernas. Y mientras él estaba en esa posición, con los canapés en las manos, reflexionando sobre cuál sería su mejor distribución en la bandeja ya preparada, yo lo tenía agarrado, tocaba su polla a través de la tela, después abrí la bragueta y, lo más rápido que pude, busqué su piel, su miembro desnudo, lo cogí en mi mano, se lo saqué sin dejarle hablar, le di la vuelta y me arrodillé para chupar esa cosa blanda que no era un canapé. Él seguía con los aperitivos en las manos y yo me afanaba, con toda mi destreza, en ponérsela dura, en hacerle resoplar, en que la superficie lacada empezara a resquebrajarse, a desprenderse para, entonces, dejarle allí plantado, con toda su decoración y con aquel miembro desgraciado que él tenía en tanta estima. Y, sin embargo, permaneció frío como el hielo, no quiero esto, de ninguna forma, y menos aquí, no, es mejor que me ayudes a servir este bufé frío. Me levanté, le quité con tranquilidad los canapés de las manos, llevé con solemnidad la bandeja a los dos grupos, que seguían cada cual con sus risitas y sus pedanterías, regresé, le arrastré hasta el cuarto de baño, cerré la puerta con llave y, sin poder resistirme, le pegué, empecé a golpearle en la cabeza lo más fuerte posible, tiré de la cadena para que no se oyera nada, si gritas te mato, mira, aquí tengo una cuchilla de afeitar, te corto los huevos, tú que pareces un puto escarparte, te voy a follar, agáchate ahora mismo. Le quité los pantalones, le empujé encima de la bañera y le penetré.

¿Qué me importaba más? ¿Su bella cabeza, sus firmes muslos, la armonía sorprendente de su cuerpo, la saliva que caía de su boca y goteaba en la bañera mezclada con sangre, su mirada cuando veía cómo chorreaba aquel líquido sin poder comprender que él, la estrella, el objeto de deseo de muchos maricones solitarios, el sueño de muchas chicas de instituto, permanecía tendido aquí, sobre la bañera, mientras echaba saliva y sangraba, mientras alguien lo embestía tan fuerte que le hacía daño y le escocía a la vez que le agradaba? ¿O su imagen que se fragmentaba, su brillo cubierto por el sudor, sus jadeos, su trémula erección? Tenía que golpearle, morderle, insultarle. Después se derrumbó y se sentó junto a la bañera, parecía un pedacito de

mierda, me puse en cuclillas a su lado y él se apoyó en mí mirándome con sus grandes ojos. Quédate conmigo, dijo, pero fue un segundo. Me levanté. Recomposte, ahora puedes servir el postre. Salí, me detuve un momento y me uní otra vez a toda esa gente. Pero de qué tenían que hablar tanto, su palabrería se esfumaba sin dejar rastro, me preguntaba si se podía trancar el camino de un chico joven y exitoso, si un golpe bien dado podía quitarle de la cabeza al menos un poco de su falsedad, qué tipo de centrifugado sería necesario para que un cuerpo y una cabeza así pudiesen sentir algo de verdad. No hizo falta esperar mucho. Después de hacer sonar la vajilla en la cocina, salió todo acicalado con los postres, la sonrisa inalterable, empezó a charlar, volvía a mirarme como antes, con una mirada transparente; no me importaba qué quería de la vida, qué le gustaría hacer, qué objetivo perseguía o qué le hacía diferente de toda esa gente, si sus miradas eran menos vacías que la suya, su vida sexual menos aburrida... Y yo, ¿qué quería, seguía los pasos de la muerte o solo me dejaba llevar por una ira desmesurada, por una fuerza que me impulsaba a estrangularles a todos, a encadenarlos, a torturarlos hasta que comprendiesen, hasta que sintiesen algo?

# El vídeo

Tom era bailarín. Muy alto, unos dos metros, delgado pero fuerte. Tenía el pelo largo y rubio, era guapo. Odiaba los sitios de ambiente aunque siempre los frecuentaba. Era muy presumido, contemplaba a la gente y bailaba en la pista como si fuera alguien importante. No era un buen bailarín porque siempre repetía los mismos movimientos, los mismos gestos, una y otra vez. Y, sin embargo, se consideraba a sí mismo un bienpreciado. También hablaba como si todo lo relativo a él fuera importante. La primera vez que lo vi, me contó su vida entera, como si leyera su papel en un guión. Cómo se había enamorado de un compañero de clase en el colegio, qué pesados habían sido sus viejos, con qué impotencia había buscado a un amigo, me contó todo, desde la grave enfermedad de su tía hasta que no soportaba los pelos de gato. Se calló el dato de que solía ir a los parques y las saunas. Porque acusaba a los demás de tirarse a cualquiera mientras que él era completamente diferente. Estaba obsesionado con las películas porno, no lo dijo de modo explícito, pero casi. Por eso precisamente apareció en mi casa. Grande e imponente, se sentaba delante de la televisión, clavando los ojos en la pantalla. Rebobinaba las cintas hacia adelante y hacia atrás, paraba la imagen, observaba de cerca las pollas enormes que entraban y salían de las bocas, babeaba cuando el semen brotaba a cámara lenta hasta que salpicaba la pantalla, es decir, a él, mientras se abría de piernas, mientras se agarraba la polla y se pajeaba. No paraba ni después de correrse, continuaba, temeroso de que se le escapara algo. Yo estaba sentado a su lado, contemplando las escenas, observándole a él absorto, viendo cómo su mano seguía los acontecimientos de la película, en la que unos jóvenes fornidos gemían y resoplaban al jugue-tear con sus blandas pollas, que nunca llegaban a empalmarse, y se corrían así, con los miembros flácidos. Me hacían gracia sus caras, sus ojos desorbitados, resollaban como si fueran animales en una matanza, se lanzaban hacia los paquetes como si se hubiesen perdido en el

desierto, en fin, uno podía estar muy entretenido mirando a Tom y a la pantalla. Y todos esos cuerpos, todas esas caras, nunca sonreían, y Tom tampoco. Siempre estaba serio. A mí apenas me tocaba y yo tampoco le quería molestar. Por una parte, me llegó a producir repulsión, la forma en la que hablaba y cómo se comportaba. Cada vez lo odiaba más y no tenía claro del todo por qué le aguantaba. Me preguntaba para qué me servía todo aquello, sus relatos estúpidos, las sesiones de porno, sus masturbaciones en mi cama. ¿Me hacía falta un estímulo más fuerte para actuar, para decirle que ya era suficiente, para pegarle, para detener el vídeo, para sacar a patadas a ese falso bailarín, para echarle fuera, fuera de mi mundo? ¿Por qué le soportaba a pesar de que me resultaba tan repugnante? Venía a mi casa como a un hotel. Nunca traía nada, nunca me invitaba, más bien al contrario. Aunque parecía tener bastante dinero. Ropa, viajes, cenas, lo tenía todo a su alcance. Se centraba en sí mismo, en su bolsillo, en su polla. Sería raro que tuviera amigos. Más bien me parecía que no sabía lo que era la amistad, que no tenía ni idea de lo que era el amor o las emociones, que funcionaba de la misma forma que los tíos en las películas porno. Era como todos los maricones.

Eso me sacaba de quicio, la imposibilidad de encontrar en alguien a un ser humano capaz de sentir algo por otro. Iba de la cocina a la habitación, de la habitación a la cocina, contando mis pasos, la ira creciendo dentro de mí al ritmo de los gemidos procedentes de la televisión. Saqué un cuchillo del cajón y empecé a afilarlo, con lentitud, de manera que se podía escuchar el agudo deslizar de la hoja, como antes de la matanza de un cerdo que está a punto de chillar con estridencia. Estaba por todas partes, ese gran bailarín, ese obseso del porno, podía esconderse entre las cartas, podía ser un joven con buena pinta que buscaba a otro para encuentros íntimos. O uno que quería compañía, o incluso algo más. Aparecía en todos los anuncios de contactos: ahora llevaba ropa interior femenina, ahora se lamentaba frustrado por ser diferente y anhelaba vivir satisfecho, ahora se ofrecía a obedecer, a limpiar las botas, a poner la boca, a poner el culo... Estaba recostado allí, con las piernas abiertas, estirado, entre recortes de anuncios, cintas, revistas porno, su miembro le colgaba entre las piernas, asqueroso, resbaladizo, blancuzco. Me abalancé sobre él, lo agarré y lo rajé. Aulló, se retorció, la sangre empezó a brotar, gritaba como un poseso aunque el tajo no era profundo. Lo golpeaba, le tiraba del pelo, cierra el pico, si no, te la corto. Sabía que eso le haría reaccionar, se puso a saltar de un lado a otro, examinándose a ver si aún la

conservaba, y la pantalla dejó de tener importancia, ya todo daba igual. Muévete y desaparece de aquí mientras puedas, le dije. Se tranquilizó, estaba muy asustado, aquello había sido demasiado. ¿Adónde voy a ir así? Estás loco, llama a la ambulancia. Desaparece. Volví a coger el cuchillo. ¿De verdad daba tanto miedo? No gritaba: venga, mátame, clávamelo, no quiero vivir así; ni tampoco suplicaba: ten piedad, mira, estoy sangrando. Podría haberle obligado a que se pusiese de rodillas y habérmelo follado, pero solo esperé a que se vistiera, le metí un par de pañuelos de papel en el pantalón y lo eché de casa. Esos tíos fornidos en plena acción, salpicados con su sangre, constituían una bonita imagen. Me sentí ligero, sonreí, me encendí un cigarrillo. Sabía que me había librado de él y que ya no había nada más que buscar.

# Una carta

Adiós,

quiero escribirlo al principio para que las cosas queden claras. Así, quizás, no te tomes la molestia de seguir leyendo y te pongas a maldecir y a llorar sobre tu suerte. En realidad, siempre has sido así. Pero no me busques, no tiene sentido, esta vez no me vas a seducir con tus lágrimas o con tus palabras mal sonantes. Estoy harto de ti, me tienes hasta la coronilla, eres repugnante, feo, asqueroso. Es verdad que me convenciste la primera vez, en el parque, cuando no me apetecía mucho ir contigo y sospechaba lo que podría suceder. Pero me persuadiste con tus palabras, con tus cumplidos, con tus halagos. Solo para metérmela en la boca. Y me quedé dos meses a tu lado, o quizás un poco más. No estaba enamorado de ti, jamás lo estuve, de alguna manera te había cogido cariño, a lo mejor era demasiado indulgente contigo, a lo mejor tus permanentes sollozos despertaban en mí una tendencia a consolarte. Habías abandonado a tu mujer y a tus hijos hacía mucho, allí, en alguna parte de la provincia, y te habías instalado en la ciudad, no en el centro, claro, es demasiado caro. Te habías creado tu propio nido al que llevabas a los tíos, la mayoría bastante jóvenes. Parece como de revista, este salón tuyo, tú, un vaquero con botas altas. Cuánto tiempo te acicalabas delante del espejo antes de salir, saludabas a la vecina, soltabas tonterías sobre los gatos... Donde tu mujer no habías tenido la posibilidad de montarte una guarida, ella lo habría destapado todo, y los niños, los niños gritan, vuelcan las cosas, ensucian, y tú eres muy ordenado, pulcro, tranquilo. Siempre me echabas la bronca por dónde debía poner las cosas, así que dejé de usarlas. También a mí me colocabas por aquí y por allá como si te sirviera para decorar, sobre todo la cama. No te gustaba que estuviese en casa mientras estabas en el trabajo. Tu casa tenía que permanecer limpia. Cocinabas solo, yo lo habría puesto todo perdido y, además, por lo visto, no tengo ni idea de cocinar porque solo tú sabes sazonar bien la comida, añadir las especias que hacen falta, saltar

correctamente un filete. Cuando, por algún milagro, comíamos fuera, quiero decir con tus amigos, incluso alguna vez, a lo mejor, en un restaurante, pasabas una hora dando vueltas para examinar la carta de precios en cada puerta, la comida siempre estaba insípida, faltaba esto, faltaba aquello. Ibas solo también al supermercado, yo seguramente habría complicado la compra, habría querido no sé qué, eso pensabas. Intentabas poner orden en mi comportamiento. Te parecía que yo no andaba adecuadamente, que debería hacerlo de otra forma, que no sujetaba bien el tenedor, que me expresaba con demasiada tosquedad, que estaba mal peinado, que debería ponerme esto o aquello porque comprar ropa nueva no era apropiado, pues costaba mucho y tú necesitabas el dinero, para tus discos, para el cine, para las lamparitas nuevas del techo que creaban una atmósfera romántica encima de la cama, para las vacaciones de verano en Grecia... Hablabas sin parar de los precios, de lo que costaba algo, cada tres frases repetías: Ay, esto es muy caro, o esto no es barato. Sentía cada vez más que ponías precio a cada bocado mío, a cada sorbo, a cada salida, si me compraba algo con mi propio dinero, lo escondía para no escucharte. Es verdad, vivía gratis en tu casa, no pagaba la comida, aunque la idea había sido tuya y no querías coger mi dinero. Cada vez me resultabas menos simpático.

Si al principio me encantaba abrazarte, revolcarme contigo en la cama, disfrutar cuando me corría o cuando te corrías tú, con el tiempo empecé a evitarte. Llegaba tarde a casa, no te calentaba, no me abalanzaba sobre ti, no te chupaba la polla, no me ponía debajo de ti. Nunca sabías tratarme. Ni te interesaba, excepto como un objeto de tu propiedad, al que cambias de sitio y utilizas. ¿Qué pasaba con tu ternura? Era algo lujuriosa, querías meterme tu polla sin dejar que yo la aceptara, que se deslizara hacia dentro lentamente, que se quedara quieta, y esperar a que terminase aquel dolor inicial, a que pasase la sensación de saber que alguien estaba en mí, que se movía, que lo sentía, que lo deseaba, que me gustaba aquello, que me entregaba, que abrazaba su cuerpo, que me abría, que lo estimulaba, que lo agarraba, cada vez con más ímpetu, hasta que, con un espasmo, expulsara su semen, caliente y pesado. Pero tú insistías, tenía que ser como tú decías, querías que estuviese tendido en la cama, me dolía cada vez más, cada vez me hacías más heridas, y cada vez, al día siguiente, sentía escozor. Cada vez tenía menos ganas de vivir esos momentos, te aceptaba cada vez menos, tus embestidas eran cada vez más dolorosas, así que empecé a esquivarte y tú empezaste a cabrearte, a enfurruñarte, a rogarme. Como si no hubieses sabido hacer otra cosa, ya que

follar no se te daba bien, ya que no querías escuchar lo que te decía. ¿También te habías tirado a tu mujer con tanta prisa, también la habías penetrado con tanta violencia, también le había dolido a ella, había disfrutado siquiera? Hacía tiempo que yo no disfrutaba, solo me dejaba hacer, cada vez menos, pero lo justo para que no te pusieras demasiado pesado. Follarme te parecía fundamental. Desarrollabas teorías enteras sobre la entrega amorosa, atribuías mis dolores a la insuficiencia de mi dedicación, pero no comprendías que me crispabas los nervios cada vez más, que ya no podía escucharte, verte, olerte... aceptarte. Mi mente estaba en otra parte. Empecé a barajar la posibilidad de abandonarte. Te lo habrías oído, de todas formas, si fuese posible que notaras algo en otra persona. También otros tíos comenzaron a parecerme atractivos, cada vez había menos cosas que me unían a ti. ¿Tu mujer también se había ido así, aunque siempre afirmabas que la habías dejado tú? Tus fieles amigos me contaron la verdad. ¿A ella también la habías violado, le habías pegado, le habías sermoneado, la habías torturado con tus teorías hasta el amanecer? ¿Qué me quedará de ti? Tal vez con el próximo seré más cauteloso, menos condescendiente, no soportaré ciertas palabras, probablemente tardaré tiempo en perder el miedo a follar... Ja, tú siempre tan sensible, pero yo prefería quedarme callado. Me incitabas, por supuesto, a que te penetrara, para que nuestra relación fuera equitativa, y siempre decías, al mismo tiempo, que padecías de hemorroides. Y cuando intentaba hacerlo, empezabas a chillar como si te desollaran vivo, como diciendo, hemorroides otra vez, hoy va a ser difícil, intenta hacerlo con más cuidado, ay, así no, lo dejamos para otro día. Joder, debería haberte dicho que no estabas lo bastante entregado, que no me querías lo suficiente. Sin embargo, prefería no intentarlo de nuevo, con la excusa de que ni siquiera me apetecía. Me preguntaba si tú eras capaz de querer a alguien. Lo siento, pero creo que sería más fácil para ti vivir con un gato; con un perro no, que hay que sacarlo.

Dudo que sigas leyendo todo esto, pero tengo que escribirlo para que me sea más sencillo marcharme, para bajar la escalera purificado; caminaré por la calle como un ladrón, volviendo la cabeza para comprobar que no me sigues, y me esfumaré cuanto antes... A lo mejor me dirás que podríamos haber hablado sobre ello y que por qué no te he dicho nada, pero te he hablado demasiadas veces, hemos hablado sobre ello demasiadas veces, nuestras conversaciones siempre han sido iguales, y mi paciencia tiene un límite. Es verdad que no tengo muchas opciones, que dependo de vivir en tu

casa, pero, a pesar de todo, no puedo más. Tu mujer lo había aguantado muchos años, no sé qué le condujo a hacerlo, a mí me han bastado estos dos meses. Claro, ahora puedes echar pestes de mí, de qué forma tan rastrera te he abandonado mientras tú me dabas todo lo tuyo, ahora puedes limpiar tu casa a fondo, colocar todo en su sitio, salir otra vez al parque o a otro lugar para llevarte a un tipo una noche, tal vez dos, no será difícil, y tampoco te costará tanto, tu orden permanecerá intacto, podrás disfrutar al máximo en tus dependencias, exhibirlas, contar tu triste historia, forzar a otros con tu polla, como solo tú lo sabes hacer...

A pesar de todo, acabó encontrándome, aunque creo que no me buscaba expresamente. No tuvimos nada que decirnos, todo pertenecía al pasado. Tampoco mencionó la carta. Habló mucho de un chico simpático que viajaba en autoestop y con el que se había divertido. Lo había llevado a Dubrovnik a pasar un par de días.

# Intelectual

K. era un intelectual. Era conocido y apreciado. A decir verdad, nunca había hablado con él. De vez en cuando leía su palabrería en los periódicos o veía sus aspavientos en televisión. Era muy distinguido. Nos movíamos en círculos completamente diferentes. Solo durante una época, cuando yo trataba de conseguir trabajo en el periódico, le veía continuamente. Me mandaran adonde me mandaran, allí estaba él, siempre en primera fila, magnífico e importante. Hace ya unos años que me enteré de sus orgías, en realidad lo supe por pura casualidad. Me llamó un chico extranjero diciendo que estaba en la ciudad, que había conseguido mi número de teléfono y que quería saber algo más de la vida nocturna de aquí, adónde ir. Le conté lo que había, y al final me dijo que al día siguiente daba una conferencia en una academia de arte. Me parecía gracioso el contraste entre un semental por la noche y un académico serio por la mañana. Busqué en el periódico y, efectivamente, descubrí un artículo entero sobre él, el anuncio de la charla e incluso una foto. Quería comparar lo que me había dicho en nuestra conversación telefónica con su intervención científica, así que me tomé la molestia de asistir a su ponencia. Es verdad que me enteré de poco, no podía dejar de imaginármelo, sin querer, ligando en los bares de ambiente, tal vez en vaqueros o, incluso, vestido de cuero, con esposas... Quería desconcertarlo, no sé por qué, y cuando terminó me acerqué para preguntarle si había tenido suerte la noche anterior. Me quedé sorprendido, pues me invitó a tomar algo y se puso a charlar largo y tendido sobre sus cosas. Cuando estábamos sentados en el vestíbulo de su hotel y, cerca, parpadeaba una pantalla de televisión, se calló de repente, se fijó en la persona que salía y dijo: «*I know this guy!*». Era K., por supuesto, célebre intelectual de este país, pero no me imaginaba ni de lejos que alguien podía conocerlo fuera de nuestras fronteras. Intentaba explicarle quién era ese K., pero me interrumpió con una historia sobre una fiesta en el extranjero en la que había visto a ese hombre. Claro que

no se trataba de una fiesta normal, era una fiesta repleta de señores eminentes y de chicos jóvenes, estos últimos apenas llevaban algo puesto y pasaban de mano en mano. Me quedé asombrado, no me lo podía creer, pues no coincidía, de ninguna manera, con la imagen y las palabras de K. Esa misma noche me puse a marcar febrilmente números de teléfono y a indagar. Hasta me molesté en buscar una fotografía de K. para describirlo a mis interlocutores con más facilidad. Era bastante conocido, la verdad, pero había que preguntar también a la gente que no leía los periódicos, que no veía la televisión, pero que conocía muy bien los lugares secretos o, al menos, ignorados por mí. A dos amigos míos les parecía, aunque vagamente, que a lo mejor lo habían visto en una sauna. Tenía que pensar qué hacer con ese dato, y por qué me importaba siquiera, qué pretendía, si quería desenmascararlo, qué quería de él... A lo mejor quería machacarlo, ahogarlo en su propio vómito. Quizás me irritaba su esplendor, sus ínfulas, quizás estaba obsesionado con «destruirlo». Tenía claro que no podía ir a la sauna. Era muy probable que me conociera, y seguramente se habría asustado tanto que se abstendría de frecuentar aquellos lugares durante mucho tiempo. Escogí un local desde el que podía observar quién entraba en la sauna. A lo mejor mis guardias parecían insólitas, pero me quería cerciorar, con mis propios ojos, de que los rumores no eran infundados. Aparecía bastante a menudo y con regularidad. Una vez, incluso, le seguí cuando salió de la sauna y observé cómo se subía al coche y esperaba. Después de un buen rato, un joven, al que habría pescado en la sauna, se sentó a su lado.

Al día siguiente invité a comer a un amigo que acababa de salir del hospital, donde se había aburrido muchísimo. A pesar de su estado, tenía unas increíbles ganas de fiesta. Era demasiado joven y vivaz para poder vivir de forma más tranquila. Tal vez se trataba de una manera de espantar la enfermedad, bueno, nunca se lo había preguntado y creo, además, que él tampoco se lo había planteado. Le revelé mi plan. Le pareció una locura y enseguida aceptó. El día que creía que, como de costumbre, K. iba a aparecer por allí, mi amigo y yo estábamos sentados en el local. Y cuando K. llegó, él se fue detrás. Era lo bastante joven, fuerte y guapo como para que K. pudiese resistirse. Y, muy importante, era alguien completamente anónimo, sacado de la escena callejera. Su mirada, su inocencia, deberían de ayudar también. Sabía que era un especialista en esas cosas, cómo no iba a serlo si llevaba años viviendo a costa de sus amantes mayores, empresarios, carpinteros, carniceros, viajantes y similares. Era imposible hacer algo allí mismo, por

supuesto, excepto entablar una agradable conversación filosófica. Le di las instrucciones necesarias, sobre todo que fingiese que entendía y admiraba la profundidad de la mente y de los conocimientos de K. y que asintiese con docilidad, de un modo agradable, claro, con la mayor delicadeza posible, y, mientras, dejara caer su toalla al suelo para que, finalmente, su miembro tieso arrojase al pensador. Los minutos pasaban con una lentitud espantosa. Hojeaba el libro que tenía delante, sin saber de lo que trataba, y echaba rápidos vistazos a la puerta de enfrente. Por fin, K. apareció, tenía bastante prisa, andaba a paso ligero. Me dirigí hacia el aparcamiento. En la penumbra vi que mi joven se acercaba al coche, se sentaba y desaparecía en la noche con el señor K. No me quedaba otro remedio que volver a casa y esperar a mi mensajero. Habíamos quedado en que, después de estar con K., sobre todo después de follárselo de una manera salvaje, vendría a mi casa para describirme detalladamente lo sucedido. Cuando llegó, me dijo que la misión estaba cumplida. Desde entonces, saludo al señor K. con mucha cortesía.

# El poeta

Me invitaron a una especie de festival de poesía en el extranjero. Por supuesto, me alegré de poder recorrer de nuevo las calles del mundo occidental, aunque a costa de representar a este país agazapado que tanto le gusta considerarse una nación de grandes hitos literarios. Acudió un gran número de poetas y poetisas, parloteaban en sus lenguas, bebían vino y exhibían con afán sus libros. Nos alojaron en un hotel estupendo y nos alimentaban como a cerditos. Por la mañana, muy temprano, nos dividieron en todos los grupos posibles para que disertáramos hasta agotarnos. Enseguida me di cuenta de que debía huir de la multitud y solo acercarme a las lecturas vespertinas por si allí había, por casualidad, algún poeta apuesto. Y así fue, la segunda noche vi a un rubio alto que, a juzgar por su edad, debía de ser de aquella ciudad porque era bastante improbable que lo hubiesen invitado siendo tan joven. Leía, con el suficiente aplomo, algo sobre las fuerzas espirituales, sobre las ciencias antiguas, una cosa bastante mística, definitivamente anodina. Pero me gustaban sus manos y adivinaba que tenía un cuerpo firme y liso, como creado para agarrarlo con fuerza, para hacerle rasguños, para morderle los músculos. Cuando, por fin, todos contaron lo que tenían que contar, lo que les pesaba en el alma, y cuando empezaron a tratarse de un modo más relajado y se reunieron en torno a dos italianas en concreto, me acerqué a él —a quien, como era un novato, nadie hacía ningún caso—, eché un vistazo alrededor y me interesé con detalle por su creación. Me miraba a los ojos, muy feliz, las palabras brotaban de él, y mis miradas fugaces sobrevolaban sus manos, sus brazos, hasta sus codos, hasta sus hombros. Posé mi mano allí para tocar, para sentir esa piel, tiré de él como diciendo retirémonos a otra parte, pues una conversación sobre poesía requiere tranquilidad y concentración, y no el vocerío y el barullo provocados por los autores. Lo metí en un local vacío y me dejé llevar por los caminos de su laberinto. Buscábamos el alma universal, repasábamos a los clásicos, nos

introducíamos en los pasillos de lo desconocido, lo misterioso, nos mirábamos a los ojos como si nuestras palabras fueran sagradas. Sorbía su Coca-Cola, lo cual no encajaba exactamente con mis planes ni con la misión a la que nos entregábamos. Recordé todos los versos posibles que suscitaban la búsqueda embriagadora de la esencia, le propuse que nos adentrásemos en lo más profundo todavía, en las tinieblas mismas, diciendo que nos haría falta la leve turbación ocasionada por una bebida más fuerte. Como habíamos sacado el tema de las letras mejicanas, pedí tequila, y otro, y otro. Le cogí los poemas que llevaba en el bolsillo, los leí en voz alta, me mostraba entusiasmado, me fijaba en sus ojos cada vez desde más cerca, le hablaba en voz cada vez más baja, casi susurrando, le ayudaba a vaciar los vasos, le cogía de la mano para guiarlo entre las rocas hacia aquel fin, hacia la orilla, hacia el nuevo mundo. Era evidente que cerraban el local, que ya era tarde, que tendríamos que movernos. Pero no me detuve, entre un aluvión de palabras lo saqué a la calle, directo a una tienda árabe, compré una botella, le llevé a lo largo del río, donde se paró para preguntarse sobre la vida humana y soltar unas citas asombrosas, hasta el hotel, le invité a subir para mostrarle algo recién escrito, sería el primero en leer los poemas que tal vez, tal vez alcanzaran aquel rincón de la oscuridad al que asomaba una luz nueva. Se tambaleaba lo suficiente, por la bebida y también por aquella espiritualidad, así que entró flotando en la habitación, en la cama. Quería abrirse camino entre todas esas hojas que yo le había ofrecido, empezó a tener calor y se quitó la camisa, me incliné hacia él para ayudarlo, era realmente difícil descifrar las diminutas letras en aquel estado de exaltación. Oh, qué bello, qué inalcanzable, gimoteaba, bebía tequila, suplicaba que le desvelara mi secreto, que lo tomara de la mano para que pudiese seguirme y abandonar el laberinto en el que, impotente, daba vueltas inútiles. Tienes que pasar por encima del borde, no solo mirar de reojo hacia el fondo, sino bajar a la oscuridad, le decía yo. Anda, venga, ayúdame, me rogaba babeando, tanto que le habría echado del hotel si su tersa piel no me hubiese seducido con tanta insistencia. Saqué del cajón un botecito de *popper* y lo acerqué a su nariz. Se puso colorado, se calentó sobremanera, se estiraba y se retorció en la cama, lleno de una especie de fervor. Entonces me abalancé sobre él, lo sujeté, le di la vuelta, de un lado a otro, repitiendo que era precisamente la carne lo que le reprimía, y le quité la ropa, ves estos brazos, este pecho, estos músculos, mira cómo se resisten, cómo no te dejan huir del mundo, de la cotidianidad, hay que morderlos, tienes que dejarlos aquí, yo los detendré, te

ayudaré. Le seguía pasando el *popper* sin parar mientras le desvestía, recorría su torso y sus piernas con la lengua y con los dientes, excitaba su polla, le dejaba marcas rojas de mordiscos y saliva por su cuerpo, le derramaba la bebida encima, le arañaba con las uñas hasta que sangraba y debía de dolerle. Le hacía cada vez más cosas, agarraba su carne, lo penetraba profundamente, él alzaba las manos y repetía mis palabras, como en una especie de letanía, en una purificación, en una superación de los obstáculos. Ahora serás un buen poeta, gritaba yo al embestirle con todas mis fuerzas, al abrir nuevas heridas, hasta el clímax, hasta que él también, salpicado por su propio semen, se quedó tranquilo, agotado, casi instruido.

Durante los días siguientes le enseñé una y otra vez todo sobre los mundos ocultos, sobre la carne y la sangre de la palabra, sobre el sabor de la vida, sobre la impetuosidad de la energía, sobre su impotencia, sobre la belleza de los ojos... No lo sé, tal vez después escribiera algo más, pero seguramente no me lo pudo decir porque, en lo que a él respecta, yo me había perdido en las profundidades para siempre.

# La estación

Mi conocido P. era terriblemente joven. Lo veía siempre en la estación, donde se vendía. Era muy guapo, fornido y alegre. De vez en cuando intercambiábamos unas palabras, naderías o algunas bromas. Una noche, cuando me sentía solo, le invité a tomar algo. Sabía que iría conmigo a cualquier parte a cambio de cualquier cosa, aunque solo fuera por ganarse una cena o un viejo jersey. Pero el dinero le volvía loco, por supuesto. A veces desaparecía durante una semana, o dos, seguramente alguien se lo llevaba de vacaciones, lo alimentaba, lo acicalaba, le entretenía tanto como podía y, más que otra cosa, se lo tiraba. Sabes que soy seropositivo, me dijo enseguida. Chupaba aquella cerveza, mirándome. Qué más da, le dije con un gesto de desdén. Tenía unos ojos preciosos, profundos, casi negros, en los que uno estaría fijándose todo el tiempo. ¿Estaba a punto de soltarme la historia de su vida? Pero, aunque así fuera, le dejaría hablar para poder observar esos ojos, esos labios, esos dientes que brillaban en la penumbra del sucio local. El lugar no tenía nada de romántico, en un lado maldecían, en el otro rompían vasos. Me habría gustado alargar la mano y ponérsela en la entrepierna mientras él se quedaba sentado, así, ligeramente mareado, recreándose en su pasado. Debía de gustarse mucho. Dudo que prestara atención a alguien más. Las clases eran tan aburridas, dijo. Me las saltaba, me iba a los recreativos y por ahí. Siempre había alguien que me pagaba las fichas y me preguntaba cosas, me hacía la pelota, admiraba mi destreza, me tocaba todo el tiempo diciendo que era guapo y que las chicas debían de asediarme. Me preguntaba si me gustaba alguna y si lo había hecho alguna vez. Yo no tenía ni idea de eso, pero me decía que podía mostrarme fotos, y películas, para que no hiciese el ridículo. Así, una vez, un señor me llevó a su casa. Llovía mucho y no podíamos pasar junto al río. Estaba un poco mojado, me ofreció su ropa elegante, seguro que era importada, me metió en un cuarto de baño grande, todo brillaba, todo olía bien, como en una serie americana.

Me atraía esa luz, la bañera, enorme, en la que dejó correr el agua, las burbujas, el aroma, el calor. Me quité la ropa y me sumergí en la espuma, él se quedó allí, sonriente, asintiendo con la cabeza y alabándome sin parar. Me gustaba. Y me lavó la espalda, me secó, me arrojó con un albornoz, me dijo que me sentara delante de las imágenes parpadeantes de cuerpos desnudos, hasta que me empalmé, y él seguía hablando bien de mí, de mi corpulencia. Me gustaba que admirara mis músculos, que los tocara, que me destapara y que se asombrara ante el tamaño de mi polla, aunque yo siempre había pensado que era pequeña. La cogió entre las manos, la frotó y sacó de ella una sustancia blanca que se tragó después. Me infundía fuerza, confianza. — Lo miraba mientras hablaba, tan embelesado consigo mismo, clavaba los ojos en él, en ese alimento embriagador y en esa muerte que no eliges, cuando quieres hincar los dientes aun a costa de hundirte en arenas movedizas—. Así que, a partir de entonces, me iba cada vez más a menudo con alguien para que me acariciara, me disfrutara, añadió. Todos eran muy amables, me compraban bebida, regalos, y lo único que yo tenía que hacer era tumbarme desnudo y pasármelo bien. A veces tenía que tirarme a alguien, pero me gustaba penetrarlo, cuando la cabeza me daba vueltas y me corría con temblores, pero siendo fuerte y guapo, un hombre de verdad.

Me levanté para irme. Era demasiado para mi dolor, este chico, tan engreído, tan deslumbrante, que se estaba quedando en los huesos y, sin embargo, seguía brillando con un ardor con el que me habría gustado quemar mis manos, abrasar mi carne hasta aullar, a voz en grito, y adentrarme más, adentrarme en él. Me tiró de la camisa. Venga, que te cuento más. Me han pasado tantas cosas. Tantas manos habían tocado su cuerpo, tanto sudor le había goteado por el torso, tantas sales fragantes le habían corroído la piel. Vamos a tu casa para que te muestre mi belleza, venga, seguro que tienes algo en la nevera, seguro que tu casa es bonita, seguro que te gustaría verme, porque me miras mucho. Yo caminaba lento mientras él hablaba y hablaba. Comía con ansia, me contaba historias, chistes, hacía malabares con las manzanas, bailaba para mí, se desvestía, se retorció delante de mi cara, me arrastraba para llevarme a la cama, movía mis manos por su cuerpo, por aquella piel joven y dispuesta que relucía, salpicada por una especie de manchas, oscuras como su pelo negro. ¿Sientes, sientes qué delicioso soy?, repetía, apretaba mi cabeza contra su pecho, contra su vientre, la empujaba hacia abajo, ¿qué dulce soy?, metió su polla en mi boca y siguió deslizándose hacia dentro. Sentía cómo latía su corazón, lo alto que era, inalcanzable,

cómo me alimentaba, cómo borraba todo lo bueno y todo lo malo, cómo agarraba mi cabeza, cómo temblaba, cómo descargaba dentro de mí, todo, desde su nacimiento hasta su muerte, aquella sustancia blanca, y yo deseaba tener más, y más aún.

P. y yo compartíamos las tardes, nos corríamos el uno en el otro, entrelazados, a veces llorábamos, a veces nos follábamos juntos a algún tío y otras veces permanecíamos juntos en silencio. Miraba sus ojos huecos, sus cicatrices, sus piernas que flaqueaban de vez en cuando, su miedo, sus dedos trémulos, la saliva que se le caía sin querer, su sudor que dejaba la cama encharcada.

# Raíles

Un día, P. y yo decidimos buscar una víctima de verdad. Entramos en un parque y avanzamos entre los árboles, los arbustos, las siluetas oscuras que estaban allí y no se movían. Nos acercamos a una, metí mi mano entre sus piernas, pero no se inmutó. P. tiró de mí para que siguiéramos. A lo mejor no le gustaba el olor, a lo mejor no le gustaba la falta de luz. Un poco más adelante, más cerca de la carretera, donde se podían discernir las caras, interceptamos el paso a un tío que se apresuraba hacia la oscuridad. Nos pareció interesante, bajito, bastante delgado, algo nervioso, ávido de muchas cosas. Debía de tener unos veinte años, digamos que estaba más o menos empezando, despegando, iniciando su salto a la vida. Nos dimos la vuelta y le seguimos por el camino. Actuaba de manera rápida, precipitada. Corría de una figura a otra, se paraba un momento, desaparecía y volvía otra vez. Le dejamos repetir varias veces la maniobra, o sea que quería algo en concreto, y, después, cuando se nos acercó de nuevo, lo agarré y le metí enseguida la lengua en la boca, me apreté contra él y le toqué el culo con fuerza. Estaba intranquilo, temblaba, se agitaba como si tuviera prisa. Lo empujé hacia los arbustos y restregué su bragueta. Se empalmó. En ese momento me desabroché el pantalón, me la saqué, le hice arrodillarse y se la clavé en la boca. P. se acercó, me abrazó por los hombros, me besó, me susurró que él era lo que habíamos estado buscando. No podía apartar la mirada, me besó otra vez, creo que estaba feliz o, por lo menos, un poco contento. La víctima chupaba mi polla y tanteaba, con la otra mano, la polla de P. Era el momento oportuno para llevar a cabo nuestro plan. Levanté al tío, vamos a otra parte, murmuré. Sí, era el que habíamos estado buscando, nos siguió hasta la vía del tren, nos detuvimos junto al terraplén, nos acercamos a él, lo rodeamos con violencia y empezamos a quitarle la ropa. Lo sujetábamos como en un estado febril, le metíamos los dedos, le pellizcábamos, mordisqueábamos su carne. Desprendía un olor insoportable a perfume y sudaba, intentaba tomar aire,

tiritaba, gemía, hasta que la situación se puso desagradable. P. le flexionó los brazos detrás de la espalda y yo le tapé la boca con un pañuelo, lo tiré al suelo, sobre aquellas piedras cortantes, le quité los zapatos, le despojé del pantalón, ahora estaba completamente desnudo, ese saco de huesos tembloroso que codiciaba las pollas, que ansiaba centenares de vidas, que quería crear Dios sabe qué. Ahora observaba asustado, pero aún así seguía lanzando miradas furtivas hacia nuestros paquetes, ahora hacia uno, ahora hacia el otro. Esperaba algo. P. y yo también esperábamos. Tal vez no era lo suficientemente tarde, tal vez las figuras todavía merodeaban por la maleza, tal vez el tren estaba demasiado lejos. Agarré mi polla, empecé a meneármela, me agaché para acercarme a la cabeza del tío, que miraba nervioso, con los ojos muy abiertos, para que la viera justo encima de él. P. hizo lo mismo, pero desde el otro lado. Ya no hacía falta sujetar al tío, se quedó quieto, debajo de nosotros, mirando con los ojos desorbitados nuestras prominentes pollas, esperando a que lo anegásemos o, quizás, a que viniera un tercero para unirse a la fiesta, a que alguien más se adentrara en él para embestirlo, embestirlo hasta el final. En lo alto se oyó un ruido. El tren se acercaba, ya estaba aquí, ya traqueteaba pasando por delante de nosotros, rápido, la estación quedaba lejos todavía. Ahora, grité. Nos levantamos, cogimos al tío por los brazos y lo arrastramos hacia arriba, hacia la vía. Lo colocamos cruzando los raíles, que seguían temblando, saqué unas cuerdas del bolsillo de mi chaqueta, le atamos las manos y las piernas, abiertas, hasta que se quedó tendido con el torso y los huevos colgando allí en medio, adonde caen las aguas residuales de los trenes. Yo tiraba de su pelo, levantaba su cabeza para que pudiera ver mi miembro mientras me acuclillaba delante de él, y P. se abalanzó encima para follárselo. Nunca le había visto disfrutar tanto. El tío intentaba liberarse, lo que era imposible, y, al mismo tiempo, acompasaba su culo al ritmo de P. Cuando P. se corrió, ocupé su lugar y P. se secó la polla frotándola contra la cabeza del tío. Me introduje hasta el fondo, paraba un rato, arañaba con las uñas su espalda, le golpeaba. La tierra comenzó a vibrar, un silbido atravesó la noche, los tres botamos y un tren pasó por la vía de al lado. P. y yo gritamos como locos, yo seguí follándome a la víctima, P. sacó el pañuelo de su boca, le metió su polla, que debía de estar sucia. La sacudida de los raíles cesaba y, después, aumentaba otra vez, ahora más y más fuerte. P. saltó a un lado, el tío empezó a gritar, a agitarse, sentí que me corría, lo embestía y, después, me desprendí de su cuerpo y salí dando vueltas cuesta abajo. El tren pasó por encima de él

y algo cayó lejos; mientras yo trataba de recuperar el aliento, P. se juntó a mí, con suavidad, con cariño, me acarició el pelo y me besó.

# Violación

Ya era muy tarde. Iba de camino a casa. Las calles estaban vacías y, de noche, la ciudad siempre me infundía miedo. No era por la delincuencia, sino porque el nivel de salvajismo era tan alto que sería difícil hablar de la existencia de un reglamento de buenos modales. De repente apareció delante de mí un grupo de tíos, jóvenes y apuestos al estilo rural, y no pude esquivarlos. Vaya, por aquí viene un marica, fue lo primero que oí. Uno de ellos me agarró, los demás se acercaron, en el cuello sentí una hoja afilada. «Muévete y te la clavo, puto maricón», dijo entre dientes el que me amenazaba con la navaja. «Vamos a rajarlo un poquito». «Tenemos que irnos a otro sitio». Apenas podía comprender qué pasaba. Notaba que me sujetaban con fuerza, que me lanzaban de un lado a otro, pero era como si observara todo aquello desde lejos, como una especie de película, no sentía ningún miedo especial, solo aquellas manos y la pestilencia que emanaba de ellos, pestilencia a alcohol. Claro, los chicos insustanciales siempre se vuelven arrogantes y violentos cuando se emborrachan un poco, cuando dejan salir sus frustraciones. Me arrastraron a un lugar apartado, entre los arbustos, se reían, me derribaron al suelo y me daban patadas con sus zapatos.

«Vamos a mearnos en él, en este chupapollas». «No, no, después, ahora ponte de rodillas», masculló uno de ellos, me levantó de un tirón y metió mi cabeza entre sus piernas. «¡A ver lo que sabes hacer!». Me agarró del pelo hasta que gemí, los demás se reían, me empujaron aún más cerca de su paquete y se quedaron detrás de mí, rodeándome. A un lado de la cara volví a sentir la fría hoja de la navaja, al otro una polla caliente y flácida que se aproximaba a mi boca. «Abre, chupa, venga, antes de que te reviente el culo». Abrí la boca para dejar entrar aquella cosa sucia, pringosa, que se deslizó rápida hacia dentro y empezó a entrar y salir repetidamente y con vehemencia. A pesar de todo, se ponía dura y su dueño se calentaba cada vez más. Los demás reían, lo animaban mientras acercaban sus pollas. A lo lejos

oí un perro, las rodillas me dolían, las embestidas de la cosa pequeña y repugnante me traían a la mente las imágenes de los trenes que pasaban a mucha velocidad, una y otra vez, y las pilas de carbón en la estación, los pequeños cables que, de niños, buscábamos entre los bultos negros, los vagones que transportaban la madera hasta la serrería y a los que nos habíamos subido. ¿De verdad era la vida tan larga como para recordar tan poco, de verdad eran los seres humanos tan insignificantes? ¿Cómo era, en realidad, ese tipo que se corría en mi boca, cómo era su pelo, qué llevaba puesto? ¿Y todos los demás que jadeaban alrededor? Habría descrito con dificultad a alguno de ellos a la policía, quizás no reconociera a ninguno. «Una lechera», dijo uno. Me levantaron y empezamos a caminar por la calle. Como si nada hubiera ocurrido. Me daba igual adónde iba, qué pasaría después, todo lo que estaba ocurriendo. Uno me sujetaba con fuerza por los hombros, quizás para que no me escapara, para que no gritara, para que no me lanzara hacia los policías. Apenas advertí que estábamos pasando por delante de ellos. Los individuos me llevaron hasta mi casa. Sabían dónde vivía. «Mañana por la noche vendremos a buscarte, y asegúrate de esperarnos. Si no, te rajamos sin ningún problema», oí cuando abría la puerta, cuando cerraba con llave, cuando me metía en el cuarto de baño y escupía, escupía. Solo entonces me puse a temblar, solo entonces sentí ganas de vomitar, tenía calor, mis piernas se desplomaron. Después me eché en la cama, sin ganas de estar en este mundo. ¿De verdad era tan difícil desaparecer, de verdad valía la pena esperar a que llegara aquel momento en el que desaparecería de cualquier modo?

Tenía que aguantar, sabía que tenía que aguantar al menos hasta su llegada o, al menos, hasta que hicieran lo que se habían propuesto. Por ellos me fui al mercado, compré unos pepinos y, por la tarde, los puse al lado de la cama. Me tomé varios analgésicos hasta que comencé a marearme. Me quité la ropa, puse la música a todo volumen, me tumbé en la cama, debajo de mí estiré varias mantas, con una mano cogí el *popper* para aspirarlo, con la otra aferré un pepino, bastante grande y áspero, y me lo metí en mi ano con violencia. Apretaba los dientes, gritaba contra la almohada, pero seguía metiéndomelo, cada vez más. Era una sensación tremendamente dolorosa. El pepino era duro, tieso, no se adaptaba a mi interior, la tensión de los músculos no lo ablandaba, me penetraba sin ningún placer, hería todo lo que rozaba. Sentía sus salientes, su superficie dentada que me hendía la carne. Y, sin embargo, no paré. Lo saqué, agarré el otro, más grande, y me lo metí también. Nada

podía aliviarme aquel dolor insoportable. Sentí que algo resbalaba por mi brazo, la sangre, las sábanas manchadas, me escocía todo, me mareaba, mordía la almohada, derramaba lágrimas. Al final tiré el pepino, junté las piernas y esperé, esperé a que el dolor se pasara un poco. Cuando se hizo de noche, me levanté, me lavé, limpié la sangre, recogí los utensilios, teñidos de rojo, esos cachivaches del dolor. Sabía que cada dolor inminente sería igual de fuerte, y, sin embargo, esperaba, esperaba a que ellos llegasen. Ahora estaba impaciente, me habría gustado que ocurriera ya, ver cómo ensuciaban sus pollas viscosas con mi sangre, cómo se jactaban al hacerlo, cómo me insultaban, cómo me golpeaban... Probablemente ya no sintiese nada, probablemente sintiese solo mi propio calor, con el que los envolvería, anegaría, inundaría, con el que...

Cuando llegaron, aún más borrachos que la noche anterior, no me llevaron a ninguna parte. Tenían demasiada prisa. Me tiraron a la cama, me ataron las manos y las piernas hasta que me quedé rendido y, después, vaciaron sus pollas, mojándolas en mí como el pan en el vino, gemían, rugían, eran pura fuerza y vigor, estaban entusiasmados porque podían atravesarme, rajarme, hacerme sangrar. Era un gusto, un gran gusto, y apenas sentí nada.

# Una mujer

J. era una de esas mujeres que gustaban de rondar a los maricones. No para estar relajadas, no para, de vez en cuando, estar en compañía de alguien sin connotaciones sexuales, sino para conquistar. J. destacaba en eso. Mientras las otras parecían tener un aspecto amistoso y solo revelaban con modestia sus encantos, tejiendo sus relaciones, J. era más directa. Se comportaba como si estuviera entre los suyos. Bromeaba con los tíos, cotilleaba, les daba golpecitos en el culo, se inclinaba peligrosamente hacia la entrepierna, daba besos sonoros en la boca y, con pomposidad, metía sus manos debajo de las camisas. Era evidente que había adoptado con fidelidad los modales, los gestos, el lenguaje de los grupos más ostentosos, afectados al máximo. Ella, en sí misma, no valía nada. Baja, gorda, con dientes prominentes y un pelo horroroso. Con ese amaneramiento y esos movimientos poco naturales parecía un auténtico adefesio. Ella disfrutaba con la visión de un joven alto, bien vestido, moviéndose con elegancia entre los demás, frunciendo los labios con un gusto exquisito, irradiando gestos de dama. Pero J. incluyó aquel comportamiento «femenino» en sus modales, es decir en los modales de una mujer, sin medida, así que su pinta era de muy mal gusto. Resultaba difícil mirarla durante más de un segundo. Y, sin embargo, los tíos la encontraban fascinante, tal vez precisamente porque los imitaba y, sobre todo, porque no le salía nada bien. Junto a ella, ellos brillaban todavía más y hasta un soltero empedernido les preferiría a ellos antes que a ella. Y eso era todo. Según sabía, sus intenciones ocultas no tenían ningún éxito. La fraternidad no le traía a nadie a la cama. Pero tampoco cambiaba de táctica. Cuando la veía así, entre los jóvenes que escuchaban su cháchara, me parecía que estaba contenta. Por supuesto, a mí también me daba la lata. Encontraba un sinfín de excusas para apretarse contra mí de manera «masculina» y contarme cosas «interesantes». Era tan pesada, me daban tanto asco sus contorsiones, que decidí tomar medidas.

Cuando se topó conmigo en un bar, fingí estar tremendamente infeliz. Me inventé una historia, poco a poco, como respuesta a sus innumerables preguntas, consuelos y estímulos, sobre un amor no correspondido que me quitaba el sueño y el sentido de llevar una vida así. Se inventaba algo sobre la amistad, sobre las confesiones personales, y me llevaba lentamente, mientras anochecía, hacia su alcoba. También su alcoba era una imitación grotesca de la habitación de un marica. En las paredes colgaban fotografías de hombres desnudos, musculosos y con pollas largas. Todo estaba en su sitio y había mucho de todo. Se sentó en medio del cuarto, me atrajo hacia ella y siguió repitiendo, así son esos hombres, así te explotan y, después, siguen su camino. Sin corazón. Imponía su voluntad al hacerme beber, con sus suaves caricias, al sacar con insistencia las palabras de mi boca, diciendo sin cesar cómo me entendía hasta que sentí náuseas. Pero yo tenía que insistir, a pesar de todo. Después se dio por vencida, pero solo cuando ya se había ido el último autobús y estaba claro que tenía que pasar la noche allí. Fue su primer logro, se le reflejaba en la cara, se mezclaba con su enorme compasión. Oh, hermana, vamos a la cama para que me cuentes los detalles, ya sabes, eso de..., me dijo. Por supuesto, llevaba un tiempo tratándome como a una mujer, como si por ello le fuera a abrir mi corazón. Y no veía fin a su teatralidad. Sacó muchos camisones, más o menos eróticos, pero todos ellos enormemente cursis. ¿En cuál de ellos te sentirás mejor, querida?, me preguntó. Era verdad que estas escenas me sonaban, pero ahora, realizadas por esa gorda, ese adefesio, resultaban ser algo completamente diferente. Me habría gustado escupir en su cara, vomitarle encima, pero sabía que tenía que tirármela. Me desvestí rápidamente y me hundí en la cama. Mientras, ella se entretenía por la habitación, perfumando el aire, encendiendo una lámpara de color rojo oscuro, y se aseaba en el cuarto de baño. ¿No vendría usted a la ducha?, la oí berrear.

Dime por dónde te metió aquella cosa, chilló, cuando se echó a mi lado y me dio golpecitos en el culo. Oh, pobre culete, tan frágil. Ahora estás conmigo, a salvo, yo no soy así. Se estrujó contra mí, acariciándome el pelo. Hablaba sin parar, emitía risitas, preguntando, bueno, cómo te la chupaba, y me tocaba el paquete. A mí me lo puedes contar, se dobló hacia abajo y se la metió en la boca. Ahora, al menos, se callará durante un rato, subía y bajaba la cabeza, se relamía, insistió hasta que se me puso dura. Se quitó el camisón, cogió mis manos, me las puso en su pecho y se puso a jadear. Él se aprovechó tanto de ti, se aprovechó de ti, repetía. Se sentó encima y metió mi

polla entre sus piernas, como un cuchillo en su vagina. A ella no le pareció así, claro que no, pero yo sabía que la iba a atravesar. Subía y bajaba, yo agarraba sus michelines para ayudarle, la di la vuelta y empecé a follarla. Se ponía cada vez más roja, ardiente, feliz de haberlo logrado. Cuando me corrí, me quedé dentro de ella, tumbado sobre aquella cosa blanda. Fue algo meramente carnal, sin ningún encanto, sin ningún deseo. Nunca había experimentado un sexo tan vacío, ni con una mujer ni con un hombre. Ay, y si me quedo embarazada, graznó. Deja que me lave. Pero no la dejé. Qué más da, qué más da, fingía. Podía sentir mi esperma en su interior, sabía que por la mañana tendría que hacerlo otra vez y quizás también más tarde, porque ella era mi hermana y no podía abandonarla así como así.

Y de hecho, actuamos como una pareja durante más o menos una semana. Ella estaba radiante, se volvió un poco menos maricona, se empeñaba en demostrarme que era mejor, no dejaba de bajar a mi bragueta, no dejaba de tragarse mi semen, no dejaba de celebrar la victoria y no dejaba de sentarse en el cuchillo.

# Soldados

S. se comunicaba conmigo de vez en cuando con una carta, con una nota, con un recorte de periódico. Al principio sus envíos eran interesantes, llenos de energía, claros, con detalles, después empezaron a ser cada vez menos frecuentes, el estilo se volvió nebuloso, tachaba las palabras, añadía otras, se le olvidaba poner los puntos, los verbos desaparecían, no se sabía ya dónde terminaba y dónde comenzaba una frase, de qué hablaba siquiera. Las palabras se hilaban sin orden alguno, se parecían entre ellas cada vez más, lo coloreaban todo de un tono oscuro, apretaban la garganta, olían a muerte. Sabía que tenía que ir allí, a la ciudad en la que quizás pudiese enfrentarme a la muerte de un modo más concreto, conocerla, incluso acabar aceptándola, aceptándola como algo natural, como dicen, como algo a lo que no debía tener miedo, ante lo que no debía huir, lo que no debía quitarme el deseo de la vida misma. El viaje fue largo y no dejé de pensar qué iba a hacer yo, en realidad, en una tribuna pacifista en la que supuestamente iba a participar. Por más que me esforzara en organizar mis ideas, mi cabeza se ausentaba, a menudo me quedaba absorto, fijándome al otro lado de la ventana, en el paisaje vacío, en la nada indefinible, que parecía venir a mi encuentro para que entablase amistad con ella, para que me igualase a ella. No vi ningún *flashback* de los que en teoría ocurren antes de entrar en la nada, no me vino ningún recuerdo de la infancia. La ciudad estaba llena, atestada de gente, la muchedumbre se agolpaba en las aceras, en las colas, se chocaban unos contra otros como si más allá de la propia vida no existiera nada. S., que había sido siempre muy elocuente, se agarró a mí (¿era yo un clavo ardiendo?), me llevó a dar una vuelta, y seguía con su máscara, seguían las representaciones, pero era como si yo no viera lo que pasaba en el escenario, o como si se tratara de un teatro de sombras. Las calles estaban repletas de hombres con uniforme, algunos cojos, otros con muñones, con vendas, otros con armas. Dormitaban por ahí, silbaban cuando pasaban las mujeres, sus

pollas no estaban en paz. A lo largo del río aparecían de vez en cuando algunos civiles apresurados, tíos apuestos, pero encorvados ligeramente, como ratas. Olían a los soldados, que estaban sentados en el césped, al sol. Medio recostados medio sentados, sus camisas desabrochadas o en camiseta, sus piernas abiertas, con sus cartuchos, con sus metralletas. Apenas hablaban. Con las manos se acariciaban el pecho, tocaban sus pollas, se frotaban los paquetes, esperando a que se acercaran las ratas. Todos, del primero al último, rebotaban vigor, un poco tostados por el sol, pero parecían estar en otro lugar, más allá de todo eso, como si no hubiese nada que los frenara. Los observaba, a los tíos que se hacían pajas mientras se oían los silbidos de los misiles, que irrumpían en casas, derribaban al suelo a las mujeres, a los hombres, para poseerlos, acuchillarlos mientras se entregaban al deleite, de modo que el cuchillo se deslizaba por los cuellos cuando el esperma se aproximaba, cuando las cabezas sin orejas gritaban y los cuerpos se sacudían al compás. Esos músculos, ¿habían apresado a algún muchacho, le habían quitado la ropa y habían rasgado su cuerpo, se habían hincado esos dientes en su carne, habían experimentado un placer emocional al arrancarle el pene de un bocado, había conocido esa polla aquel sentido que siempre buscaba al verse atrapada por el espasmo mortal de la víctima? Sus manos descansaban entre sus piernas, la sangre y el esperma invisibles se secaban en ellas, ¿cuántas veces habían asfixiado a su víctima a la vez que la masturbaban? ¿Cuántas historias distintas habrán tenido que inventarse esos tíos para que les valiera la pena vivir? Aquí, en el césped, no hacían más que ofrecerse. Exhibían sus riquezas, su dominio por encima de todo, demostraban que se podía vivir en la muerte, de la muerte, en la nada. Y las ratas codiciaban sus jugos. ¿Qué sabía de ello Verlaine con sus pobres disparos, qué sabía Whitman con sus guardabosques que nunca quemaban a un hombre, que nunca lo desollaban al follarlo? ¿Qué sabía Ginsberg, que rugía en el círculo de maricas babosos que se le aproximaban inseguros a ver si podían saborear su mano, hacerle una mamada? Ahora esos tíos ni se habrían fijado en un individuo de esa clase, ahora reptaban por el césped, oliendo las huellas de la sangre. Miraba aquella escena como embelesado, sentía que ya no sentía nada, me dejé guiar por la mano, vacío, atónito, sin miedo a perder mi vida, sin desear el mundo, preparado para la nada. S. me metió en la cama, se juntó a mí, me quitó la ropa, me chupó, se sentó encima, insistió durante horas como si quisiera fundirse conmigo, mi semen entró en él, pero no hubo satisfacción. No trataba de impedirselo, menos aún de esforzarme en ello.

Una muerte más una muerte no son dos, es solo una y ya la tenía. Dormir y no despertar nunca más, no recobrar la consciencia nunca más, no saber nada —qué farsa—. Y, sin embargo, ahora no me parecía tan duro, mi cabeza no daba vueltas al pensar en la nada, no sentía náuseas, no temblaba. Veía mi cuerpo, con S. encima, mi cuerpo que no valía nada, que no tenía sentido. S. podría cortarlo, serrarlo, gasearlo, reventarlo, machacarlo. Veía mi vida, mis ideas, mis sentimientos, mis recuerdos, mis cuadernos, mi trabajo, todo aquello no era nada, nada en absoluto, en un momento se desvanece en el aire, plaf, y allí donde estabas no queda ni espacio vacío.

No sé cuántos días llevaba S. dando vueltas conmigo entre los uniformes, entre las pollas empalmadas, entre los cadáveres quemados, entre las nalgas dinamitadas, entre las cosas que no comprendía en absoluto, no sé cuántas noches llevaba machacando mi cuerpo para chuparme algo de vida, no sé cuántos días habían pasado hasta que aterricé en mi cama. No sé qué me impulsaba a arrancar lenguas, a cortar huevos, a desgarrar bocas. Dentro de mí sentía esa necesidad, todo había perdido valor, y yo quería permitirme todo, no percibía ningún límite. Quería hacer de manera más explícita lo que hacían todos los demás. Quería ser igual.

## G.

Algo rozó mi cara, una especie de bolita de papel. Eché un vistazo alrededor para ver de dónde había venido. Todos saltaban en la pista de baile, no parecía que alguien en concreto me hubiese querido dar con la bolita. Me retiré a otra sala y por un momento tuve la sensación de sobrar, de molestar expresamente a alguien. Estaba aburrido, solo esperaba a que se hiciera de día para irme a casa. Había pasado toda la noche fuera, estaba muy cansado. Volví a la pista de baile, me senté en el borde, consultando con insistencia el reloj. A mi lado se divertían unos negros, se empujaban y exhibían sus blancas dentaduras. Volví a ponerme de pie, no estaba a gusto, me fui a la planta de arriba y recogí mis cosas del ropero. Me puse la chaqueta, bajé otra vez. Los tíos salían poco a poco, solo los más incansables seguían bailando y, por supuesto, también los ligones más insaciables. Estos iban frenéticamente de una sala a otra, subían y bajaban las escaleras, sitiaban los aseos, esperaban en los estrechos pasillos. Iba a subir cuando alguien apareció detrás y me tiró de una manga. Dijo algo, pero no lo oí o no lo entendí. Me sonaba demasiado extraño. Y, además, llevaba toda la noche sin decir una palabra, sin que nadie me dirigiera una palabra. Se acercó y me dijo que a su amigo le gustaría conocerme. Era un chico negro, alto, que trataba de conseguir, casi suplicar, que volviese a la pista de baile. Sonreí como si quisiera decir tal vez, bueno, vale, tengo mucho tiempo. Si alguna vez alguien intentaba ligar conmigo, yo siempre adoptaba una postura defensiva, casi de rechazo. Así que tú eres el que quiere conocerme, le dije al chico de piel marrón oscuro que me habían presentado. Llevaba una camiseta de rejilla sin mangas y tenía una piel preciosa. Le había visto antes, de hecho se me había acercado unas cuantas veces. Más tarde me dijo que le había atraído mi triste mirada. Me observaba apoyado en la pared, tal vez le daba vergüenza, pero me pegué a él rápidamente. Un temblor se apoderó de todo mi cuerpo. Me sujeté primero en la pared con una mano, después la puse sin demora en

su cintura y empecé a apretar su piel. Me preguntó por qué temblaba tanto y yo me acerqué más, restregándome contra él. Tenía un cuerpo fuerte, me aturdí, nos besamos y yo miraba sus dientes blancos, sus labios rojos, sus ojos marrones y no me lo podía creer. Nunca antes había tocado a un negro, nunca antes había hablado con alguno, aunque me gustaban. No teníamos mucho tiempo. Parecía que él y sus amigos también se iban. Todo ocurría con cierta prisa. Se acercaban tíos y preguntaban algo en una lengua bastante extraña que yo no entendía. Me contó que podía llevarme a casa y que tenía que llevar a sus amigos también. Le dije que bien y salí a la calle. Los demás tardaron en salir, en despedirse de los que quedaban, pasó un rato hasta que G. recorrió la distancia entre los dos coches de su grupo, mientras que yo esperaba allí como un sujeto perdido. Él no era nada tímido, al contrario, gritaba a los del otro lado de la calle, se reía y hacía aspavientos. Al final nos metimos cinco en su coche, parecía suyo porque él se sentó al volante. Yo me senté a su lado, detrás se sentaron los otros tres. Cuando arrancó, un pavor repentino se apoderó de mí. No sé de dónde me había venido la idea, pero sentí terror al darme cuenta de que estaba en un coche con cuatro desconocidos, con cuatro negros, en una ciudad extranjera donde nadie me conocía, donde podía pasarme cualquier cosa. G. conducía a toda pastilla por las calles vacías y me acariciaba el muslo con una mano. Decía algo a los de atrás, algo incomprendible para mí, lo que me resultaba aún más angustiante, tenía muchas ganas de que llegásemos a donde me alojaba. Cuando paró, no lejos de allí, me entró una prisa descomunal por bajarme del coche. Le di mi número de teléfono y salí disparado. Era una locura, pero seguí corriendo por la calle, hasta alcanzar mi puerta. Volvía la cabeza a ver si me seguían. No tenía ninguna lógica. Busqué las llaves y solo después de cerrar la puerta me quedé tranquilo. Solo entonces me acordé de él. Tenía serias dudas de que me fuera a llamar después de todo.

Lo hizo, al día siguiente. Quería verme y quedamos esa misma noche. Una cita como cualquier primera cita. Sentía un nudo en la garganta, un temor al preguntarme si aparecería, si vendría, y cierto miedo ante lo que podía ocurrir y un nerviosismo parecido al que tiene un actor antes de salir al escenario. ¿De qué hablar cuando quería, más que nada, irme a la cama con él, y cuando era eso precisamente lo que me asustaba? Sí, deseaba quedármelo, deseaba tenerlo, aunque apenas sabía algo de él, aunque no nos habíamos acostado todavía. No quería ir a mi piso, prefería llevarme a su casa. Estábamos de nuevo juntos en el coche, nos dirigíamos hacia un lugar desconocido,

bastante apartado de la ciudad. Pero no me violó, no me tiró al río, no me echó al suelo ni me atropelló en la carretera. Primero preparó algo para cenar, dando saltitos sin parar, y yo deseaba que se sentara a mi lado, besarlo, apretar sus manos, saborear su piel. Estaba atrapado y quería infiltrarme en cada uno de sus poros, desnudarlo.

Entonces no podía imaginarme que, más tarde, desertaría por él, ni que por él tendría problemas en los hoteles de Eslovenia, ni que los jóvenes literatos eslovenos chismorrearían sobre él, ni que saldría en televisión, ni que me llamaría después de mucho tiempo, solo para charlar un poco, y que entonces, al colgar el teléfono, me daría cuenta de que habían pasado exactamente ocho años desde que aquella bolita de papel me golpeó en la cara.

# El peluquero

R. era peluquero. Lo conocí cuando me cortó el pelo. Quería hablar conmigo largo y tendido. R. me gustaba, su figura esbelta, su pelo rubio. Lo que contaba, sin embargo, eran tonterías. En cualquier caso, empezamos a vernos. No sé por qué le parecía interesante estar conmigo. Yo sabía mis razones. Disfrutaba contemplando su cara, sus ojos, con los que me miraba de una manera tan directa, sus manos. Me alegraba el día y me daba material con el que fantasear en la cama. Él no era gay, por supuesto que no, al menos eso decía, pero sabía que yo lo era aunque nunca se atrevía a tocar el tema. Tenía la costumbre de hablar de sí mismo, de su trabajo, a veces preguntaba qué tal tú y seguía enumerando sus aventuras con las mujeres. Era el centro de su conversación, me lo contaba todo, hasta el más mínimo detalle, a pesar de que yo no mostraba ningún interés especial. En realidad, a mí me daba igual lo que dijera con tal de poder estar cerca de él y desearlo. Supongo que eso le gustaba, si no, no habría quedado conmigo tan a menudo. Una vez me invitó a un certamen de peluqueros en otra ciudad. Se llevó a otro amigo, como una especie de protector, o tal vez como un aliciente extra. En el hotel compartían una habitación doble, y yo estaba solo en la contigua. La primera noche no dejaban de gritar, de moverse de aquí para allá, y las camas rechinaban. O las paredes eran muy delgadas o hacían ruido a propósito, para llamar mi atención. Cuando estaba a punto de dormirme, llamaron a la puerta. Habían venido a lucirse. Yo estaba metido en la cama mientras ellos me contaban algo, algo insignificante sin duda, allí, de pie, solo con los calzoncillos puestos. Daban una imagen de hombres de verdad, de auténtica amistad masculina, faltaba poco para que fingieran ante mis ojos una lucha de cuerpos musculosos y desnudos. R. no se había atrevido a presentarse allí solo, por supuesto que no, a pesar de sentir la necesidad de presumir ante mí. Creo que decían algo sobre unas camareras, se rascaban la entrepierna, de vez en cuando uno abrazaba al otro por los hombros, de una manera masculina,

claro. Después volvieron a su habitación, dejándome innumerables motivos para tener felices sueños. Quizás R. también había sentido una cierta tensión en el ambiente, a la que, con su exhibición, había sabido conducir al lugar adecuado. O quizás fuera mi alicaído aspecto del día siguiente. Fuera como fuese, él pensó que debía mostrarme un poco de ternura. Se me acercó de otra manera, me hablaba con más confianza. Tal vez ese era el mejor momento para tocarlo, para abrazarlo, pero yo estaba frío y casi ni lo miré. También la noche siguiente, cuando él trataba de fingir una mayor intimidad, apenas lo escuché. Estábamos en un bar, su amigo habría ido a cazar a alguna chica, y él me hablaba, casi susurrando, del amor, de su novia, que llevaba mucho tiempo siendo su única y verdadera novia, y que todas las demás eran solo para pasar un buen rato. Lo miraba a los ojos, observando cómo su encanto se marchaba hacia lo desconocido. Me resultaba cada vez menos atractivo, más vulgar. Otro hombre atrapado. Conocía a su novia, sabía que ella deseaba más a las mujeres que a él. ¿Él no se había dado cuenta? De cualquier forma, no podía resistirse a salir conmigo por ahí y aparentar en vez de tocarme, de tumbarse conmigo, de poner su cuerpo sobre el mío.

Sabía que las cosas avanzan solo si las estimulas con violencia. Todo estaba demasiado empantanado, nadie tenía ya ganas de nada, y había que forzar las cosas, empujarlas hacia el abismo. Una fiesta de peluqueros en casa del jefe de R. me vino muy bien para realizar mis planes. Había mucha gente, mucho espacio. Había pasado un tiempo desde aquel certamen, y R. y yo nos veíamos mucho menos. Esta vez me invitó porque, según él, sería muy divertido, mucho vino, muchas tías buenas, se le caía la baba. Seguía siendo el mismo. Contraté a varios hombres fornidos que conocía para que me ayudasen. Les di un capuchón de cuero que podía cubrir toda la cabeza. Antes había cosido los agujeros de los ojos y solo dejé abierto el de la boca. A la hora acordada, ya de madrugada, cuando la fiesta se animaba cada vez más, una mujer lo llevó, todo colocado, a una habitación del piso de arriba. Mis amigos se abalanzaron sobre él y le taparon la cabeza con el capuchón. Lo tenían agarrado sobre la cama. Lentamente, cuando oponía menos resistencia y había dejado de gritar, me acerqué y empecé a deslizarme por su cuerpo. Numerosas manos me ayudaron a desnudarlo, como a cámara lenta. Me llevó mucho tiempo, lo había planeado así. Con los dedos rozaba delicadamente su piel, sobre todo la larga cicatriz de su espalda, que se había ganado una vez al tratar de demostrar su hombría. Me acordé de mis grandes problemas con la hombría y de la primera vez que de verdad me había

sentido un hombre, libre de toda duda, cuando un tío me había abrazado para besarme y lamerme de los pies a la cabeza. Cogí el aceite, lo derramé en su espalda y lo esparcí por toda la piel, tersa, morena. Le dimos la vuelta, y pude esbozar círculos también por su pecho, por su vientre. Su polla estaba erecta, palpitante, esperando a sentir el placer. Ahora estaba completamente tranquilo. Y no hablaba, ya no. Me desnudé yo también, rocié por mi piel lo que quedaba del ungüento y empecé a reptar por su cuerpo. Le abrimos de piernas, se las levantamos un poco para que yo pudiese penetrarlo, le embestí. Todo esto me gustaba enormemente, introducirme en su cuerpo, los choques contra él, lo ceremonioso de la escena, esas manos desnudas que lo sujetaban y lo agarraban cada vez más fuerte. Clavé mis uñas en su piel y le dibujé trazos largos, rojos, desde el cuello hasta las piernas, que se estremecían, se encogían, se dilataban, aceptaban. Él estaba recibiendo aquello con lo que había coqueteado desde el principio. Cuando terminé, lo dejamos allí y nos unimos al tumulto de la fiesta.

# El lector

En el buzón me esperaba una carta. Estimado señor Vreg. Leí su cuento sobre S. y me encantó. Lo releo continuamente. Me excita aquella pasión, y las sogas, y los golpes. Tengo que reconocer que siempre me hago una paja. Espero con ilusión a que publique otro cuento. Le escribo porque me gustaría conocerle. Tengo veinte años, mis medidas son 180/69/18, soy moreno, sin vello, me gusta hacerlo en plan bruto. Estoy convencido de que le gustaré. Los tíos siempre se enamoran de mí, pero son muy aburridos. Le pido que venga a mi casa. Mis padres se van al campo cada fin de semana y estoy solo. He encontrado su dirección en la guía, tengo también su número. Le llamaré el fin de semana. Le pido que no me rechace, me encantaría formar parte de su libro. No puedo esperar a conocerle, suyo, B.

La carta me pareció interesante, por supuesto. Aunque no decía lo suficiente como para que me volviera loco de alegría. El joven llamó, efectivamente, y nos citamos en el centro. Sus ojos ardían aunque se esforzaba en parecer un poco tímido. Era guapo, como salido de un anuncio. Así que fuimos a su casa. Hablaba de aquel cuento sin parar, eso me ponía bastante nervioso, se lo dije y se calló. Me llevó a su habitación y empezó a desnudarse. Su cuerpo me parecía cada vez más excepcional. Se jactó de que entrenaba con frecuencia, de que vigilaba su dieta y todo lo demás. Me senté y encendí un cigarrillo. Sentí algo parecido a una náusea, pero no sabía por qué. Me hizo un striptease al compás de la música, un auténtico striptease masculino, me miraba fijamente a los ojos, se tiró al suelo y empezó a venir hacia mí a cuatro patas. Yo estaba sentado, fumando, observándolo y pensando qué era lo que se movía de un modo tan extraño en mis entrañas. Porque su cuerpo era perfecto, y su cara también, y todo. Se subió a gatas encima de mí, se sentó en mi regazo y me abrazó de una forma bastante pueril. Él se quedó a la expectativa. Era evidente que esperaba algo de mí. Me levanté con brusquedad, él cayó al suelo, me dirigí al cuarto de baño y

cerré la puerta con llave. Después de ducharme, me vestí otra vez, desenganché la cadena de la cisterna y me la metí en el bolsillo. Miraba alrededor a ver si había algo que me fuera útil. Señor, señor, se oían sus uñas sobre la puerta. Me miré en el espejo, todas esas arrugas, esos puntitos negros, ese pelo que se me caía. Detrás de mi oreja había aparecido una mancha roja que iba creciendo. Abrí la puerta, la empujé y el chico salió volando; debía de haberse pegado a ella. Volví a sentarme en la silla y le indiqué que se acercara. De algún modo le coloqué sobre mis rodillas. Pesaba mucho. Con mis dedos recorrí su espalda, su trasero, sus piernas con unos pelos diminutos. Cuando me harté, le pegué en el culo, una vez, dos, tres, con pausas, cada vez más fuerte, hasta que las palmadas se oyeron a pesar de la música alta. Seguí haciéndolo y su piel se ponía cada vez más roja. Pasé mi otra mano alrededor de su cintura y toqué su miembro macizo y erecto. Cuando me cansé, me abrí la cremallera, saqué mi polla, le empujé al suelo, él se quedó a cuatro patas y empezó a chupármela. Ya había tenido suficiente. Le arrojé a la cama y él, babeando, enseguida se juntó a mí, se echó boca abajo y levantó el culo para ofrecerse. En cuanto se la metí, se puso a resoplar como un animal, se contrajo y expulsó su semen, dejándolo caer en la cama, y se quedó quieto. En realidad yo no tenía ganas de follar. Permanecí dentro de él, sin moverme. Me acordé de la cadena. ¿Era lo suficientemente resistente? ¿Sabría hacerlo? ¿Y si alguien me había visto entrar? Yo estaba encima de él, el escritor encima del lector, la música sonaba, fuera hacía un bonito día soleado. Tuve ganas de salir al parque. Me pareció que se había dormido. Observaba su cara, de la que era difícil no enamorarse. Pero ya no pertenecía a este mundo, ya no era real. Así que preferí sacar la cadena, la ajusté con cuidado a su cuello y la tensé. Aquello duraba demasiado tiempo, exigía demasiado esfuerzo. Dudaba si valía la pena. Cuando su cuerpo se desplomó, entré en el baño para coger un cubo que estaba detrás de la puerta. Lo llené de agua y la eché sobre aquel cuerpo. Vacié unos diez cubos, la cama quedó empapada, un charco se formó en el suelo. La música seguía sonando.

En el parque, me senté en un banco y miré los patos que nadaban en el agua, tenía el sol de frente. Releí la carta del muchacho, que llevaba conmigo y, después, la tiré a la basura. Al llegar a casa, cogí un papel, me tumbé en la cama y empecé a escribir para cumplir escrupulosamente las expectativas del joven.

# El alcalde

La obsesión se hacía cada vez más intensa. Si al principio sabía, más o menos, hacía dónde me llevaba la fuerza que escondía dentro de mí, sus intenciones llegaron a ser, más tarde, inciertas e incomprensibles. Esa violencia estallaba en todas las direcciones. La selección de objetivos ya no estaba tan clara, el círculo se hacía más grande, la energía crecía más fuerte. Por una insólita casualidad recibí una invitación para asistir a un estreno. Se reunió la flor y nata de la sociedad, por decirlo así, todos alardeaban nada más entrar por la puerta, sonreían, saludaban, exhibían sus trajes. ¿Cómo era posible que me hubiesen invitado precisamente a mí? La actuación se correspondía con el evento, se trataba de una obra de teatro popular, con gente correteando por el escenario, con giros de la trama que hacían las delicias del público. La situación era sencilla. Yo estaba sentado en el palco y me entretenía observando a los invitados en el patio de butacas. Allí estaban las corbatas, los fracs y las sotanas, las damas atractivas vestidas de encaje, los artistas de melena larga con sus dedos sucios, los críticos elegantes y, por supuesto, sus señoras, que no dejaban de hablar en los intermedios. En esos momentos me llevaban de un lado a otro, me ofrecían sus sudorosas manos, me invitaban a todas partes. Todo aquello me resultaba muy extraño, pero no me torturaba a mí mismo preguntándome por qué, cómo o con qué intención. Tal vez, eso sí, me habría apetecido seguir a algún crítico lisonjero cuando entraba en los aseos, pero mi atención se desvió a causa de la insistente persuasión de una persona que venía de un monasterio cercano y me recomendaba visitar su biblioteca. Y a causa de una señora que me decía que tenía que participar en una peregrinación, y de otro señor mayor que no podía dejar de describirme el pintoresco camino de la romería, la belleza de los frescos de la iglesia y la luz que podía salvar al mundo contemporáneo que se precipitaba al abismo. Se trataba, claro, del alcalde de un pueblo que era, a la vez, una conocida eminencia de la ciudad. Aunque era gordo, calvo, de sanas

mejillas coloradas, lo cierto es que me atraía su verborrea sobre la buena educación —a saber, tenía siete hijos—, sobre la desmoralización cada vez mayor de nuestro país y sobre las virtudes de los padres. Un impulso interior me llevó a modificar un poco mis planes para que la visita fuera más divertida y algo diferente. Decidí participar en aquella procesión tan elogiada, que terminaría en una fiesta popular, pero me pondría la vestimenta apropiada, es decir, el traje regional, y aún más, el traje regional de mujer. Porque quería echar un par de bailes con mi anfitrión.

El domingo en cuestión me dirigí, con mi ostentoso atuendo, al pueblo, al encuentro de mi alcalde. Estaba anocheciendo, la fiesta había empezado y el sol ya no quemaba. Mi fervor tampoco era tan grande como para perder un día entero por él y aguantar sus largas letanías. Me paré junto al cementerio, bien oculto detrás de los árboles y bastante lejos, lo suficiente, del escenario. Entonces saqué todo lo que necesitaba, me metí en una pequeña capilla y comencé a cambiarme. En un día así era improbable que alguien me pillara allí. Cuando terminé de maquillarme las mejillas, estaba listo. Entonces me fui andando, exultante, por un camino entre los árboles, bajé a la carretera, por la que, entre los gritos de júbilo, caminaban hombres alegres hacia la misma dirección, por la que otros iban en carretas, y las muchachas abrían sus parasoles. Era muy agradable pasear así entre ellos, los chicos levantaban sus sombreros, podía sentir cómo se les abultaba el pantalón, cómo me miraban, cómo les enardecía el vino y cómo se veían ya en un pajar cercano. En el escenario bailaban felices las parejas, las faldas volaban, el acordeón sonaba. Olía bien, a comidas tradicionales y a tabaco. Los hombres estaban sentados en grupos y hablaban de cosas transcendentales. Las personalidades importantes permanecían debajo de un tilo, controlando la situación y acercándose de vez en cuando las copas a la boca. El alcalde estaba allí, su calva brillaba con solemnidad, el sudor se derramaba por su cara, sus mejillas relucían, su boca se reía de manera automática. No lo dudé, me acerqué a los hombres para que él se percatara de mi presencia, clavé los ojos en la gente que bailaba, moví un poco mis rodillas e hice una mueca de descontento con los labios. De vez en cuando dirigía mi mirada hacia el alcalde. Y en toda esa palabrería oí de repente: «¿Qué te pasa, mozuela?». Se acercó preguntándome si no me divertía. «Oh, la gente es tan mala», entorné los ojos para, después, fijarlos en él, y él respondió: «No digas eso, no digas eso». Me abrazó por la cintura, preguntando por qué me rondaban esos pensamientos. Era un alcalde de verdad. Le empecé a exponer mi triste historia sin poder parar, tenía

muchísimos sucesos que contarle, de modo que empezó a suspirar él también. Nos sentamos en un banco cercano y él me escuchaba, me echaba vino, se lo echaba a él mismo, mientras me daba golpecitos cada vez con más frecuencia, digamos, por todas partes. Cuando comencé a liarme en mi propia historia, preferí callarme y miré al escenario. «¿Te gustaría echarte un bailecito?», me dijo. Claro, así me resultaría más fácil agarrarlo, lanzarle algún piropo, colgarme de él, a pesar de que cada vez se ponía más rojo. No, no sería suficiente que le diera un patatús. Fingí haberme quedado sin aliento y le pedí que hiciésemos una pequeña pausa, y exclamé, con miedo: «Ay de mí, ya es de noche, ¿qué dirá mi madre?». Estaba a punto de sollozar diciendo que nuestro pueblo quedaba lejos, que era tarde, que nunca se sabe lo que se esconde detrás de un arbusto. Era lo que él había estado esperando con ilusión, porque enseguida se apresuró a mencionarme que tenía coche, se ofreció a llevarme, me levantó del banco y comenzó a darme empujoncitos hacia la multitud de vehículos aparcados. Él debía de haber brillantado su limusina durante el baile, pues estaba reluciente. Con todas las capas de tela me resultó difícil sentarme en el asiento y, después de la primera curva, fingí que se me cortaba la respiración. El cementerio estaba cerca. «A lo mejor necesito un poco de aire fresco», balbucí. El señor paró y me ayudó a salir del coche. Había anochecido, se oía la música, unos festejaban alegres, otros se habían perdido ya en la maleza, allí no había nadie con el tiempo suficiente o la cabeza despejada para observarnos. El alcalde me cogió de la mano, diciendo algo acerca de llevar una vida sana. Nos apartamos un poco de la carretera y bajamos hacia los montones de heno porque yo quería descansar allí, sentadita. Ahora tampoco el alcalde perdía el tiempo. Me acarició la mano, me abrazó la cintura y me tiró sobre la paja. Bajó hasta mis senos, lo cual era peligroso, así que le di la vuelta para que se quedara tendido de espaldas y empecé a magrearlo. Enseguida saqué su picha blanda y se la comí, de modo que el viejo resoplaba cada vez más. Cuando se empalmó, me puse en cuclillas y me la metí. Comencé a botar sobre el alcalde, cada vez más sofocado, soltaba imbecilidades y babeaba. Se corrió con un gemido espantoso y se quedó inmóvil como un muerto. Le tiré de las orejas durante un rato, después me levanté de golpe, me subí la falda, liberé mi verga oculta y la agité encima de su cabeza. «Toma ahora un poco de mi pequeño coñito», dije entre dientes ante sus ojos desorbitados, me apreté fuerte y expulsé de un chorro aquel vino que el señor me había estado echando en la copa antes de bailar. Abría la boca, intentaba huir, pero estaba demasiado exhausto. Cuando

me quedé aliviado, le di un par de patadas en los huevos y volví al cementerio.

# La playa

J. era, en general, un bonachón, pero, por otro lado, también podía ser muy cruel. Era alto, moreno, grande, un poco rechoncho. Quería que fuera mío. Era como un osezno. A su lado me quedaba sin aliento, me olvidaba de todo, y andaba detrás de él como si tirase de mí. Al mismo tiempo quería matarlo, asfixiarlo, atropellarlo, romperlo, machacarlo con una apisonadora.

Lo conocí en la playa. Creo que, por entonces, estaba en medio de una traducción de una historia turbia, quién sabe. Era una playa bastante solitaria, donde el sol no quemaba demasiado. Estaba tumbado en una roca, luchando con las palabras. Me resultaban más gratas que la gente, eran ordenadas, firmes. Un tío pasó delante de mí, tropezando con las piedras, y después volvió. Giré la cabeza y vi que subía cuesta arriba para alcanzar el camino. Entonces, ¿cómo ataron los alumnos a su maestro y le cortaron la cabeza? Iba despacio, no tenía ninguna prisa. La vida era corta, en efecto, pero transcurría de una manera muy lenta. No la podías interrumpir y retomarla, digamos, después de un mes o dos. Solo podías acortarla para siempre. Oí de nuevo el ruido de alguien andando por las piedras. El mismo tío, alto, es decir, el tal J. con pinta de oso, pasó otra vez, dio una vuelta, volvió, se paró, mirándome un poco de vez en cuando, mi corazón latía fuerte, me di cuenta de lo que estaba pasando. Se dirigió hacia la colina, se puso en cuclillas, empezó a tirar piedrecitas al agua, poco a poco, como si tuviera muchísimo tiempo. No me atrevía a dirigirle la mirada, fingí que solo me interesaba mi libro, que nada podía distraerme, que el mundo estaba entre las hojas, limitado, previsible. Sentía curiosidad, y también para mí era una sorpresa, pues me parecía todo tan insólito, en esta playa desierta, y, además, hacía mucho que nadie se fijaba en mí. Las piedrecitas dejaron de caer al agua, me moví ligeramente, giré la cabeza, un momento, y él ya no estaba allí. Me sentí más calmado, pero a la vez un poco molesto. Me senté y eché un vistazo alrededor. Estaba arriba, en el camino, los arbustos lo ocultaban. Me contemplaba quieto, a lo

mejor alzó la mano un poco, pero me dio vergüenza, como si me hubiera pillado, encendí un cigarrillo, encaré el mar, esperando a que se marchara, fuera de allí, a otra parte. Después de un rato, cuando no aparecía por tercera vez, me volví. Entonces, cuando quizás ya era tarde, sentí un impulso. Me levanté, me dirigí cuesta arriba y emprendí el camino entre los arbustos. Anduve lejos, pero ni rastro del tío. Estuve a punto de bajar al mar al otro lado de la bahía, cuando, de súbito, apareció delante de mí. Elegí otra ruta para no cruzarme con él, fijando mi mirada hacia abajo, hacia el mar, me detuve un rato en el borde, di media vuelta, cada vez más nervioso, y cogí el sendero de regreso, sospechando que me seguía. Habría preferido salir corriendo, lo más lejos posible, pero también deseaba que él se lanzara detrás de mí, que me agarrara y me tirara al suelo. Como zigzagueaba demasiado entre los senderos, me encontré, de repente, ante una valla. Tuve que volver a la senda marcada. Pero allí estaba él, apuesto, bronceado, mirándome. Estaba atrapado, no tuve más remedio que acercarme. No se apartó, sino que estiró el brazo cuando quise pasar y metió su mano entre mis piernas. Me quedé paralizado. Entonces me agarró con más fuerza y yo sabía que tenía que hacer lo mismo. Estaba temblando y apenas podía mantenerme en pie, así que preferí agacharme, apoyé mi cabeza contra su bañador, intentando atrapar algo con mi boca. Me acarició la cabeza, bajó a mi lado, me abrazó y así se quedó, acariciándome, sin más. Como si ya hubiese terminado todo. Me parecía que aquello duraba demasiado. No me dejaba hacer ningún movimiento. Quería tocarlo, pero me sujetó las manos. «¿Qué pasa?», dije. Solo entonces habló: «Mejor que no». Solo eso. «¿Por qué?». «Mejor que no». Me di cuenta otra vez de que estábamos en un camino, de que podía venir alguien, de que la situación era extraña, de que todo estaba en una especie de suspensión, estático. Con un frase repentina le dije que debía volver, que tenía allí, al otro lado, una tienda de campaña, que fuera a verme, pero que ahora no podía quedarme. Me puse de pie, me liberé de su abrazo, seguí adelante, andando cada vez más rápido, como si me siguiera, deseaba estar en paz, deseaba que no hubiese ocurrido o que hubiese habido algo más, algo completamente diferente, que hubiese habido al menos algo. Me tumbé en mi roca esperando a ver si se acercaba para romperle la crisma con un pedrusco.

No pude trabajar nada más, solo me quedé allí, hasta la noche, cuando volví a mi tienda. Me invadió la inquietud. Aquella sensación cálida de que iba a venir, con la noche, como muchos lo habían hecho, como muchos lo

harían más tarde. Vino, efectivamente, esa vez diferente, brincaba alrededor, dejaba que lo abrazara, se apartaba de un salto, hablaba de sus aventuras, se me escurría entre los dedos continuamente, se ponía delante de mí, se erguía, cada vez más desnudo, porque, supuestamente, tenía calor, hasta que solo le codiciaba a él, codiciaba su piel. Bailaba con la música y se retorció por encima de mí, mientras yo permanecía tumbado, golpeaba mis brazos cuando se estiraban para atraparlo, me permitió algún roce, se echó a mi lado, se quedó quieto, sin tocarme. Me incliné sobre él, embelesado, deseoso del calor. No me acarició, solo se preocupó de controlarme. Consentía que pusiera mi mano en su pecho, tal vez recorrer una pequeña zona de su piel, y nada más. Después me agarró y no dejó que mi mano se moviese más. Solo muy avanzada la noche, cuando se había dormido, mientras yo seguía sin poder aliviar mi tensión, logré escaparme de su abrazo durante un par de minutos y palpé su cuerpo con cuidado, conteniendo la respiración, pasando por su vientre, sus piernas, su miembro que se había empalmado mientras dormía, hasta que volvió a sujetarme, impidiéndome disfrutar.

J., simplemente, se quedó. Llegamos a formar una pareja que en realidad no lo era. Iba conmigo por ahí, le preparaba la comida, le pagaba sus tonterías, aguantaba sus discursos presumidos y sus depresiones, durante meses enteros. Solo me permitía admirarlo, tumbarme a su lado, rozarlo un poco. Escucharlo, todas sus ideas, todo lo que haría, cómo lo frustraban todos, cómo no podía más, cómo lo frustraba yo. Se hacía pajas delante de mí y cuando quería acercarme como fuera, me forzaba a desistir con su figura de oso. Al menos en esas ocasiones me agarraba de verdad. De vez en cuando aparecía con algún tío que se lo follaba delante de mí. Tenía prohibido unirme a ellos, se volvía muy violento si movía un solo dedo. Cuando le dije que así no podía continuar, se ofendió enormemente, me guardaba rencor y ni siquiera me dejaba echarme en la cama. Después, un día ya no estaba. Lo busqué en vano, se había esfumado.

Apareció muchos años más tarde. Me dejó acercarme otra vez a él y me acarició durante mucho, mucho tiempo. Me cogió para llevarme a la cama, me apretó contra su cuerpo y se quedó callado. Yo no quería hacer nada. No dejaba que me desnudara y él no habría querido recurrir a la fuerza. Deseaba que envejeciese, que viviese a duras penas durante muchos años, que llegase a ser viejo, feo, aburrido, y a estar solo. No quería privarle de ese futuro, reducirle numerosas decepciones, mitigar su declive. Le deseaba vivir ese desierto cuando nadie quisiera tocarlo, cuando nadie quisiera mirarlo, cuando

estuviese solo con sus ideas y depresiones. No quería acortarle todo eso. De modo que callaba, esperando a que me soltase y se marchase.

# Iván

Me despertó una llamada de teléfono. Casi nunca me llaman completos desconocidos. Se presentó diciendo que su nombre era Iván: «No nos gusta que estés todo el tiempo escribiendo y cascando sobre los gais. No somos especiales y no hace falta que se hable tanto de nosotros. ¿Tú qué te crees? Queremos estar tranquilos. Esos cuatro maricas que te rodean tal vez piensen lo mismo que tú, pero el resto no estamos de acuerdo. No queremos ningún tipo de publicidad. ¿Qué intentas conseguir, ser una estrella mediática? ¿A costa de nosotros? Somos gente normal, hacemos el amor con alguien del mismo sexo, ¿y qué? Esto no significa que necesitemos a nadie como tú. Hasta ahora todo iba bien, pero tú, llamando la atención, nos perjudicas». Escuchaba, solo escuchaba, sin poder decidir siquiera qué significaba aquella llamada. Lo único que estaba claro es que no se trataba de un tío que no fuera gay. Pero le molestaba que se hablara de ello. Me quedé paralizado, con el auricular en la mano mientras trataba de decir algo como: pero si... Pero él no desistió. Al contrario. Se puso agresivo. Empezó a amenazarme con cosas como «te daremos tal paliza que no podrás ponerte nunca más delante de una cámara». «Recuérdalo y piensa un poco», fue lo último que dijo.

Era de noche, más tarde. Sus palabras me golpeaban la cabeza, chocaban contra mis ideas, las destruían, las deformaban. Pasaba por delante de los locales, viendo las caras de conocidos que andaban por ahí. Me parecían diferentes, mis pasos también eran distintos, iba con cautela, como si alguien fuera a abalanzarse sobre mí con un cuchillo. Entré por una puerta que vibraba por la música. En las mesas, por todas partes, se movían tipos con los que había estado, con los que estaría más adelante. Hasta ahora nadie me había acuchillado —¿habían deseado hacerlo, tal vez?—. Un señor mayor estaba sentado aparte, iba bien vestido, con un pañuelo al cuello de color violeta. Cogió su vaso, tal vez de Martini, lo levantó con ademanes exquisitos, se lo llevó a la boca, mojó tan solo su lengua, se relamió. Miraba a

su alrededor con atención, sonreía, asentía con la cabeza en señal de saludo, de una manera casi teatral. Sacó otro pañuelo para secarse con suavidad los labios. Iba maquillado, tal vez también se tiñera el pelo o llevara una peluca. Debía de tener unos sesenta años. De vez en cuando alguien se sentaba a su lado, algún muchacho con pantalón corto o sin camiseta, para que el viejo le ofreciera su tabaco de la mejor marca, le pidiera la mejor bebida. Se permitía dar unas palmaditas en la mano de su invitado, a veces incluso en las rodillas. Yo estaba sentado en la barra, preguntándome si ese era Iván o si Iván era aquel otro chaval que acababa de pasar o si todos allí eran Iván.

Me acordé de ti cuando me dijiste que había cosas que nunca me contarías, así de simple. ¿No era esto algo parecido? Te tumbabas y pensabas en Dios sabe qué, en quién. Cuando te tocaba, me parecía como si, de alguna forma, estuviera en casa, abrigado, tranquilo. Era algo completamente distinto a los magreos en algún lugar del bosque, los jadeos, aquel nudo en la garganta cuando uno se va, el temblor de la mano que apunta inútilmente el número de teléfono. ¿Pero cómo podía ser distinto, si estabas muy lejos, siempre buscando, cazando sin descanso otros cuerpos, otros miembros, otras lenguas? Solo cuando te quedabas así, tumbado, parecía que estabas tranquilo. ¿No eras tú mismo ese Iván, y no lo eran todos esos cuerpos que se te cruzaban veloces en la mente?

Bajé al sótano. Unos dos centenares de muchachos saltaban en la pista de baile. Sus rostros desprendían gotas de sudor, algunos estaban medio desnudos, entregaban su piel y sus músculos al ritmo de la canción, a los roces de las manos, a las miradas fugaces, robadas. La música estaba alta, lo que impedía cualquier clase de conversación. Algunos esperaban a lo largo de la escalera que conducía a una planta más baja. La escalera era oscura y bastante frecuentada. Los tíos, sencillamente, estaban allí y aguardaban. Otros subían y bajaban. Poco a poco tuve que poner más cuidado por dónde andaba. Abajo había lámparas pequeñas que emitían una luz roja, apenas tan fuerte como para discernir los contornos de las figuras. Aquí hacía más fresco, el ambiente era más tranquilo, más lento. Las lucecitas eran cada vez más escasas, y había cada vez más tíos. No se apartaron cuando pasé. Me olían, me tocaban. Unos me cogían de los brazos, otros se recreaban en mi bragueta. Seguí andando, adentrándome más en la profundidad. Había cada vez más cuerpos desnudos. Ahora mis manos chocaban contra los miembros duros. Me paré para agacharme, para sentir su calor. Otras manos empezaron a desnudarme despacio. Me moví hacia la pared, hasta una especie de repisa,

y me senté en ella. Les dejé hacer todo lo que se les ocurría. Sentía el sudor ajeno, el esperma que me bañó la cara, la impaciencia de los cuerpos, desconocidos, irreconocibles, ajenos; no sentía ningún tipo de calor. Estaba en otra parte, entre las palabras que me decían que mi camino era el equivocado, que mis deseos, mis sueños, mis tentativas eran erróneas, que nunca conseguiría algo más que eso, ese avanzar resbaladizo en la oscuridad cuando todo tipo de gotas se deslizaban por la piel, cuando todas las cosas posibles se metían en ti y no te dejaban respirar. Aquí no habría habido ningún problema en cortar con un cuchillo y atravesar un par de gargantas; habrían quedado bastantes, contentas de que cayese alguna gota también en su lengua. Por una puerta accedí a un pasillo que conducía a las duchas. El ambiente era más luminoso y había menos tíos. Apenas alguno me tocaba. Estaba en la ducha, limpiándome de los cuerpos que me habían rozado. Pensé en el señor que estaba dos plantas más arriba, haciendo reverencias. Deseé estar contigo y en calma. Que tú estuvieses conmigo, siempre.

# Intruso

Me sorprendió que me contaras que te había llamado L., un muchacho al que habías conocido hacía tiempo y con el que, según tú, no habías tenido nada en absoluto, para decirte que se iba a quedar una noche en la ciudad porque al día siguiente cogería un vuelo transoceánico, y que le gustaría verte, es decir, tener un lugar donde dormir. De las migajas que me soltabas de vez en cuando, yo ya había deducido, por supuesto, que tenías aventuras durante los meses en los que me ausentaba. El hecho en sí no me daba tanta rabia como la forma en la que lo ocultabas, lo negabas, pero, al mismo tiempo, lo insinuabas e, incluso, contabas algo. Sin embargo, aquello contradecía tus largas cartas, tus aluviones de amor, bastante convencionales, con los que yo me mostraba condescendiente porque tenía claro que procedían de las películas que veías. Pero tus aventuras se originaban en tu necesidad, en mi ausencia, o tal vez buscabas a alguien que me sustituyera, para siempre. L. apareció en la puerta, efectivamente, aunque no me habías preguntado si podía y aunque la calle estaba repleta de pequeños hoteles. Era alto, rubio, un chico guapo que podía gustar, claro. Me resultó simpático, pero eso era todo. No diría que sentía celos, no me afectaban para nada tus intentos de fastidiarme, de hacerme daño quizás, de vengarte de mí, con un tío cualquiera, que había venido a pasar la noche. Tampoco me molestaba que te pasearas casi desnudo, que le prepararas el sofá para dormir, que te rieras como si se hubiese abierto el cielo. Incluso cuando estábamos en la cama, abrazados, y chirrió la puerta y entró L., desnudo, y se nos acercó, y gimió que le gustaría dormir con nosotros, mantuve la calma a pesar de que la situación ya no me gustaba. Se lo permitiste, le dejaste espacio en tu lado de la cama, y a la vez te apartaste un poco de mí, como si nuestros cuerpos entrelazados fueran algo de lo que avergonzarse. Mi corazón empezó a latir con más fuerza, sentí que en las tres cabezas pasaba algo, sabía lo que pasaba en la mía, sabía lo que había venido a buscar L., pero no me quedaba claro

qué pasaba en la tuya. Llevábamos mucho tiempo juntos, con interrupciones, no había duda de que me querías y que, de alguna forma, tus deslices eran justificables. Yo permanecía con mi cabeza sobre tu brazo y con una mano en tu pecho, de forma que mi codo tocaba tu vientre. Estaba tenso, aguzaba el oído en la oscuridad, discernía al tío que, encarándote, intentaba dormir con bastante indiferencia. Y, sin embargo, se movía, era un susurro y, después, algo tocó mi codo y volvió a desaparecer. Pensaba que solo había sido una impresión, estaba seguro de que tú, sin duda, habrías apartado al tío que yacía a tu lado si hubiese acercado su mano para tocarte. La superficie de tu vientre se agitó en un oleaje irregular, me apretaste con más fuerza, me besaste y, a la vez, apartaste de mí tu mano libre, la moviste a otra parte, hacia abajo. La seguí, lentamente, hasta toparme con los genitales ajenos, duros, que agarraba tu mano. Quería tocarte los huevos y allí estaba la mano de ese tío que se deslizaba por tu polla, dura también. Sentí calor, me mareé. Pensé en levantarme y salir de la habitación, pero me temí que no se te ocurriese siquiera seguirme. Me quedé allí y una mano ajena se movió para tocarme hasta que la aparté con torpeza. Me sobraba. Me quedé callado, subí un poco y te besé. Pero L. también subió, intentando meter su crisma entre nosotros. Empezó a lamerte la oreja y trataba de abrirse camino hacia tu boca, y tú actuabas como si lo desearas. La situación era insoportable. Quería tenerte, al menos en la cama, para mí, solo para mí, tus muestras de amor, de pasión o de necesidad tan solo, me infundían fuerzas, seguridad, sentía que alguien me deseaba, tal y como soy, mi cuerpo entero, mi saliva, mi semen, mi olor. Pero, así, todo se me venía abajo. La cabeza del intruso se deslizaba hacia abajo, se metía entre tus piernas sin demora y te la comía. Y aunque me penetraras tanto con tu lengua, no podías tranquilizarme, ante mis ojos aparecía una boca extraña que te encendía, y tu mano que agarraba fuerte una polla cualquiera, sin más, como si todo fuera tan sencillo. Aquello no me excitaba nada a pesar de que empezaste a acariciar mi polla, temblaba levemente, tal vez me dieron ganas de llorar. Te sentaste, nos destapaste totalmente a los tres, te lanzaste con la cabeza hacia mi miembro y empezaste a chuparlo. Delante de mí se desarrollaba un escena que no me gustaba nada. Le hacías una paja a él con la mano, me chupabas a mí con tu boca y él se encargaba de ti, por supuesto. Una escena corriente, a lo mejor hasta excitante si la ves desde lejos o si te encuentras en una situación así por pura casualidad. Pero no era mi caso, yo te quería, me daba asco ver que alguien te chupaba, me daba náuseas oír tus suspiros, ver que estabas disfrutando con

otra persona, allí mismo, cuando no había ninguna necesidad de ello, cuando me tenías a tu lado, cuando, supuestamente, me amabas. Era una frivolidad. Casi daba igual, sin duda, con quién jadearas. ¿Qué provecho sacabas esta vez? Te moviste, te pusiste encima del tío y la parte superior de tu cuerpo quedó sobre mí, mientras me besabas, la parte inferior le penetraba a él. L. gemía, tú arqueabas tu torso, babeabas, y a mí todo ya me daba igual. Observaba tus esfuerzos, me preguntaba por qué todo eso, si solo querías presumir ante él. Y quién era ese cualquiera para que te hiciera falta presumir ante él, qué te daba él, cuántas veces te consolaba, se reía contigo, te lavaba el pelo, te aliviaba, te susurraba, qué tenía él para hacerte pensar que yo iba a soportar esta clase de trío. ¿Y con qué lógica habías asumido que nada cambiaría entre nosotros después de este contacto carnal completamente vulgar? Solo más tarde comprendí que no habías pensado nada, que yo mismo no había sospechado de qué manera tan intensa me iba a afectar. Habría sido mejor que entonces, al principio, me hubiese levantado y hubiese salido de la habitación. Tal vez no habría ocurrido nada o no habría visto todo aquello. Pero, así, te miraba a los ojos, que siempre echaba tanto de menos, intuyendo lo que estaba pasando, y tus ojos se volvían diferentes, ya no eran míos, ya no me hundía en ellos, ya no viajaba.

# Gimnasia

Z. era profesor de educación física. Me topé con él en un local, casi lo violé. Me parecía un poco ausente, pero más tarde comprendí que las jeringuillas en su cuarto de baño no estaban ahí por casualidad. Me invitó a su casa y me retuvo todo el fin de semana en la cama. Por supuesto, también me contó con cuántos se había acostado y cómo le era imposible tener una relación duradera. Se deshacía en lamentos, diciendo que a la gente solo le interesaba el sexo. Era agradable, guapo, joven, simpático. No me pareció que fuera una mala idea entablar amistad con él. Le dije que tenía que volver a casa, pero que me diera su número de teléfono, que podríamos volver a vernos. Que, seguramente, no estaba siempre ocupado. Empezó a balbucear, a temblar, puso los ojos en blanco, como si le estuviera dando un ataque, y me soltó que todo eso carecía de sentido. Le pregunté qué quería decir, pero salió con la excusa de que no teníamos mucho que ver, que de hecho éramos completamente distintos y que no era una cuestión sexual o de algo en particular, por supuesto, que intentara entenderlo, que éramos, así de simple, demasiado opuestos como para que pudiera funcionar. Y entonces sucedió todo. Me entró una rabia descomunal y comencé a golpearlo, pero él no se defendía, quizás apenas sintiese mis golpes. Le gritaba que de dónde había sacado esa idea, que qué sabía él realmente de mí y que cómo podía saber si lo nuestro funcionaría o no si ni siquiera estaba dispuesto a intentarlo, si ni siquiera nunca jamás lo había intentado en su vida y solo se había dedicado a follar desde que tenía diecisiete años, y lloriqueaba y se quejaba de que nunca iba a estar con nadie, a pesar de desearlo con tantas ganas. Aunque yo fuera veinte años más viejo, aunque tuviera un doctorado y tú fueses un mozo de cuadra, analfabeto, aunque hubiera un mar de diferencias entre nosotros, serían más pequeñas que las que hay entre un hombre y una mujer. Pero ¿has echado un vistazo a tu alrededor? Porque ellos logran estar juntos, a pesar de ser tan distintos, da igual el cuerpo, los sentimientos, la educación, el estatus

social, lo que sea, y mientras tú estás siendo un caprichoso, a menos, claro, que busques al hombre ideal con todas sus cualidades ya definidas, desde la edad hasta el color de sus ojos, el tamaño de su polla, sus gustos y sus aficiones. ¿Pero quién te crees que eres? No podía parar, tenía que desahogarme, aunque después me echara a la calle y tuviera que volver a casa en autobús, en mitad de la noche. Sé honesto y cuéntame la verdadera razón, pero no te inventes cualquier tontería. Mi ex me tomaba el pelo con que había contraído una enfermedad sexual y no quería contagiarme, el anterior a ese me decía que era muy religioso y que su expiación duraría un mes, otro estaba casado y no podía permitirselo. Por no hablar de aquellos que me habían prometido que llamarían, suspirando aún en el umbral de mi puerta cuánto me amaban, o que quedaríamos para ir a tal o cual sitio, pero luego, claro, no aparecían. ¿Qué os pasa a todos vosotros, qué te pasa a ti en la cabeza, por ejemplo, que no puedes decir que solo querías divertirte, que solo quieres sexo, pero que quieres que te dejen en paz y no quieres ningún compromiso con nadie, porque quieres ser libre, encontrar tíos nuevos, vivir nuevas aventuras, volver a quejarte? Estaba a punto de sollozar cuando le echaba en cara todo lo que me tenía tan descontento. Hasta los tíos con los que parece mantener una relación amorosa duradera se escabullen para desahogar sus frustraciones en cines porno y follar con tus amigos, coquetean con otros, mientras aprietan tu mano, bostezan cuando les hablas de tus problemas. ¿Tenía eso algún sentido? Estaba siendo un idiota descargando mi rabia con el profesor de educación física, que durante dos días y dos noches había sido tan amable conmigo, tan dulce, que había gemido de pasión y recitado frases de cariño. Recogí las cosas y él también se levantó, se ofreció servilmente a llevarme en coche, seguro que para librarse de mí. Permanecí callado, no hacía falta añadir nada más, me sentía como si estuviera en un manicomio, entre gente que no sabía vivir de una forma normal. Salí y me dirigí hacia la oscuridad de la noche, tal vez aún furioso, tal vez aún con lágrimas en los ojos, pero, sin duda, convencido de que debería haberle retorcido el pescuezo.

# Querido

Querido, te ruego que les enseñes buenos modales a tus amantes. Hace alrededor de una semana me llamó un tal B., que a toda costa quería saber dónde estabas. Le dije que te habías ido a esquiar y que no estarías por algún tiempo. Por lo visto había estado llamándote a casa sin parar y luego optó por darme la lata a mí. Llamaba todos los días, en ocasiones hasta dos veces. Me explicaba lo de vuestro amor, cómo os habíais conocido, qué planes teníais, sollozaba pidiéndome que le diera tus señas, y cuanto más le repetía que no las tenía, más se ofendía diciendo que qué creía yo que significaba para ti. Pero ayer se presentó de repente en mi puerta, bueno, por lo menos se presentó como B., era un poco más alto que yo, más fuerte, de pelo castaño y corto, de pinta romántica. Espero que sepas de quién se trata. Se puso muy pesado insistiendo en que lo dejara entrar, como si quisiera cerciorarse de que no te tenía escondido en un cajón. Cuando comenzó a lloriquear lo invité a que pasara. No voy a hablarte de tus gustos, pues al fin y al cabo llevas viéndome mucho tiempo, y tampoco me voy a disculpar por el obvio resultado de esa visita. Pronto, el chico se quedó postrado en el sofá y me reveló todas sus penas. Empezó, naturalmente, con tu partida misteriosa y se explayó sobre su juventud, me enumeró todos sus ligues, sus partes buenas y malas, mencionando desde las medidas exactas hasta la situación económica de cada uno de ellos. Luego volvió a hablar de ti, se puso a llorar y estuvo así una media hora. Yo le daba de beber, tratando de convencerle de que se tranquilizara, hasta me senté a su lado para que se apoyara en mi hombro y me mojara la camiseta. Con interrupciones, también soltaba comentarios sobre el timbre de tu voz, tan atractivo, y cuánto le querías, a la vez que, agarrándome con los brazos, bajaba cada vez más hacia mi vientre. Ya no sabía muy bien qué era, en realidad, lo que andaba buscando. Si quería desahogarse, si te quería a ti, lo cual era absurdo, pues estaba claro que no estabas ahí, o si tanto le faltaba el calor humano. Había colocado la cabeza

entre mis piernas, seguía lloriqueando, balbuceando, pero con los dedos me desabrochaba el pantalón. Con bastante destreza sacó lo que deseaba y lo arrojó con su boca. Si había logrado comprender, más o menos, que tu querido anhelaba saber tus señas, ahora sus actos me parecían inconcebibles. Me acordé de tu palabrería, de cómo yo no te bastaba, de cuánto necesitas siempre otra cosa un poco distinta, de que la vida es muy corta como para malgastarla con la monotonía. De acuerdo, lo que tú digas, pero ¿qué hace esa otra cosa aquí? ¿Qué quiere de mí? Guárdala donde quieras. Empujé a B. al suelo y le di en la boca con un cenicero. Por suerte se me escapó de las manos y salió rodando por la habitación, de lo contrario le habría golpeado más veces. El tío gimió, se recompuso rápido y desapareció. Como puedes ver, en el suelo aún queda un poco de sangre.

Permanecí sentado imaginándome cómo hacías las maletas y, de nuevo, cómo te revolcabas con ese B., cómo intentabas besarle la boca ensangrentada, cómo la habitación se volvía más y más vacía y tu cuerpo menos y menos apetecible. Al igual que B., empecé a echar la cuenta de mis amantes, preguntándome qué me habían aportado realmente, sumando los años, y tenía cada vez más claro que ese sumar se acercaba cada vez más a cero, a una especie de vacío, a un estado sin valor alguno. Liberado de todo, me levanté, cogí la maleta y me puse a meter ropa dentro, sin orden ni plan. Las bobadas que había dicho el tío me sacudían la cabeza, sus labios rotos se aparecían ante mis ojos. Decidí salir de viaje para estar contigo.

## Dos gitanos

Eran dos gitanos. Y estaban empeñados en ir a mi casa. Los dos eran pequeños, tal vez el menor tenía quince, el mayor, diecisiete años. Este era simpático, me gustaba mucho. Por activa y por pasiva ensalzaba las cualidades del más joven, el tamaño y el vigor de su miembro, solo para que pudieran venirse los dos. Querían ganarse algunas perras fuera como fuese. Casi tenía lástima de ellos y me los traje a casa. Aquí comenzaron a adularse, aún con más entusiasmo, el uno al otro; el mayor hasta le desabrochó el pantalón al joven, le sacó el rabo y lo admiró. Negociaban el precio, estaban casi desnudos, me iba a resultar difícil deshacerme de ellos. Por fortuna, un amigo los recogió y los devolvió al lugar donde los había encontrado. Eché la vista atrás, a cuando yo tenía sus años, a los juegos de los chicos en el colegio donde, durante el recreo, siempre se revolcaban y se agarraban mutuamente por las ingles. Yo me quedaba sentado aparte, excluido de aquellos juegos, y nunca comprendía por qué no me incluían, por qué no me incluía yo mismo. Solo observaba aquellos cuerpos jóvenes y deseaba estar con ellos, entre ellos, bajo aquellas manos. Con qué deseo espiaba sus paquetes en la clase de educación física, con esos pantalones tan estrechos, mientras perseguían el balón. Cómo me habría gustado estirar la mano hacia sus piernas donde ya asomaba el primer vello. Y ahora esos gitanos, que vendían sus penes con tanta soltura.

No podía quitarme la imagen del mayor de mi mente, me rondaba vivamente por la cabeza, unos días después fui a su encuentro y me lo llevé a la cama. Él no quería que nos besáramos, pero sí quería penetrarme. No dejaba de decir bobadas, me contaba que tenía novia y cómo se la tiraba. Y cuánto disfrutaba ella. El pobre ni se empalmaba, a pesar de que yo me esforzaba, aplicaba todos mis conocimientos, pero sin éxito. Lo puse a mi lado y dediqué mucho tiempo a recorrer su suave piel con mis dedos. Él estaba impaciente, tenía prisa y cuando le dije que quería pasar la noche con

él, me contó su vida, que le esperaba su hermano, cuántos niños había en la familia, en qué chabola vivían, cómo debía llevar dinero a casa, si no, su hermano mayor lo mataría, que sus padres ya no vivían, me pidió que le diera algo y que lo dejara en la estación, que... Nos vestimos, lo metí en el coche y me dirigí hacia la autopista. Protestaba un poco, pero le hice callar. Conduje durante mucho tiempo, casi era de día cuando paré el coche, abrí la puerta y le eché fuera. No esperé a escuchar sus quejas y seguí mi camino, y volví, volví para estar contigo, profundamente dormido en nuestra cama, como si no hubiera pasado nada, como si te diese igual lo que hacía, como si estuvieras extremadamente contento de que te dejara en paz. Y tú, cuando tenías la edad del gitano, deambulabas por los parques deseando que alguien te tomara en serio, que viera algo más, algo más allá de tu polla, que por lo menos te dirigiera una palabra. Tú deseabas una relación más profunda que no fuera solo sexo, y ahora te da igual. Incluso ahora sería imposible que te tomara en serio, no te inmutas cuando me ves con otro, no te tiemblan los músculos, no alargas la mano para atraerme hacia ti, abrazarme, besarme y decirme que me quieres.

# El olvido

Para olvidarte al menos durante un tiempo, para no pensar más en tu indiferencia, para liberarme del nudo de mi estómago, para apartar de mis ojos tu imagen, tus manos que me habían abrazado, tus labios que me habían besado, el orificio que me había absorbido, me surtí de seis amantes. Les cité de uno en uno cada dos horas exactas, insistiendo en que tenían que ser puntuales porque solo disponía de esas dos horas de tiempo libre, porque no vivía solo y mi hermana estaría haciendo cosas en la habitación antes y después, y ella, naturalmente, no sabía nada de nada.

Primero vino un estudiante muy formal que pensaba de sí mismo que era brillante y comenzó a valorar la decoración, citaba a Hesse, disertaba sobre la amistad, pero de nada le servían los pretextos, pues se veía a la legua que lo único que deseaba era irse a la cama conmigo. Gemía y hacía los ruidos apropiados, seguro que había escrutado al detalle la cantidad justa de películas porno, y se corría como lo hubiera hecho un actor. Como yo no me corrí, él puso los ojos en blanco, pero bajo la excusa de sentirme muy apurado por el tiempo, le consolé con que la próxima vez todo iría mejor, así que debía llamarme, la amistad no se podía desechar así como así.

El segundo, que debía de ser un dependiente en prácticas, empezó a aburrirme con todas las experiencias que había vivido hasta la fecha, cómo no encontraba nada serio, cómo a nadie le interesaba nada más que el sexo, y hasta cuando le estaba haciendo una mamada seguía soltándome un rollo sobre un empresario, y después sobre un maestro, y cómo tenía que huir ante la mujer de este. Solo se calló el instante en que duró su orgasmo. Ni siquiera se percataba de mi presencia y seguía divagando cuando lo eché por la puerta.

El tercero era un estudiante de instituto. Nada más verme, se puso a admirar mis ojos, aseguraba que se había enamorado de mi cuerpo, se acurrucó a mi lado, deseaba con ilusión que le hiciera una paja. Nos sobró

mucho tiempo y lo empleó en describirme nuestro futuro, sin saber ni una palabra sobre mí. Me prometía que me iba a llamar tres veces al día y que me escribiría cartas a pesar de que vivía a unas calles de distancia, porque así nuestro amor sería más fuerte. Se acercaba a mí, me miraba a los ojos y cada poco me preguntaba si yo lo amaba. Le prometí de todo, hasta le hice otra paja, pues estaba claro que eso era lo que más necesitaba. Incluso le lancé besos desde la ventana. Era realmente agotador. Difícilmente podría ver algo más aparte de su polla.

Le siguió un auxiliar de vuelo, obviamente un luchador incansable por el amor homosexual. Al cabo de unos minutos de hablar con él comprendí que no tenía ni idea del amor, pero sí dominaba todo tipo de técnicas sexuales. Tal vez lo defraudé un poco porque solo me puse encima de él, se la metí y terminé bastante rápido. Tal vez porque veía tu cara delante de mis ojos y tus manos que me estimulaban. Fue bonito, al menos durante unos momentos, como si estuvieras conmigo de nuevo, como si todo fuera como había sido infinidad de veces antes. Eso hizo que me diera asco enseguida, dejé que acabara solo y me encerré en el cuarto de baño.

El quinto era un amigo tuyo, y me hacía especial ilusión montármelo con él. Comenzó a criticarte en un momento dado y luego me confesó que me habías puesto los cuernos con él y que aquel polvo no había tenido ninguna importancia, que había sido soso y torpe. Tal como tú eras, afirmó. Nos metimos en la ducha, yo estaba caliente pero no tenía ninguna esperanza ni deseo de correrme otra vez, ya había tenido suficiente. Casi lo ahogo debajo de una avalancha de agua y para que se excitara aún más apunté mi chorro caliente y amarillo directo a su cara. Abría la boca, agarraba con fuerza su miembro y, al final, se quedó tirado en el suelo. Le di unas cuantas hostias, lo insulté como era debido, era un cabrón de mucho cuidado. Aunque fuera tu amigo.

El sexto eras tú, bueno, en realidad eras el séptimo, pero el sexto nunca llegó a cruzar la puerta. Llegaste antes que él. Me tumbé en la cama, sorprendido, y tú mirabas el desorden que había a tu alrededor. No te fijaste en los muebles nuevos. No me contaste la historia de tu vida, la conocía de sobra. No me hablaste de estar enamorado —de hecho, tampoco lo hacías antes—. No sabías demasiado acerca de las técnicas sexuales. Eras un desastre en general, pero te quería. Ven aquí, te dije, y limpia con tu lengua el esperma que hay en mí. Te agachaste y te afanaste en la purificación.

## El sexto

El sexto se presentó de nuevo al día siguiente. Yo no tenía fuerzas, pero él no tardó en desplegar toda su energía a mi alrededor. De alguna manera, eso me hundió todavía más, pues demostraba que estaba exhausto, que algo pasaba dentro de mí, que algo me corroía, que me diluía. Era amable, me abrazaba y me trataba como si fuera un niño. Sentía que me hacía cada vez más pequeño, más frágil. Me quitó la ropa despacio y recorrió mi cuerpo con su lengua. Como si no quisiera romperme. Luego me tumbó en la cama y me ató. Vi cómo se desnudaba, cómo se recostaba encima de mí y cómo me embadurnaba con una especie de aceite. Como si fuera un bálsamo que me devolviera el ímpetu. Me besaba durante mucho tiempo, esquivaba mis manos, se echaba sobre mí y me daba a probar su polla larga y gorda. Estiré el cuello y saqué la lengua para que no se me escapara, pero en vano. De vez en cuando se levantaba y me dejaba solo. Después volvía, me daba un masaje, fuerte, y, a continuación, otro tan suave que apenas me tocaba. Deseaba que se tumbara encima de mí, que me penetrara, que me salpicara la cara para poder saborear su semen, que exprimiera de su cuerpo todo lo que se había bebido y me regara con su chorro, caliente, salado. Deseaba olvidarlo todo, solo sentirlo a él, sentir cómo me lo hacía. Llevaba un buen rato excitándome con sus manos, y cuando por fin me la metió con fuerza, grité. Solo entonces soltó mis piernas y mis brazos, para que pudiera abrirme, para que pudiera aferrarme a él y animarle en su tarea. Mientras me embestía, lo sentía dentro de mí profundamente; esperaba que me sacase las entrañas por las que fluían mis recuerdos, mis miedos, mi horror ante la posibilidad de que me llenara con una energía nueva, con una vida nueva o, incluso, con la muerte, me daba totalmente igual.

Cuando, después, yacía allí, cubierto de semen, me acurruqué hasta hacerme diminuto, invisible para él. Alargué mi brazo y toqué la almohada con la mano y sentí mucha pena. Ahí estaba tu brazo, que me apretó con

dulzura, apoyé la cabeza en tu hombro, mis dedos rozaron tu vello al posarse en tu pecho; te contemplaba, me sentía en casa, feliz. Así querría morir.

# Tú

Vienes despacio, casi titubeando, con una sombra de culpa y al mismo tiempo firme. Me coges en brazos, me besas y me llevas a la cama. Me desnudas decidido y te miro como si fuera una especie de víctima voluntaria. Tengo lágrimas en los ojos cuando te digo: Nadie te amará como yo. Me dejas desnudo en la cama y me dices: Espera. Tardas en regresar. Vuelves desnudo, con un cuchillo largo en la mano. Te sientas sobre mi vientre y me miras. Ni siquiera me estremezco cuando empiezas a recorrer mi cuerpo con el filo. Trazas un corte en mi pecho, escuece. Espera, dices. De vez en cuando me resbala una lágrima y cruza mi oreja. Cambias de postura y te pones encima de mi miembro, y te lo metes. Cortas otra vez. Me duele, me duele muchísimo. Espera, dices. Te mueves hacia arriba y hacia abajo, siempre con el cuchillo en la mano, tus dedos me restriegan la sangre en la piel. Bajas la cabeza para acercarte, aprietas el filo contra mi garganta, besas mis heridas, saboreas mi sangre. Duele, digo. Espera, dices. Te abrazo y aprieto mis labios contra tu boca ensangrentada. Me corro. El semen se mezcla con la sangre y te abrazo con fuerza hasta que el filo presiona aún más mi garganta. Duele, digo, pero sigue, es tan hermoso.

Descansas tu cabeza sobre mi pecho, yo acaricio tu pelo con suavidad, tú escuchas mis resuellos. Veo campos extensos y blancos, veo nuevas heridas, susurro tu nombre.

*«Te miraba a los ojos, que siempre echaba tanto de menos, intuyendo lo que estaba pasando, y tus ojos se volvían diferentes, ya no eran míos, ya no me hundía en ellos, ya no viajaba»*

***¿Le ha gustado este libro? ¿Quiere aconsejarlo?  
¡Deje su opinión en la web de su librería!***

## Otros títulos de Dos Bigotes

*El armario de acero. Amores clandestinos en la Rusia actual*, Varios autores

*Los deseos afines. Narraciones africanas contra la homofobia*, Varios autores

*Imre: una memoria íntima*, Edward Prime-Stevenson

*Lo que no se dice*, Varios autores

*Posiciones geográficas*, Suzana Tratnik

*Pasión*, Brane Mozetič

**Consulte todos nuestros títulos en nuestra página web:**

[www.dosbigotes.es](http://www.dosbigotes.es)

Primera edición: noviembre de 2014  
Título original: *Pasijon*  
PASIJON © Text Brane Mozetič, 1993

© de la traducción: Marjeta Drobnič, 2014

© de esta edición: Dos Bigotes, A.C.

Publicado por Dos Bigotes, A.C.

[www.dosbigotes.es](http://www.dosbigotes.es)

[info@dosbigotes.es](mailto:info@dosbigotes.es)

e-ISBN: 978-84-943559-4-3

Diseño de colección:

Raúl Lázaro

[www.escueladecebras.com](http://www.escueladecebras.com)

© 2015, edición digital Primento y Dos Bigotes

*This book gained financial support by the Trubar Foundation, sited at the Slovene Writers' Association, Ljubljana, Slovenia.*

Este libro ha contado con el apoyo financiero de la Fundación Trubar, que tiene su sede en la Asociación de Escritores Eslovenos en Liubliana, Eslovenia.

La traducción de esta obra ha sido subvencionada por la Agencia Pública del Libro de la República de Eslovenia.

Todos los derechos reservados. La reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio, deberá tener el permiso previo por escrito de la editorial.

*Este libro fue realizado por [Primento](#), el socio digital de los editores*